



**HAL**  
open science

# La diáspora de Capdeville. Flujos epistolares y de objetos precolombinos

Benjamin Ballester

► **To cite this version:**

Benjamin Ballester. La diáspora de Capdeville. Flujos epistolares y de objetos precolombinos. Pampa Negra Ediciones, 2024, 978-956-6297-04-8. hal-04664991

**HAL Id: hal-04664991**

**<https://hal.science/hal-04664991v1>**

Submitted on 31 Jul 2024

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Mr. CYRIL H. KIRKLAND

Elk. Doc. 1431.

alexandra dead  
working

10/11 de 1901

Tallal,  
CHILE

Tal. Chile.

so from these

*Benjamín Ballester*

# LA DIÁSPORA DE CAPDEVILLE

Flujos epistolares y de objetos precolombinos

INDUSTRIA  
DE LAS



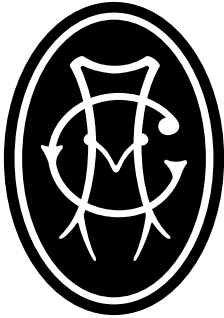
Le envío esta a centrifear, para que u-  
clame oportunamente lo que le remito.  
-heíl afetivos saludos, di su mas humilde servidor,  
Tallal, 25 Mayo 1920. *Augusto Capdeville*  
Benlla 42.

Alexandra Road, Eth. Doc. 19  
Working.

10/11 de 1923.

of Faetal Chile.

correspondence between  
A.I.C. & I have put  
collection of relics,  
have pleasure in enclosing





## SERIE TRÓPICO DE OBJETOS

Trópico de objetos es una tentativa de trayectoria, de un tejido. Se mueve en el desplazamiento del objeto por una ruta generadora de biografías y existencias, a la manera de un ensamblaje. La serie va por búsquedas en el extravío, creaciones de mapas y desconexiones. Sus t(r)ópicos atraviesan algunas disciplinas sociales, pero prefieren la intemperie y el nomadismo, una coordenada para reflexionar sobre las cosas fuera de sí o des-terradas, que en su exilio reflejan cadenas de enlaces, historias y agencias.

## LA DIÁSPORA DE CAPDEVILLE

*Flujos epistolares y de objetos precolombinos*

© Benjamín Ballester

Pampa Negra Ediciones

1era edición, 2024 - Antofagasta, Chile

Colección Historia / Antropología

Serie Trópico de objetos #002

*www.pampanegra.cl*

*contacto@pampanegra.cl*

*Coordinador de la serie/Editor:* Alex San Francisco

*Dirección editorial:* Camilo Araya Fuentes

*Proyección gráfica:* Sea Contreras (@sealooquesea)

ISBN: 978-956-6297-04-8

RPI: 2024-A-2268

Impreso en LOM

Cómo citar este libro:

Ballester, B. (2024). *La diáspora de Capdeville. Flujos epistolares y de objetos precolombinos*. Antofagasta: Pampa Negra Ediciones.

*Benjamín Ballester*

# LA DIÁSPORA DE CAPDEVILLE

Flujos epistolares y de objetos precolombinos







# ÍNDICE

PRESENTACIÓN ...	II
RED EPISTOLAR	
Cartas, ilustraciones, fotografías y objetos precolombinos .....	19
PRIMERA TRAMA DE LA RED	
Carlos Oliver Schneider / Concepción .....	47
SEGUNDA TRAMA DE LA RED	
Paul Thommen, Junius Bird y John Cooper / Nueva York y Washington .....	67
TERCERA TRAMA DE LA RED	
Oscar Schmidt-Pizarro / Hamburgo .....	87
CUARTA TRAMA DE LA RED	
Oswald Evans, Cyril Kirkland y Thomas Orr / Londres y Cambridge ...	107
QUINTA TRAMA DE LA RED	
La Société Scientifique du Chili y el álbum fotográfico de Augusto Capdeville ...	125
REDES DEL CONOCIMIENTO	
Coautorías, colectivos y comunicaciones científicas ...	141
AGRADECIMIENTOS ...	161
ILUSTRACIONES ...	165
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS ...	171



*Toda producción cultural significativa  
surge en competencia con los muertos*  
(Groys, 2011, p. 37).



# PRESENTACIÓN

*Las cosas que se venden tienen todavía un alma,  
son perseguidas por sus antiguos propietarios  
y ellas persiguen a estos  
(Mauss, 1925, p. 161)<sup>1</sup>.*

Las personas regalan e intercambian objetos entre sí como una manera de crear y perpetuar sus lazos sociales. Un axioma de las ciencias humanas que, por supuesto, no es exclusivo de “las sociedades arcaicas”, como considerara inicialmente Marcel Mauss (1925) en su famoso *Ensayo sobre el don, forma y razón del intercambio en las sociedades arcaicas*, publicado hace casi un siglo. También lo es en el mundo contemporáneo e incluso al interior de la propia actividad de quienes investigan la cultura, tanto en el presente como en nuestro pasado reciente. Así, el flujo de ciertas clases de objetos entre personas, instituciones y colectivos ligados a las disciplinas científicas ha funcionado como un mecanismo a favor de la producción y distribución del conocimiento que ellas generan.

1. Todas las traducciones son del autor.

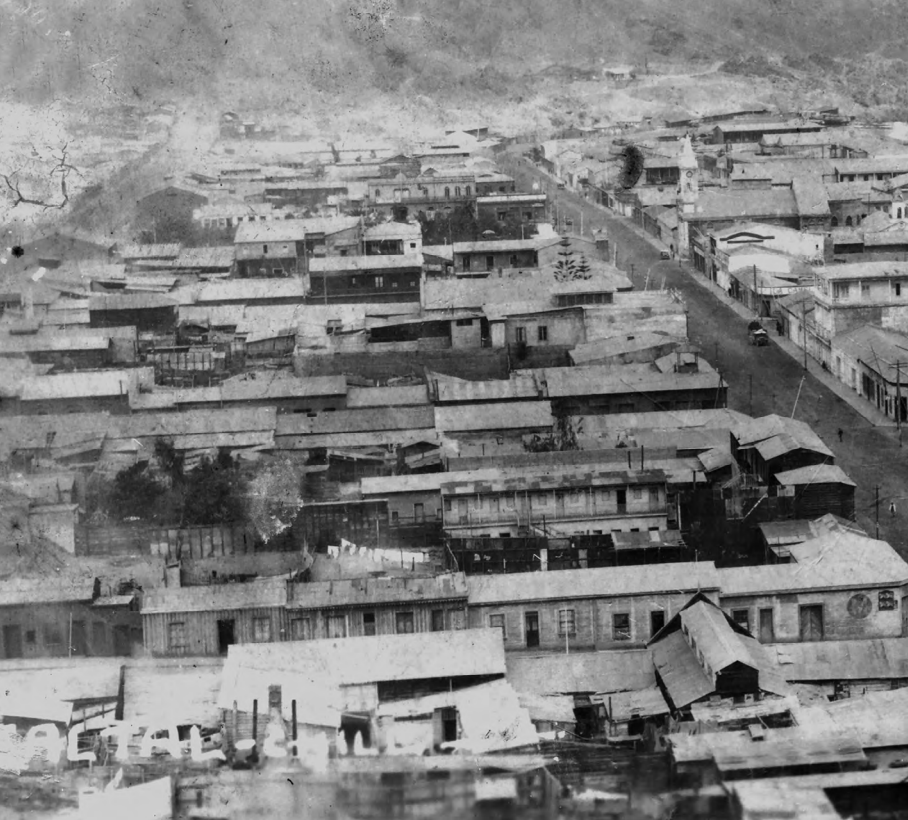
Este fenómeno fue bastante habitual en los inicios de la arqueología alrededor del globo, pues una de las mejores maneras de comunicar y debatir sobre nuevos hallazgos, o novedosas teorías, era enviando cartas, dibujos, croquis de sitios, esquemas, mapas de localidades, fotografías y filmaciones, pero también los mismos objetos y cuerpos precolombinos extraídos desde los yacimientos, dado que ellos servían de pruebas, y en algunos casos también de explicaciones, de las realidades que se estaban discutiendo (p.e., Mostny, 1964; Cornely, 1969; Gänger, 2014; Pavez, 2015; Beboya, 2018, 2021; Bernal, 2018; Ordoñez, 2019; Fischer y Muñoz, 2020; San Francisco *et al.*, 2020; Ballester, 2021a, 2021b, 2023; Garrido y Valenzuela, 2022; Muñoz, 2022; Garrido y Vilches, 2024). La megamáquina de la ciencia, para recuperar el concepto acuñado por Lewis Mumford (2010[1967]), ha empleado siempre como mecanismo articulador de su actuación el flujo de objetos que, debido a la distancia y las tecnologías de comunicación de épocas pasadas, tuvo al correo como engranaje central, al menos hasta hace unos cincuenta años.

Este flujo de objetos en torno de la arqueología también puede ser estudiado sistemáticamente por la propia arqueología. A través del análisis de los res-

tos materiales que circularon en el pasado reciente, de la mano de esta disciplina es posible reconocer las relaciones, agencias, trayectorias, motivaciones, intereses, afinidades, estrategias y mecanismos de comunicación y producción de su práctica científica, con el objetivo de delinear y comprender las redes sociales en las que todo esto ocurría. Una arqueología de la arqueología que se hace cada vez más necesaria si se quieren reevaluar ciertos pasajes de los relatos más profundamente enraizados de su historia oficial en Chile (p.e., Orellana, 1991, 1993, 1996; Cornejo, 1997; Carmona, 2003; Carrasco, 2006; Troncoso *et al.*, 2008; Urbina, 2020), en especial aquellos que han invisibilizado o desvalorado el rol de arqueólogos/as cuyas prácticas se encontraban en los bordes de las academias o que no tenían formación universitaria (Ballester, 2023).

Hasta ahora la selección de algunas agencias en desmedro de otras ha sido notable, en un juego tendencioso –consciente o inconsciente, el resultado es el mismo– de sobrevaloraciones e invisibilizaciones, mediado por el origen, la escuela y el círculo de afinidades, e incluso de parentesco, de quienes han redactado estos relatos biográficos de la arqueología en Chile. Como toda persona que crea algo, ella selecciona y escoge las unidades de un todo para





dar cuerpo a su obra, y esta disciplina no ha quedado al margen de tales vicisitudes. El problema se genera cuando aquello se convierte en un canon indiscutido y la ecuación entre selección y exclusión se normaliza, al punto de volverse siempre la misma, lo que crea una falsa imagen de verdad, o una ficción que apela a una supuesta autenticidad. Sin embargo, lo cierto es que estas agencias histó-



1

ricamente excluidas de los relatos de la arqueología chilena fueron también relevantes en su formación actual y que su trabajo, aunque de otro carácter, no deja de ser científico y relevante en su ímpetu por generar un conocimiento acerca de las sociedades pasadas a través de los restos materiales (Ballester, 2020a, 2023).

Este libro intenta comprender los mecanismos y dispositivos de comunicación científica empleados en la producción de conocimiento arqueológico en Chile durante la década de 1920. El relato tiene como protagonista a Augusto Capdeville Rojas, instalado en aquellos años en el puerto salitrero de Taltal (figura 1), junto a una serie de personas, instituciones y colectivos nacionales e internacionales con los cuales mantuvo una estrecha relación epistolar. La investigación que da cuerpo al libro se sustenta en el estudio de cartas, dibujos, fotografías y objetos precolombinos que circularon entre estas agencias, depositados hoy en distintos museos y archivos de Chile, América, Europa y Gran Bretaña. El libro despliega cinco casos de estudio o tramas específicas de la extensa red en la que interactuaba Capdeville en su trabajo como arqueólogo, cada una de ellas circunscrita en tiempo y espacio, por lo que pueden ser consideradas ejemplos entre tantos de las formas de acción de la práctica arqueológica en Chile, el Cono Sur y Latinoamérica en los inicios del siglo xx. Visto así, este ejercicio no espera tener un carácter resolutivo o explicativo del fenómeno general, pero sí expresar algunas realidades concretas con hechos y objetos, como un insumo más que sirva para nutrir reflexiones posteriores de

mayor escala. El propósito es, en pocas palabras, poner en valor archivos y fuentes como materiales de estudio para próximas y necesarias discusiones sobre aristas inconclusas y poco atendidas de la historia de la arqueología chilena y del mundo.

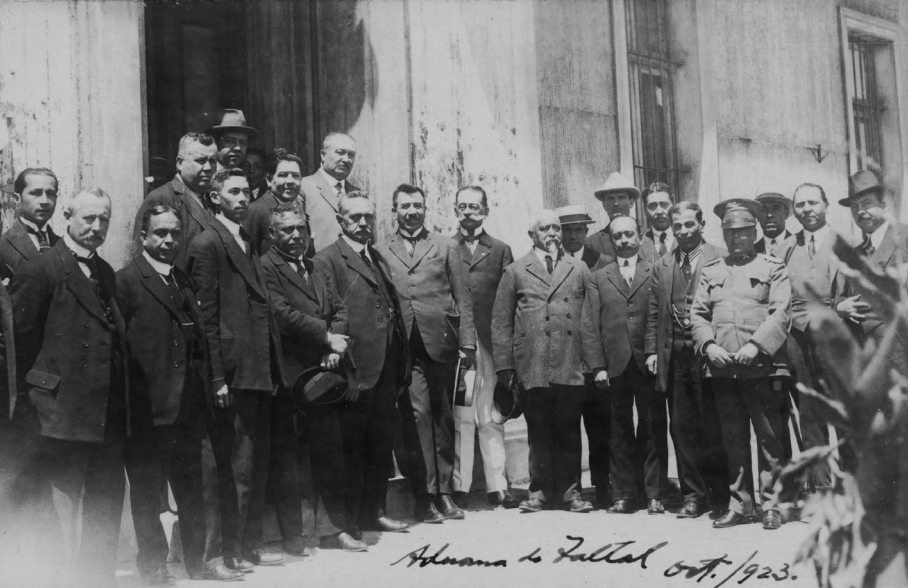


# RED EPISTOLAR

## Cartas, ilustraciones, fotografías y objetos precolombinos

*La fascinación de una colección  
reside en lo que devela y en lo que oculta  
del impulso secreto que la ha motivado*  
(Calvino, 2012, p. 17).

Augusto Capdeville Rojas (figura 2) es considerado hoy uno de los más importantes arqueólogos de la historia de Taltal, las costas de Atacama y del norte de Chile. De padre francés y madre chilena, nació en Santiago el 20 de agosto de 1864 (Porter, 1929; Looser, 1932; Mostny, 1964; Núñez, 2008; Ballesster y San Francisco, 2018). Rafaela Rojas, su madre, falleció cuando él tenía tres años, tras lo cual se mudó con su padre y su hermano Ramón a Talca, en el sur del país. Allí formaron una nueva familia, esta vez más numerosa, y lograron forjar una promisoriosa calidad de vida. El joven Augusto estudió Humanidades en el Liceo de Talca y más tarde en el Instituto Nacional de Santiago. Posteriormente ingresó en simultáneo a Medicina y Leyes, carreras que no terminó por la muerte de su padre.



3

Su primer trabajo fue jefe de boletín y archivística del Ministerio de Industria y Obras Públicas, y luego fue designado por el mismo ministerio como guardia de Aduana en el puerto de Constitución. Al poco andar solicitó su traslado a la ciudad nortina de Chañaral, sin embargo, fue transferido a otro lugar, aunque no lejos de ahí: el puerto salitrero de Taltal. Así, se marchó al desierto litoral junto a su familia, para desempeñarse en puestos como pesador de salitre, alcalde de Aduana y jefe de resguardo de Aduana (figura 3). En Taltal vivió 27 años, entre 1897 y 1924, y luego se radicó nuevamente en el sur por problemas de salud, esta vez en San

Antonio, en la costa central de Chile, y más tarde en Quillota y Viña del Mar, en donde falleció el 21 de septiembre de 1932 (Looser, 1932; Núñez, 2008; Ballester y San Francisco, 2018).

Más allá de su trabajo formal, lo cierto es que su pasión fue siempre la arqueología y la prehistoria de los alrededores del pueblo. Tras su primer hallazgo de 1914, en diez años excavó y recolectó objetos y cuerpos precolombinos en más de 60 sitios arqueológicos (figura 4), ubicados entre las caletas Esmeralda por el sur y Agua Dulce por el norte (Ballester y San Francisco, 2018). Una práctica coleccionista que lo llevó a atiborrar tres habitaciones de su casa con objetos precolombinos (Mostny, 1964) y formar una de las colecciones arqueológicas más grandes que ha visto nacer el puerto de Taltal. En opinión del doctor Ramón Laval, “si los objetos de que ella consta se colocaran en vitrinas como las del Museo Nacional o las del Museo de Antropología y Etnología de esta capital [Santiago], no cabrían en este vasto salón”, en referencia al actual salón de lectura de la Biblioteca Nacional en Santiago de Chile (Mostny, 1964, p. 210).

El médico tuvo la oportunidad de conocer dicha colección, ya que se conserva una fotografía que lo muestra junto a algunos de los bocetos típicos







del arqueólogo y que en su reverso dice, escrito de puño y letra de este último, “Señor don Ramón A. Laval, director de la Revista Chilena de Historia y Geografía. Recuerdo de su visita al Museo A. Capdeville de Taltal, septiembre 1922” (figura 5). Lo más interesante es el final de la frase, pues el propio Capdeville confirma que formó un museo donde recibía a connotadas figuras. “Los objetos que Capdeville excavaba”, asegura Gualterio Looser (1932, p. 244), “los cuidaba amorosamente y cada uno está acompañado por notas, dibujos, etc.”, por lo que de “esta forma su colección tiene un valor científico de primer orden”.

Pero Capdeville no fue el primero ni el único que excavó sitios arqueológicos y que colectó objetos precolombinos en Taltal. Ricardo Latcham, por ejemplo, ya había visitado estas costas a fines del siglo XIX en busca de cráneos y antigüedades para sus aún incipientes investigaciones antropológicas (Latcham, 1910; Feliú, 1969), materiales que lamentablemente desaparecieron con el terremoto e incendio que azotó al Museo de Historia Natural de Valparaíso en 1906 (Schell, 2005; Carmona, *et al.*, 2018). Tomás Thayer Ojeda, que vivió varios años de su infancia en Taltal, entre 1884 y 1889, recuerda la enorme cantidad de puntas de flecha y



5

otras clases de objetos que recogía en sus andanzas por el desierto (Mostny, 1964, pp. 306-307). Algo similar menciona Oswald Hardey Evans (1907a), químico de profesión, pero reconocido por su importante labor periodística para *The South Pacific Mail* (Couyoumdjian, 1987), quien residió dos años en Taltal trabajando en las salitreras. En una de sus publicaciones de 1906, ocho años antes del primer hallazgo de Capdeville, describe nítidamente su primera impresión de estas costas:

Nada me llamó más la atención a mi llegada que el número de tumbas abiertas; a lo largo de kilómetros de costa, fragmentos blanqueados y desmoronados de huesos

humanos “arrancados de sus tumbas” dan testimonio de la ignorante curiosidad o avaricia que ha saqueado estos pobres lugares de descanso de los despreciados “infieles”. El furor por la búsqueda de tesoros que ha hecho estragos en las “Huacas” del Perú parece haber llegado a este lugar, aunque estoy convencido de que no se ha encontrado ningún tesoro, ni, de hecho, he sabido que se haya descubierto ningún objeto metálico en las cercanías de Taltal. En la actualidad es raro encontrarse con una tumba intacta, y tan descuidadamente se ha hecho el trabajo de destrucción, o tan poco interés se ha puesto en las reliquias desprovistas de valor intrínseco, que trabajando con un cedazo entre los desperdicios de la excavación he recogido en muchos casos una cosecha o cosas curiosas e interesantes (Evans, 1906, p. 20).

Producto del desempleo y la crisis del salitre, en el año 1922 existían verdaderas brigadas compuestas por más de ochenta pampinos que excavaban cementerios y conchales en las inmediaciones de Taltal, una mitad en Punta Morada por el norte y otra en la quebrada de Los Changos por el sur (Núñez, 2008). La presencia de jornales salitreros

en estas faenas no es extraña y se tiene antecedente, por ejemplo, de que Emil Schwenger, en ese entonces jefe de la oficina Alemania, suministraba obre-ros a los coleccionistas locales, entre ellos al propio Capdeville (Ballester y San Francisco, 2017).

El relato de Looser (1932, p. 244) es clarificador respecto de la fiebre extractivista de objetos precolombinos que en aquellos años se vivía en el puerto salitrero, donde unos a otros se contagiaban del coleccionismo, algunos motivados por la curiosidad, otros por el conocimiento y no pocos por la búsqueda de tesoros, el comercio y la venta al mejor precio:

Entretanto, los lugareños, los tripulantes de las naves que recalaban en Taltal y muchos otros, imitando a Capdeville, hicieron excavaciones por su cuenta, desenterrando mucho material arqueológico para comerciar y que ha sido repartido en Chile y afuera. La riqueza arqueológica de Taltal era muy grande; pero por desgracia mucho se perdió en manos de aquellos vándalos de la arqueología.

En una carta de Laval, por entonces secretario de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, a Federico Puga, presidente de la Sociéte Scientifique

du Chili, escrita el 18 de diciembre de 1922, este señala que “la extracción de objetos de las mencionadas sepulturas ha dado lugar a una verdadera industria; son varios los que se dedican a desenterrarlas y venderlas, y no pocos los que las falsifican” (Mostny, 1964, p. 210). En otro pasaje agrega que “son incontables los objetos que hasta hoy se han extraído de esta estación paleolítica y, lo que es sensible, pueden calcularse toneladas los que han salido para el extranjero; tan ricos son los entierros” (Mostny, 1964, p. 210).

La lista de personas que han intervenido sitios y creado colecciones en estas costas es inmensa; sin embargo, la mayoría de ellos son todavía un completo misterio. Una de las causas de este desconocimiento es sin dudas el sobresaliente protagonismo que ha concentrado hasta ahora Capdeville en el relato de la historia de la arqueología (p.e., Orellana, 1996). Pero a esto se suma el hecho de que en general no se han desarrollado suficientes estudios dirigidos sobre el tema, en especial en torno a coleccionistas y excavadores ajenos al campo académico, aquellos que se desempeñaron en lo que se suele definir como una arqueología amateur. El imaginario de los últimos 50 años de esta disciplina tiende a suponer que la arqueología solo la

desempeñan personas de formación universitaria y profesional en esta área; el resto es considerado únicamente como una práctica aficionada de menor valor, incluso perjudicial y negativa, debido a la supuesta falta de metodologías científicas y a la destrucción de los sitios. No obstante, igualmente fueron responsables de la fundación de la disciplina y gracias a estas agencias se originaron las bases del conocimiento que actualmente disponemos de la arqueología y prehistoria no solo de la región, sino también de Chile y Latinoamérica.

Aunque las reseñas de estos personajes son escasas, menciones al pasar permiten hoy esbozar un panorama general de los círculos de coleccionistas y excavadores de sitios arqueológicos en Taltal durante las tres primeras décadas del siglo xx, coincidentes con la estadía de Capdeville en este puerto. Una buena fuente de información es la bitácora de viaje por este litoral de Max Uhle, entre los años 1913 y 1916, en donde tuvo la oportunidad de encontrarse con decenas de personas entendidas en el tema (Dauelsberg, 1995). En el diario aparece el nombre del señor José Díaz, que vive en Taltal y que tendría los materiales de un cementerio ubicado en las Bandurrias, algunos kilómetros al norte del pueblo. También el del cónsul de Francia en



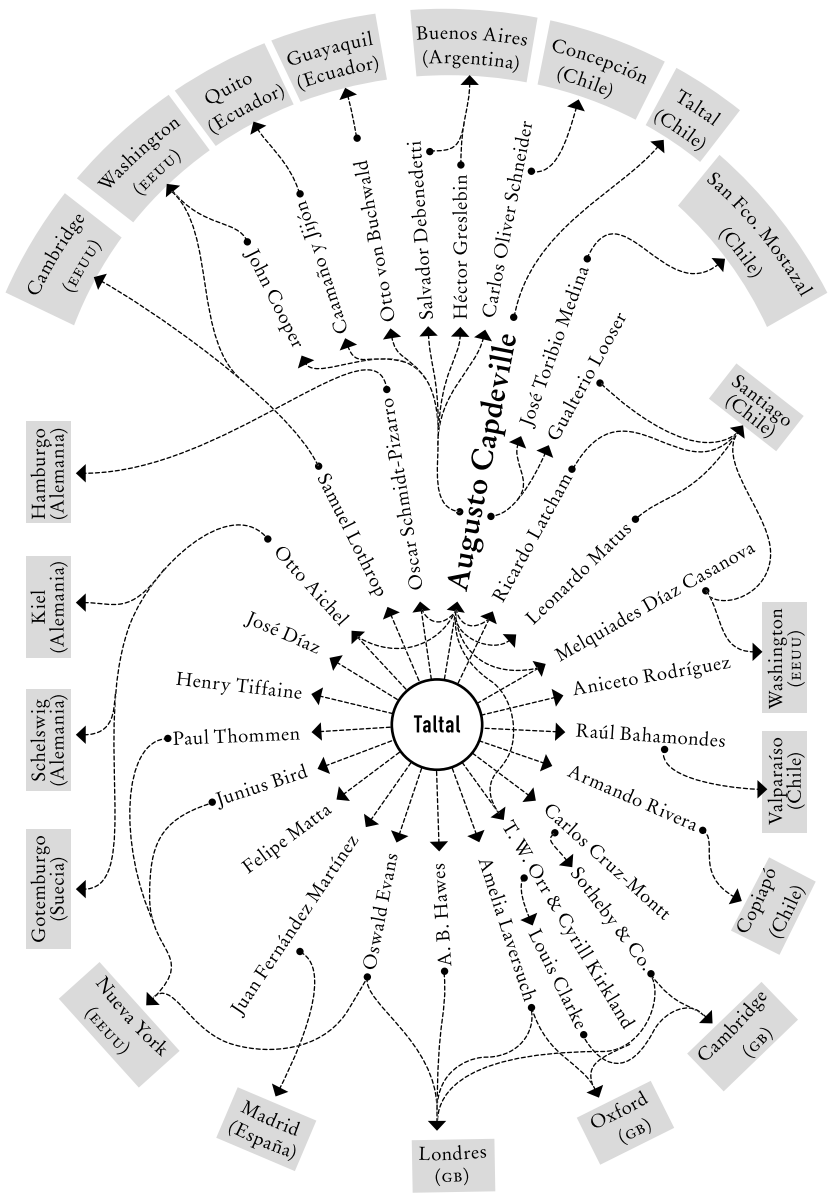
Taltal y garante de la Sociedad Salitrera Miraflores de ese cantón, ubicada en Aguas Verdes, Henry Tiffaine –Henri Toppaine, según Uhle (Dauelsberg, 1995, p. 379) o Henri Tiffaine (Société de Géographie de Paris, 1905, 1907, 1929)–, quien poseía una hermosa “cerámica Tiawanakota” (Dauelsberg, 1995, p. 379), la misma que Capdeville ilustra en uno de sus cuadernos (San Francisco *et al.*, 2020, p. 47). Seguramente esta era una de sus piezas seleccionadas, lo que hace pensar que pudo haber tenido muchas más.

En relación a los cementerios precolombinos, Uhle recibió amplias y detalladas referencias en su viaje a lo largo de la costa norte, como la del señor Collao (Municipalidad de La Serena), de Juan Pizarro, de Julio Braun, del doctor Mesa Torres (rector del Liceo de Taltal) y de Aniceto Rodríguez, quien además contaba en su colección con una momia de un cementerio de la quebrada El Médano. Todas estas personas eran instruidas en el tema, no por estudiosas, sino por su afición a la búsqueda y excavación de tumbas en el desierto, lo que pone de manifiesto que su *expertise* era un índice más de su actividad práctica que de un conocimiento transmitido, fuera por libros, instituciones u otros individuos. Y justamente estas agencias, aunque invisibles para los historiadores de la arqueología,

están presentes detrás de cada hallazgo o descubrimiento, pese a que el apellido que resuene y quede en la historia sea solo el de unas cuantas autorías.

Junto a estos nombres asoman otros en los archivos (figura 6). Es el caso de Oscar Schmidt-Pizarro, vicecónsul y negociante peruano-alemán ligado a la oficina salitrera Alemania (Ballester, 2021a); Paul Thommen, empresario suizo de la W. R. Grace & Company, también vinculado a la industria del nitrato (Bird, 1943); el español Juan Fernández Martínez (Pan, 1927); Cyril Henry Kirkland y Thomas W. Orr, ambos ciudadanos ingleses que estuvieron en Taltal en la década de 1920 (Kirkland, 1925; Barraza, 1981); Felipe Matta, gobernador de Taltal en 1922 (Mostny, 1964); Armando Rivera<sup>2</sup> de Copiapó (Latcham, 1938); Melquiades Díaz Casanova, amigo y discípulo de Capdeville (Latcham, 1929, 1938; Mostny, 1964); el ya mencionado químico y periodista Oswald Evans (1906, 1907a, 1907b); Carlos Cruz-Montt, coleccionista de antigüedades y afamado mueblista de Santiago (Ballester, 2021a); y Otto Aichel, doctor, paleopatólogo y antropólogo de Concepción, de historia oscura en la Alema-

2. Según Ricardo Latcham (1927a), además de sus aficiones mineras, Armando Rivera era un gran amante de las antigüedades chilenas, al punto que había logrado formar una de las colecciones más hermosas que él había visto.

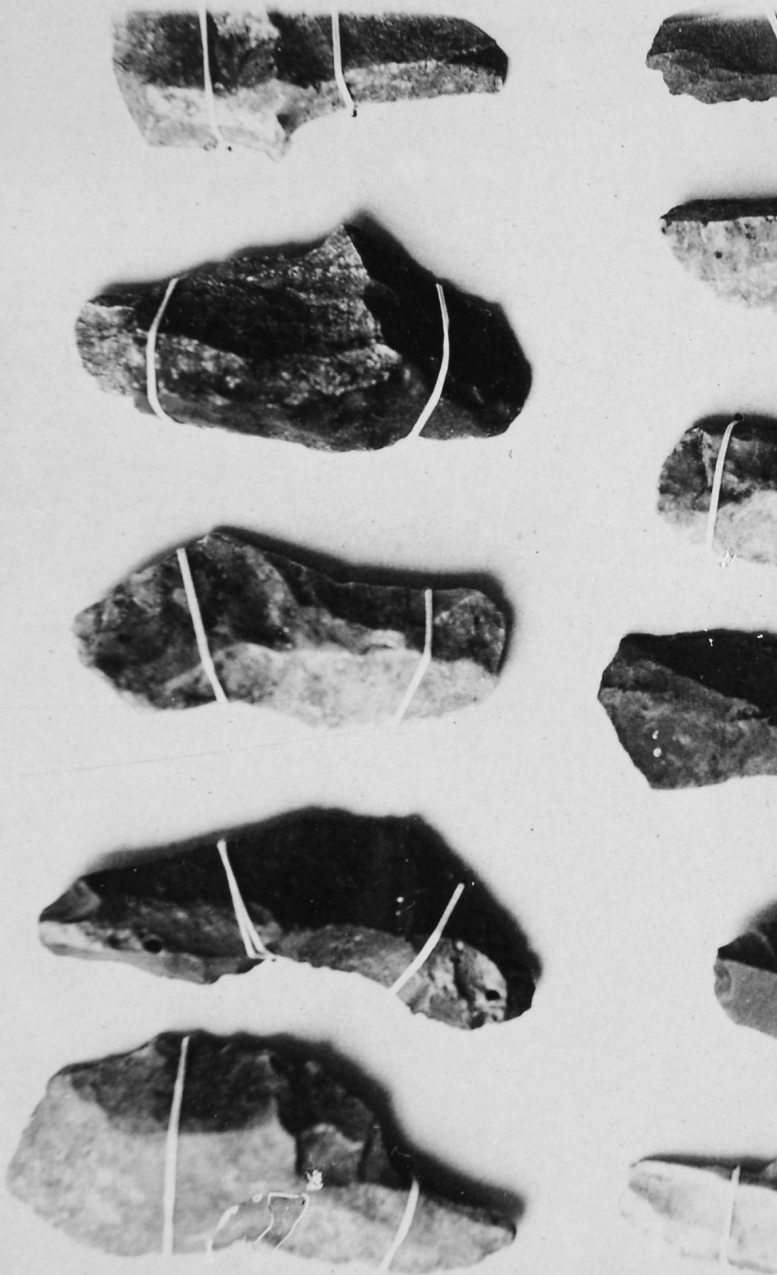


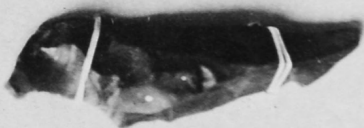
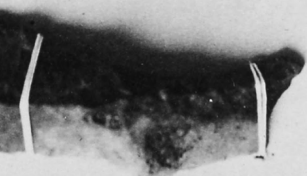
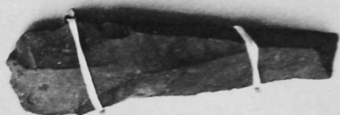
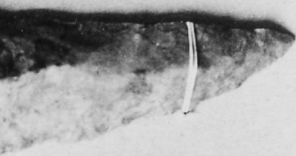
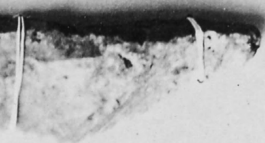
---> Flujo de objetos    ● Coleccionista / colector  
 ○ Origen    ■ Destino

nia Nazi (Aichel, 1932; Latcham, 1936, 1938); entre muchos otros<sup>3</sup>.

Uno de los aspectos más llamativos de esta lista interminable de nombres desconocidos es la ausencia de figuras femeninas. Todas las agencias de la red que hasta ahora se ha podido descubrir (en el sentido de develar, de quitar la cobertura que les oculta) son hombres, adultos, de cierta clase social y en general inmigrantes europeos o norteamericanos. Sin duda, tras este fenómeno puede existir un sesgo observacional, o de quien busca e identifica estas personas en el pasado, basta considerar el libro de Mario Orellana (1996), *Historia de la arqueología en Chile*, y su propia selección de figuras fundacionales o canónicas. Sin embargo, todo parece indicar que la práctica de la excavación de sitios y el coleccionismo de objetos precolombinos en el Taltal de esta época sí fue una actividad esencialmente masculina, y también concentrada en los estratos socioeconómicos altos, la que dotaba prestigio y estatus social. Los círculos de coleccionistas tuvieron esa composición y estructura, posiblemente a

3. A esto habría que sumar a Ernesto Cousiño y Enrique Gigoux, quienes hicieron donaciones de piezas de Taltal al Museo Nacional de Santiago, hoy el Museo Nacional de Historia Natural. Cabe señalar que Capdeville y Gigoux se escribieron cartas y que en una de ellas incluso ofreció obsequiarle objetos precolombinos (Mostny, 1964, p. 354).





la manera de sociedades secretas, razón por la cual sus colecciones también se exhibían, en general, a puertas cerradas o en eventos muy particulares de connotación social, como ferias y aniversarios. Otras agencias, en tanto, toman roles diversos en la red, como los paleros y jornales que excavaban para arqueólogos y coleccionistas, de los cuales todavía no se sabe prácticamente nada.

Volvamos a Capdeville. Durante el verano de 1915 viajó a Santiago en donde se reunió con Ricardo Latcham, Max Uhle, Aureliano Oyarzún y Carlos Porter, cuatro de los más destacados científicos de aquella época (Núñez, 2008). De paso, aprovechó la oportunidad para regalar objetos precolombinos a estas personalidades (figura 7), así como a algunos importantes museos capitalinos (Eberhardt, 1916). Esta donación fue trascendental, pues fue gracias a ella que Oyarzún (1916, 1917), Latcham (1915) y Uhle (1916, 1917) escribieron sus famosos artículos sobre el Paleolítico de Taltal, y con los cuales este debate se hizo conocido incluso a nivel internacional, con réplicas críticas, y la visita a los conchales del puerto de numerosos investigadores a lo largo de décadas, y aun en la actualidad.

Al mismo tiempo, en su búsqueda de respuestas e ideas sobre aquello que encontraba en sus ex-

ploraciones, Capdeville entabló correspondencias con académicos y pensadores de temas americanistas de todo el mundo, al menos desde comienzos del año 1915 hasta 1930 Capdeville conservó el grueso de su colección hasta poco antes de morir (Mostny, 1964). Junto a las cartas escritas, y para poder expresar de mejor forma sus inquietudes y propuestas, enviaba muchas veces dibujos de objetos, mapas y croquis de sitios hechos por él, y años más tarde incluyó fotografías tomadas por su hijo y una empresa de retratos taltalina (San Francisco *et al.*, 2020). Además, en varias ocasiones remitía encomiendas de cajones repletos con objetos precolombinos, piezas seleccionadas según los intereses y el tema en particular que estaba debatiendo con el destinatario (Mostny, 1964).

El flujo de estos objetos –cartas, fotografías, dibujos y piezas precolombinas– desde las manos de Capdeville alcanzó varias regiones de Chile, distintos países americanos e incluso otros continentes (figura 8). Una rápida pesquisa de sus obras repartidas por el mundo nos lleva a Washington, Cambridge y Nueva York en Estados Unidos, Londres y Cambridge en Inglaterra, Hamburgo, Kiel, Schleswig y Berlín en Alemania, Quito y Guayaquil en Ecuador, Buenos Aires, Paraná y Mendo-



za en Argentina, además de Antofagasta, Santiago, San Francisco de Mostazal, Taltal, San Pedro de Atacama y Concepción a lo largo de Chile (Mostny, 1964). Una dispersión de objetos que representa hoy la manifestación material de la red en la que se desenvolvía Capdeville en su práctica arqueológica y con la cual co-redactó el conocimiento que se gestó sobre estos temas a través del diálogo epistolar.

Sin embargo, Capdeville conservó el grueso de su colección hasta poco antes de morir. Tras una fallida tentativa en 1919 con Leonardo Matus, en 1928 vendió finalmente el remanente de su colección, compuesta de más de 3000 objetos precolombinos, al Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, en Chile, en una “suma bajísima” según Grete Mostny (1964, p. 357), gracias a las gestiones de Gualterio Looser y Ricardo Latcham (Porter, 1929). La compra fue oficial, y el Decreto 2239 del Ministerio de Educación Pública, firmado el 8 de junio de 1928, señala lo siguiente:

Acéptase la propuesta que hace don Augusto Capdeville para vender al Fisco la colección de objetos arqueológicos y etnológicos de su propiedad, en la suma de diez mil pesos (\$10.000), incluidos los dibujos, diseños, fotografías, mapas, y documentación anexa;



y su biblioteca particular sobre arqueología y etnología, en la suma de quinientos pesos (\$500) (Mostny, 1964, pp. 203-204).

Pero en aquella época el museo capitalino ya resguardaba algunas piezas de la colección Capdeville. A poco tiempo de haber comenzado sus excavaciones en Taltal, envió “un cajón con piedras” desde este puerto hacia Santiago dirigido a Leonardo Matus (Mostny, 1964, p. 197), en ese entonces encargado de la Sección de Antropología y Etnología del Museo Nacional, material que ingresó formalmente al museo en 1914 (Matus, 1916, p. 136). Y todo parece indicar que tampoco entregó toda su colección en 1928, dado que sus descendientes donaron décadas más tarde –en 2009 y 2013– dos nuevas remesas de objetos arqueológicos y documentos de Capdeville, esta vez al museo que hoy lleva su nombre en Taltal (San Francisco *et al.*, 2020, p. 12).

Estos ejemplos ponen de manifiesto la complejidad de la vida de las colecciones, al ser el resultado de una sumatoria variable y dinámica de eventos de adhesión y sustracción de sus unidades constitutivas; versátil al punto de que la historia de la conformación de una colección jamás será exactamente igual a otra (Pearce, 1994; Akin, 1996). Por muy

similares que parezcan a simple vista, son únicas y excepcionales, y por eso también son asombrosas y sorprendentes. He ahí, no obstante, la dificultad, pero también el valor y la relevancia de estudiar sus biografías, ya que a través de ellas es posible comprender su trayectoria y la de las unidades que las componen, las relaciones que establecen entre sí en la conformación de ese todo –que siempre es más que la simple suma de sus partes (Pearce, 1994)–, así como los roles y movimientos de las agencias involucradas en su nacimiento, existencia y disolución (Alberti, 2005; Hoskins, 2006; Byrne *et al.*, 2011).

Poca duda cabe que a lo largo de su existencia los objetos y las colecciones precolombinas colaboran en la creación de realidades sociales, pues en torno a su adquisición, circulación y posesión se ensamblan humanos, instituciones y territorios que forman redes a distintas escalas (Law, 1992; Latour, 2005). En dichas redes no solo los humanos son actores cruciales –sean excavadores, arqueólogas, coleccionistas, traficantes, restauradoras o curadores de museos–, sino también lo son las agencias no-humanas, tales como puertos, museos, casas de subasta, galerías, archivos o Estados (Larson *et al.*, 2007; Byrne *et al.*, 2011; Ballester, 2021a). En su trama, estos actores constituyen nodos inter-

conectados entre sí que no pueden materializar su agenciamiento por ellos mismos y de forma aislada. Nunca actúan solos. Su eficacia es redistributiva y depende del resto, basada en la cooperación y colaboración, todos ellos ensamblados simétricamente, con igual status y jerarquía (Latour, 2005; Bennett, 2010). Toda hebra o nodo de la red es relevante, sin excepción.

Esto significa que el conocimiento creado con el trabajo de Capdeville en Taltal no es resultado de un único y exclusivo sujeto. No es una obra individual, sino colectiva, en la que coparticiparon también otras agencias de esta enorme red. Cada carta, cada comentario contribuyó en el modelado de las ideas que ahí surgieron. Cada consejo, cada crítica tuvo consecuencias en lo que se estaba gestando. Y esto no ocurrió solo de puño y letra de Capdeville, de igual forma sucedió con otros. Basta analizar los escritos de Ricardo Latcham, Max Uhle, Aureliano Oyarzún, Carlos Porter o Carlos Oliver Schneider para notar la impronta de Capdeville y de Taltal en sus propias creaciones. La autoría, más allá de la mano que empuña la pluma o presiona las teclas de la máquina de escribir, termina siendo inevitablemente colectiva, sujeta a una multiplicidad de agencias que colaboran de la obra final.

¿Pero cómo se aborda una obra de esta naturaleza, tras la cual existe una red inabarcable y de alcances insospechados? Difícil, por no decir imposible, sería enfrentarlo desde la totalidad. Una ambición atractiva, sin duda, pero que no daría verdaderos frutos acerca de la complejidad de estas relaciones y de la diversidad de las agencias. La propuesta de este libro es aproximarse al fenómeno general desde ciertos casos específicos: conocer la extensa red a partir de algunas de sus tramas y urdimbres, ver el universo desde unas pocas constelaciones, acercarse al microcosmos a través de una molécula. Porque tanto las constelaciones como las moléculas existen gracias a sistemas que las superan, y son estos los que ayudan a comprender la naturaleza de la totalidad en las que ambas coexisten en una misma realidad.

Por lo tanto, la diáspora de Capdeville será abordada en este libro desde cinco tramas de esta enmarañada red. Tramas que pueden ser entendidas como casos de estudio o ejemplos de una totalidad mayor, que no buscan explicar el fenómeno general, pero sí graficar la complejidad y la diversidad de las agencias involucradas en él. Estas tramas, vale la pena advertirlo, no son independientes unas de otras, muy por el contrario, están interconectadas,

cruzadas y mezcladas en distintos planos y dimensiones. Ahí radica también la posibilidad de aproximarse a este fenómeno desde pequeñas unidades o de simples fracciones: en su conexión y complejidad.

Frente a la simetría de la red, las tramas que sirven de ejemplo en este libro no fueron seleccionadas por su capacidad holística, mucho menos explicativa, sino más bien porque son los tramos de la red que disponen de antecedentes conocidos o, simplemente, de los cuales se ha podido recabar más información en el último tiempo. Son los caminos visibles, las rutas accesibles, que ojalá se vuelvan con este texto aún más visibles y accesibles. Ante todo, es necesario aclarar que estas tramas no son las únicas ni las mejores que existen, pero sí las de mayor potencial para develar la complejidad y amplitud de esta red, su alcance y características, así como las agencias implicadas y los lazos que las interconectan.

La primera trama aborda el flujo epistolar de Capdeville hacia Concepción, en el sur de Chile, de la mano y con la cooperación de Carlos Oliver Schneider. Una fracción de la red de escala nacional, pero de profundo impacto en la conformación del imaginario que en aquellos años se tenía sobre

el mundo precolombino e indígena de Atacama y del resto del país, tanto en la academia como en la sociedad en su conjunto. La segunda trama supera las fronteras actuales y alcanza los Estados Unidos, en la ruta de cartas y objetos precolombinos hoy resguardados en Washington y Nueva York, como consecuencia de la participación de Paul L. Thommen, Junius Bird y John M. Cooper. La tercera, en tanto, escapa de América y aborda la diáspora de piezas arqueológicas de Taltal hasta Hamburgo, en Alemania, llevadas por Oscar Schmidt-Pizarro, amigo de Capdeville. La cuarta alcanza la Gran Bretaña en la pesquisa de la agencia de Oswald H. Evans, Cyril H. Kirkland y Thomas W. Orr en la dispersión de objetos precolombinos de Taltal por museos en Londres y Cambridge. Finalmente, la quinta trama retorna a Chile, aunque sin perder el vínculo con el Viejo Mundo, pues se centra en la circulación de cartas, ilustraciones y especialmente de fotografías hacia la Sociéte Scientifique du Chili, un colectivo franco-chileno que reunía a algunos de los más importantes investigadores de la época y que fue responsable de la creación de un sofisticado álbum fotográfico con las capturas de Capdeville.





# PRIMERA TRAMA DE LA RED

## Carlos Oliver Schneider / Concepción

*Ningún objeto está en un museo por accidente*  
(Procter, 2020).

Hasta las orillas del río Biobío, en la ciudad de Concepción, llegaron las piezas precolombinas colectadas por Augusto Capdeville, como consecuencia de su contacto y amistad con Carlos Oliver Schneider (1899-1949), naturalista e historiador uruguayo, un verdadero “cazador de realidades” (figura 9) que por entonces era director del Museo de Concepción (Vergara, 1992; Márquez, 2015, p. 81). Se conocían bien, pues compartían en las reuniones de la Société Scientifique du Chili y de la Sociedad Chilena de Historia Natural, dos organizaciones científicas que por entonces nucleaban a los intelectuales nacionales (Etcheverry, 1989, 1991; Camus, 2013; Márquez, 2015; Ballester, 2019b).

En el *Epistolario* de Capdeville, Grete Mostny (1964) transcribe seis cartas que se encontraban en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), y que formaban parte del conjunto de documentos que el arqueólogo vendió al Museo Na-

cional de Historia Natural de Santiago de Chile en 1928 junto con su colección de objetos precolombinos. Las cartas datan entre el 14 de mayo de 1921 y el 16 de agosto de 1923, cuatro de ellas escritas por Oliver Schneider desde Concepción y dos por Capdeville firmadas en Taltal. La existencia de estas dos cartas del propio Capdeville en su archivo personal no es extraño, ya que se sabe que copiaba varias veces su correspondencia en cuadernos y hojas sueltas, como respaldos o borradores, lo que generaba una duplicación y a veces multiplicación de sus escritos (San Francisco *et al.*, 2020).

Existen dos cartas adicionales en los archivos del Museo de Historia Natural de Concepción escritas de puño y letra de Capdeville, a las cuales no accedió directamente Mostny. Una de ellas, con fecha del 6 de junio de 1921, se corresponde a la perfección con la segunda carta transcrita por Mostny (1964, p. 288), lo que refuerza la idea de las copias hechas por Capdeville, pues claramente la que se encuentra en Concepción fue la que recibió Oliver Schneider y la publicada por Mostny el respaldo personal de Capdeville. La otra misiva, en cambio, es inédita y está fechada el 17 de junio de 1923 en Taltal (figura 10), lo que la sitúa entre la última y penúltima de las epístolas transcritas por Mostny (1964, p. 289).

Luis don

Carlos Oliver Schneider.

Compañero.

— Mi distinguido amigo,  
Por este mismo correo, le remito a  
Ud. certificado, un paquete que con-  
tiene dos folletos nuevos míos.

Uno de ellos habla de la Civilización  
dominicana, de Galtal.

El otro, trata de la Civilización  
Chinche Itz'amana, de Galtal.

Ruego al acuse recibo correspon-  
diente.

Si sin equívoca amabilidad desea  
mandarme alguna carta, ó algún folle-  
to, sobre arqueología, suplicole, se  
digne remitirme certificado.  
Es la única manera de que puedan  
llegar a su destino.

Rogándole muy atentamente, se  
sira darne noticia de sus trabajos,  
de los nuevos descubrimientos efectuados  
por esas regiones, lo saluda con todo  
afecto.

Su más afmo amigo,  
— Ruego lo posible  
Galtal, 17 de junio de 1923.

En concreto, esta nueva carta es un complemento de un envío de folletos o separatas de artículos hecho por Capdeville al naturalista uruguayo. En la ocasión, no pierde la oportunidad para pedirle a cambio ejemplares de sus artículos o noticias acerca de los recientes descubrimientos arqueológicos de la región. Firma con afecto y se despide refiriéndose a Oliver Schneider como su “mas afmo. [afectísimo] amigo”, un trato íntimo que se fue cultivando con el tiempo, dado que en sus anteriores cartas Capdeville lo señala, primero como “grato” y “seguro servidor”, y solo luego de algunas comunicaciones aparece la palabra “amigo”, como consolidación de la amistad científica (Mostny, 1964, pp. 288-292).

De la pesquisa de esta correspondencia se desprende que quien dio origen a la relación epistolar fue Oliver Schneider. El contacto ocurre en un momento crítico del Museo de Concepción, sin recursos ni colecciones necesarias para montar una exposición, por lo que se veía obligado a pedir donaciones, incluso por la prensa. Uno de los llamados por el periódico local el año 1919 es elocuente al respecto:

Las personas de fuera de Concepción podrán enviar sus obsequios por correo, en forma de encomienda, y si su peso lo per-

mite y resulta más económico, por certificado. Cuando debido a su peso es necesario hacerlo por ferrocarril, debe preferirse el servicio de equipaje. En cualquiera de los dos casos el Museo reembolsa el valor del flete (Vergara, 1992, p. 45).

En la primera carta enviada por Oliver Schneider a Capdeville, el 14 de mayo de 1921, le escribe como conservador del museo penquista para señalarle “el interés de que la sección arqueológica de este Museo, posea algunas muestras de los restos de las civilizaciones primitivas encontradas en Taltal”, por lo que “le ruega, tenga la bondad de informarle en qué forma podría este Museo, obtener algunos ejemplares” (Mostny, 1964, p. 288). Días más tarde, Capdeville le responde con evidente sorpresa y satisfacción por su carta:

como muestra me permito obsequiarle una pequeña encomienda de correo N 9978, de esta fecha, con tres kilogramos setecientos gramos de peso, que se servirá Ud. reclamar. Todos estos objetos pertenecen a la Estación Paleolítica de Taltal (conchal del Morro Colorado). Insignificante es por ahora la atención. Puede convertirse en mejor en

poco tiempo más. Puedo regalarle veinte veces más; pero el inconveniente y la molestia, es el embalaje y la expedición (Mostny, 1964, p. 288).

De inmediato, en esta primera respuesta Capdeville le consulta “si posee ese Museo alguna publicación o catálogo impreso, con dibujos y láminas que la ilustren”, porque su “constante aspiración, es obtener algunos libros que traten de prehistoria americana. Tengo varios naturalmente; pero siempre anhelo tener más” (Mostny, 1964, p. 288). Esta frase expresa a la perfección la pasión y el compromiso con el que Capdeville realizaba sus investigaciones, dada la necesidad que tenía de leer y aprender sobre antropología, arqueología e historia para analizar mejor sus hallazgos y perfeccionar sus interpretaciones, pero también manifiesta vívidamente su incorregible afán coleccionista, en este caso, también de libros, folletos y todo tipo de impresos. Queda en evidencia, además, el enorme valor que tenían las obras visuales y documentos escritos para estos investigadores en su actividad científica.

Como contraparte, Oliver Schneider envía a Capdeville “tres recortes de diario, dos se refieren

al obsequio suyo a nuestro Museo y el tercero, a los resultados de nuestra campaña científica en el verano” (Mostny, 1964, p. 289). Una de las notas de prensa fue reproducida por Mostny (1964, p. 359), donde se lee que “el señor Augusto Capdeville, de Taltal [...] ha donado al Museo de esta ciudad para la sección Arqueológica de este establecimiento, una interesante y valiosa colección de instrumentos de piedra tallada”. Luego agrega:

Los instrumentos que componen la serie regalada por el señor Capdeville son manoplas, punzones, raspadores, puntas de flechas, husos de hueso para pesca, hachas, buriles, cuchillos y restos de la cocina de estos primitivos individuos (Mostny, 1964, p. 359).

Ahora bien, ha pasado poco más de un siglo de aquella donación de objetos al Museo de Concepción por intermedio de su director. De acuerdo a los inventarios de dicha institución, en sus depósitos existen alrededor de 300 objetos y cuerpos precolombinos atribuibles al Norte Grande de Chile, la gran mayoría sin información de procedencia. Destacan, sin embargo, colecciones provenientes de Arica (Renato Valdés Alfonso en 1930 y Coro-



nel Mizón en 1938<sup>4</sup>), Chiuchiu (Eduardo Brousse en 1964), Huara (Bascur, Celis y Bugueño en 1980) y tres cuerpos humanos de Quillagua enviadas por Ricardo Latcham mediante intercambio desde el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago el año 1935 (Vergara, 1992; Brousse, 1993; Echeverría, 2015).

Respecto de Taltal, el inventario no indica ninguna referencia a una colección u objetos donados por Capdeville en la década de 1920, y solo aparecen señaladas donaciones de esta localidad por parte de Eduardo Brousse en 1964, en ese entonces, y por varias décadas, conservador del mismo museo, y de Julio Montané en 1972, quien entregó tres anzuelos de concha (Brousse, 1993; Echeverría, 2015). Probablemente, esta confusión es consecuencia de los constantes movimientos de la colección del museo por distintos inmuebles de la ciudad de Concepción<sup>5</sup>, pero también de las diferentes manos y administraciones que se han hecho cargo de ellas a lo largo de su historia institucional (Oliver Schneider, 1926; Vergara 1992; Echeverría, 2015).

4. Compuesta originalmente de más de 1500 objetos, de la cual solo una fracción fue donada al Museo de Concepción (Vergara, 1992).

5. De acuerdo a cifras del propio museo, su locación ha cambiado en más de veinte oportunidades.

Pese a lo anterior, existe en las colecciones del museo una cantidad importante de objetos catalogados como del “Norte Grande” que se asemejan bastante a las piezas recuperadas por Capdeville en el litoral de Taltal. Corresponden principalmente a espátulas de hueso con decoraciones laterales (figura 11: 1), vástagos de hueso de camélido para arpón (figura 11: 2-4), barbas de arpón sobre hueso (figura 11: 5-8), barbas de anzuelos compuestos elaborados sobre hueso de camélido (figura 11: 9), pequeños cascabeles de cobre (figura 11: 10-12) y anzuelos de concha. Estas clases de artefactos son habituales entre los materiales descritos e ilustrados por Capdeville (p.e., 1921a, 1921b, 1922a, 1922b, 1923, 1928; Mostny, 1964), tal como se aprecia claramente en las fotografías que tomó de sus muestrarios hechos con composiciones de piezas arqueológicas (San Francisco *et al.*, 2020).

Tres de los objetos identificados en el museo poseen ciertas características materiales que hacen posible que sean parte de la colección de Capdeville, no solo por su tipología y adscripción cultural típica de la costa del desierto de Atacama, sino porque además corresponden a piezas armadas *a posteriori* y cuyo diseño no es propiamente precolombino. Se trata de tres cabezales de arpón (figura 11: 2-4), un



1



2



3



4



5



6



7



8



9



10



11



12

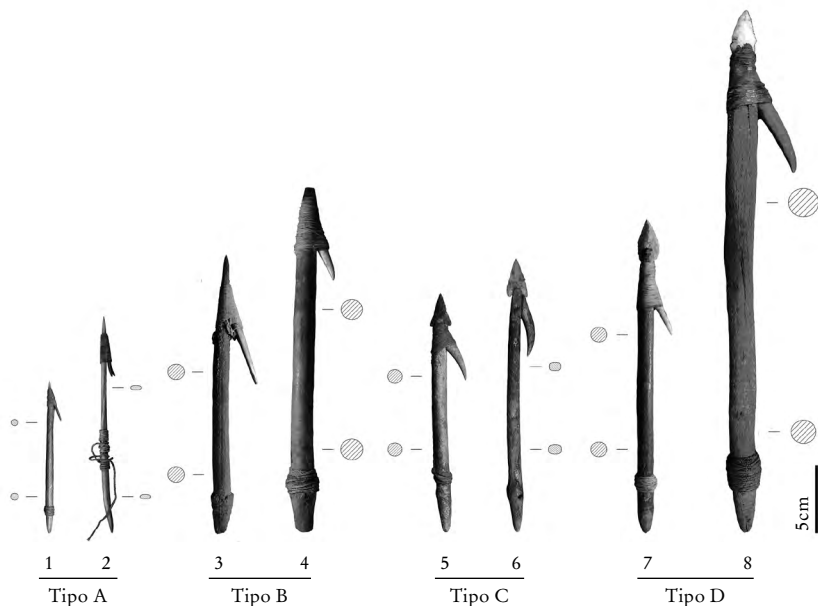
5 cm

dispositivo de caza para presas marinas que se usó en estas costas desde hace al menos 7000 años atrás (Ballester, 2018, 2021c). Todos los cabezales de arpón conocidos del litoral de la región de Antofagasta son artefactos compuestos, en tanto articulan en un mismo objeto a distintas unidades constitutivas ensambladas de acuerdo a patrones estandarizados de composición, estructura, diseño y uso de materias primas, formando al menos cuatro tipos generales de cabezales, que he clasificado como A, B, C y D (figura 12). Cada tipo de cabezal de arpón es distinto del otro y posee una receta tecnológica única, además de haber sido empleado en diferentes momentos de la historia precolombina.

Vale la pena describir brevemente las clases de cabezal de arpón en cuanto a su diseño, tecnología y materiales compositivos (Ballester, 2018, 2021c). El tipo A es el de menor tamaño y potencial de retención, integrado de un vástago central de metapodio de camélido junto a dos barbas laterales, una al lado de la otra, elaboradas en general de espinas de cactus, aunque existen casos labrados en cobre (figura 12: A). El tipo B posee un vástago de madera cuya característica es un cono truncado en su base para retener la línea de caza, en su extremo opuesto tiene adosada una barba lateral de hueso

de camélido y una sección penetrante lograda por el aguzamiento del vástago o mediante una punta lítica inserta en una cavidad (figura 12: B). El tipo D comparte con este el vástago de madera, aunque sin el cono truncado, sino que con un embarrilado de fibras vegetales que impide el desprendimiento de la sogá, y del otro costado integra siempre una punta de piedra y una barba lateral de hueso (figura 12: D). Finalmente, el tipo C es el único caso de cabezal de arpón cuyo vástago es de hueso de mamífero marino, dotado de un engrosamiento cerca de su base para impedir el deslice de la sogá, una cavidad para acoplar una punta lítica en el extremo opuesto y a un costado una barba lateral de hueso de camélido (figura 12: C).

Los tres ejemplares del Museo de Historia Natural de Concepción que posiblemente formaron parte de la colección Capdeville se componen de tres unidades: un vástago central y una barba lateral, ambos de hueso, unidos entre sí con una amarra de fibras de algodón (figura 11: 2-4). Lo interesante de este diseño es que integra partes o unidades que provienen de clases distintas de cabezales de arpón precolombino y que en ningún caso se registran juntos en las piezas halladas completas (figura 12).



12

Así, los vástagos de hueso de camélido utilizados en estos ejemplares son exclusivos de los tipos de cabezal de arpón A, mientras que las barbas de hueso empleadas son propias de los arpones de tipo B, C o D, pero no del tipo A (Ballester, 2018, 2021c). En cambio, este último posee siempre dos pequeñas barbas paralelas, una al lado de la otra, hechas con espina de cactus o cobre martillado (figura 12: A), pero no de hueso (Ballester, 2020b, 2022a). Del mismo modo, las barbas de hueso aquí utilizadas se articulan únicamente a vástagos de madera (tipos

B y C) o de hueso de mamífero marino (tipo C), y no a aquellos de hueso de camélido (Ballester, 2018, 2021c).

Por lo tanto, los tres objetos constituyen ensamblajes novedosos basados en la imaginación y la especulación de alguien que los (re)creó, ya que no responden a los diseños precolombinos conocidos para la región (Ballester, 2018, 2021c). Más que una réplica a un original, se trata de una copia libre, de un nuevo objeto híbrido que mezcla partes de realidad con esquemas de ficción. Un gesto creativo que Capdeville solía hacer recurrentemente en sus propias obras visuales, en especial en sus llamativos muestrarios de piezas (San Francisco *et al.*, 2020), las que juegan con el arreglo y la composición de las unidades constitutivas –que en este caso son restos arqueológicos– para formar diseños geométricos y patrones abstractos sobre el plano visual, donde muchas veces articulaba elementos que no iban juntos en los artefactos precolombinos, ordenados a su propia manera.

Es el caso, por ejemplo, del muestrario de piezas de Caleta Esmeralda (figura 13: A), un cementerio del período Intermedio Tardío (1000-1500 años d.C.) o de la civilización Chincha Atacameña, como le solía llamar Capdeville, en el que se pue-

den observar al centro de la imagen dos cabezales de arpón que siguen el mismo diseño de ensamblaje “no-precolombino” de aquellos registrados en la colección del Museo de Historia Natural de Concepción: son vástagos de hueso de camélido típicos de los cabezales de arpón tipo A acoplados a barbas de hueso de los arpones tipo B, C o D. Una situación idéntica se aprecia en la fotografía y composición de objetos correspondiente al cementerio Chincha Atacameño de Las Cañas, también obra de Capdeville (figura 13: B).

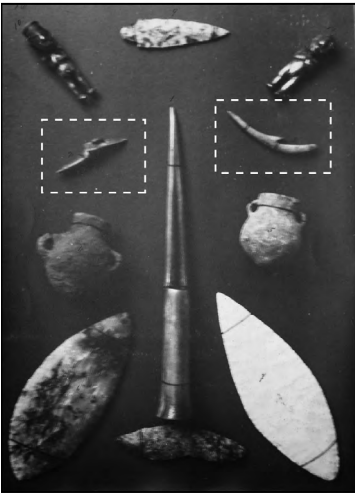
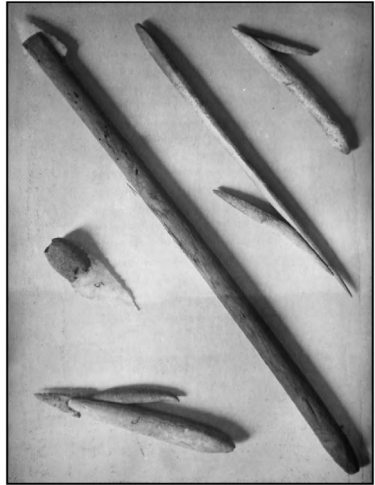
La única diferencia entre ambos conjuntos es que las piezas del museo penquista están amarradas con cordel, mientras que las de Caleta Esmeralda y Las Cañas no. Sin embargo, hay que recordar que una de las cualidades de los muestrarios de Capdeville, así como de muchos otros de su época (Sellen, 2012), era que cada pieza estaba amarrada a un soporte plano o base destinada a mantener su posición aun cuando este fuera colgado en un muro para su exhibición, tal como seguramente estuvieron expuestos en su museo personal en Taltal. En consecuencia, bajo este formato era innecesario tener que amarrar vástago y barba con un cordel, pero sí si se quería mantener este diseño fuera del muestrario, como objeto independiente, tal como



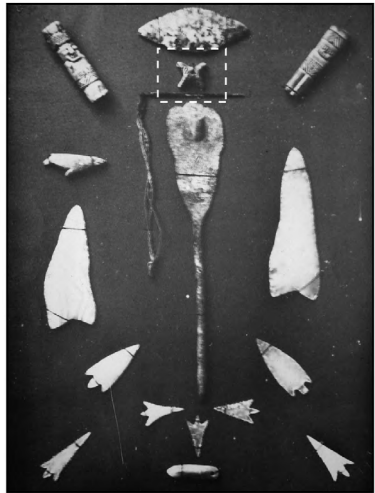
A



B



C



D

en las piezas que enviaba por encomienda y como ocurre, sorpresivamente, en aquellos del museo a orillas del río Biobío.

De hecho, los tres cabezales de arpón del museo están amarrados con un cordel que es a todas luces moderno. En este sentido, cabe recordar que Capdeville recuperó muy pocas piezas completas y ensambladas en los sitios que intervino en Taltal, debido principalmente a las malas condiciones de preservación de materiales perecederos en la localidad, en especial de textiles, maderas, cueros y fibras vegetales y animales. Esta situación es distinta a la del resto de la costa del desierto de Atacama, en donde se han encontrado decenas de arpones íntegros y aun ensamblados en contextos arqueológicos (Ballester, 2018, 2021c). En el caso de los cabezales de arpón tipo A, el vástago y las barbas laterales se acoplan mediante una amarra que sigue un patrón sorprendentemente pauteado y normaldo, que se repite a lo largo de siglos y en una extensa franja litoral (Ballester, 2022a). Dicha amarra se logra mediante un embarillado fino y denso que va desde el comienzo de las barbas (hacia distal y junto al extremo penetrante del cabezal) hasta después de su separación y apertura respecto del vástago (hacia proximal), formando una especie de cubilete



B

C

D

E

cónico que aprieta las diferentes partes que componen la pieza (figura 14). Finalmente, y para cerrar la amarra, el cordel ata en el sentido transversal a los anillos anteriores justo en la sección de abertura de las barbas, con tal de fijar el acople (figura 14: B-H).

Claramente los tres cabezales depositados en el Museo de Historia Natural de Concepción no poseen esta particular y característica amarra. Dos de ellos (figura 11: 2-3) presentan una atadura notoriamente improvisada y hecha con un nudo simple, además de un cordel blanquecino y limpio que a todas luces parece ser reciente. El tercero, en cambio, aunque cuenta con una amarra de mayor sofisticación y complejidad (figura 11: 4), no correspon-



A



F

G

H

14

de a la solución tecnológica que ostentan las piezas precolombinas de la costa del desierto de Atacama (figura 14). Esta última, si bien intenta replicar la amarra original, lo hace de manera incompleta e incorrecta, marcando una sutil pero significativa diferencia entre ellos.

Por su singular diseño y composición, todo parece indicar que estos tres objetos son obras del propio Capdeville, quien los habría ensamblado utilizando los fragmentos de artefactos precolombinos que recuperó. Una hipótesis aventurada, pero posible, que se sustenta en la premisa de que arqueólogos y arqueólogas producen obras de distinta naturaleza, en este caso particular imitaciones

o evocaciones de arpones, pero también todo tipo de objetos, imágenes, discursos e, incluso, nuevos sitios arqueológicos, tal como sucede con las rumas de tierra generadas por el harneo de sus excavaciones o las improntas dejadas por sus campamentos de terreno a un costado de los cementerios (p.e., Ballester, 2017, 2023; Garrido y Valenzuela, 2020; San Francisco *et al.*, 2020; Ballester y Cabello, 2022).

Bajo esta simple premisa es posible hacer una arqueología de la arqueología fundada en el estudio de los restos materiales dejados tras el ciclo de producción, distribución y consumo que le da vida a esta práctica. Una aproximación de gran potencial ante la ausencia de fuentes escritas que documenten los procesos que crean y recrean piezas arqueológicas, aquellas que con el paso del tiempo se convertirán en el legado cultural precolombino resguardado celosamente por los museos, el mismo que se difunde sin cesar en publicaciones, catálogos, folletos y artículos. Una perspectiva que puede dar herramientas para evaluar y criticar los relatos ya existentes y su propia genealogía.

## SEGUNDA TRAMA DE LA RED

### Paul Thommen, Junius Bird y John Cooper / Nueva York y Washington

*El museo es por definición voraz.  
Y lo es porque nace de la colección privada,  
y ésta a su vez de una rapiña*  
(Eco, 2005, p. 17).

Junius Bird fue una de las figuras que revolucionó la arqueología en las costas de Atacama y a quien le debemos algunos de los avances más significativos de esta disciplina a nivel regional (Rivera, 1983; Wissner, 2008). Se distinguió de sus predecesores por la rigurosidad de sus técnicas de excavación y análisis, pero también por lo detallado de su fantástica monografía *Excavations in northern Chile* (Bird, 1943), obra fundacional de la arqueología costera del desierto del norte atacameño. Su impacto fue especialmente relevante en la arqueología de Taltal, pues gracias a estos adelantos logró resolver de manera convincente el problema de la supuesta existencia de un período Paleolítico local, así como profundizar en la historia ocupacional de esta cos-

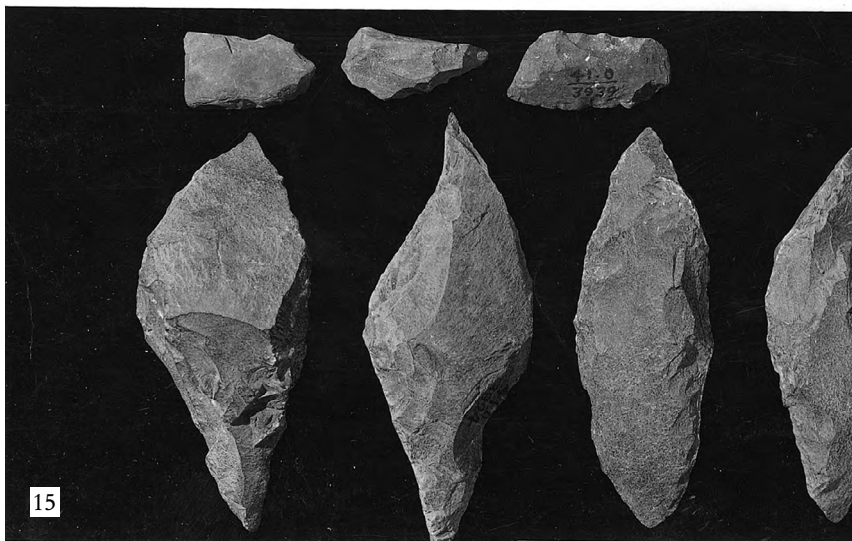
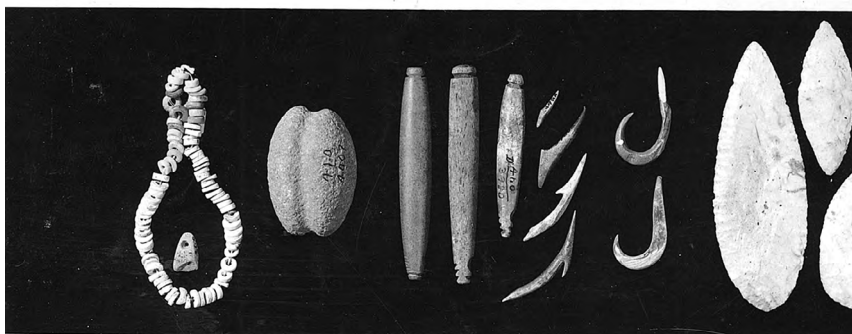
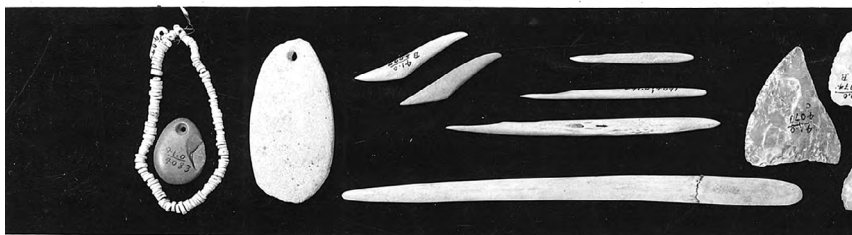
ta y caracterizar mejor las tecnologías precolombinas (Ballester, 2022b). Sin embargo, vale la pena recordar que Bird no llegó hasta Taltal producto del azar, sino porque antes de partir desde Nueva York, donde vivía y trabajaba, ya había revisado y estudiado todo lo que hasta ese entonces se había escrito sobre el sur del Pacífico y en particular acerca de este pequeño puerto. Sus cuadernos y notas son fiel reflejo de este proceso de acopio, aprendizaje y reflexión (Ballester, 2017, 2022b). Además, años antes, en 1932 y 1933, recorrió la Patagonia, Tierra del Fuego y el canal del Beagle junto a Margaret (Peggy), su reciente esposa, en un alucinante viaje de exploración y luna de miel (Wisner, 2008), por lo que ya conocía Chile y los mares del sur.

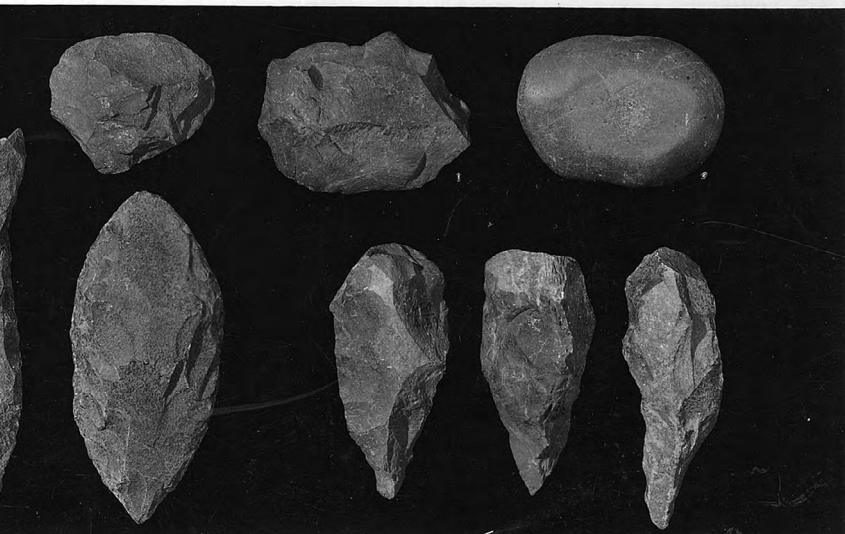
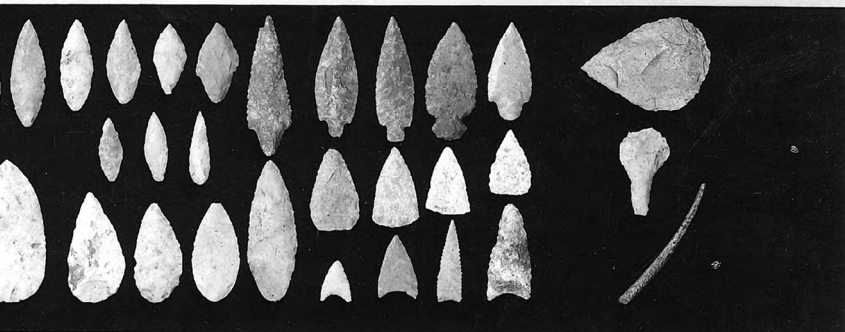
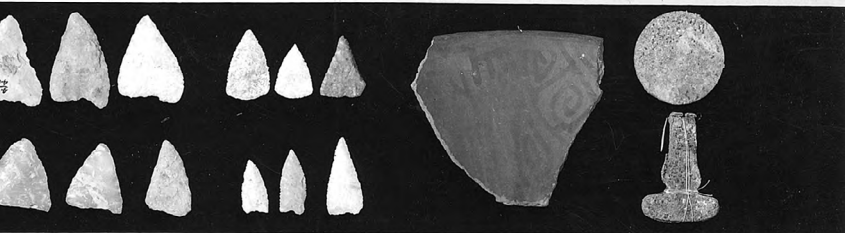
Durante la planificación de su temporada de campo en el norte de Chile, recurrió a colegas y amigos que habían visitado Taltal, como Samuel K. Lothrop, quien pasó por estas costas casi una década antes (1929-1930) como parte de la Mrs. Thea Heye-Lothrop Expedition financiada por el National Museum of the American Indian (Lothrop, 1948; Ballester, 2017). En el marco de los preparativos del proyecto, Bird estudió todas las colecciones arqueológicas depositadas en el American Museum of Natural History de Nueva York que se relacio-

naban con el tema, por lo que dejó un riquísimo archivo, repleto de apuntes, síntesis, esquemas y dibujos (Ballester, 2017). Entre las colecciones, Bird tuvo acceso a solo una proveniente de Taltal, perteneciente a un señor de nombre Paul L. Thommen, una figura completamente invisible en la historia de la arqueología chilena.

En los archivos de Bird destaca una carpeta que contiene 17 páginas mecanografiadas y una fotografía (figura 15). En el borde superior izquierdo de la primera página se lee: “Comentarios sobre la Colección Thommen de J. Bird escritos preparando una exposición seleccionada mucho antes de trabajar en N. Chile”. Al centro y más abajo lleva como título “Colección Thommen, Taltal, Chile. Puntas de proyectil y cuchillos”. En otro papel adjunto aparece una fecha: diciembre de 1939. El texto es una lectura de los objetos de la colección Thommen a la luz de la discusión que por aquellos años se daba en torno a los materiales y la historia antigua de Taltal, en especial acerca de la idea de evolución de la industria lítica desde un estado primitivo, de artefactos toscos catalogados como paleolíticos hacia otros posteriores, de características más elaboradas y sofisticadas. En este debate hace mención explícita al trabajo de Ricardo Latcham titulado *La*







*edad de piedra en Taltal* (1939), en el que aborda en profundidad la supuesta ocupación paleolítica de Taltal, y que Bird (1965) retoma en un artículo décadas más tarde.

De acuerdo con el manuscrito, cuando Bird analiza la ubicación de cada uno de los tipos de objetos en la secuencia cronológica de Taltal utiliza como referente temporal la cultura Inca: el “nivel Inca”, material “post Inca” y “niveles Pre-Inca”. En el resto del escrito correlaciona estas piezas con los hallazgos de otras zonas de Chile, como Chiloé, Cabo de Hornos y Angol, lugares que él conocía o por referencias personales de Dillman Bullock, misionero metodista, agrónomo e investigador estadounidense vecindado por entonces en Angol (Álvarez y Espinoza, 2001). En la parte final del manuscrito Bird exhibe los artefactos líticos de la colección Thommen a través de sus propios bocetos acompañados de una breve descripción (figura 16). Son ilustraciones en tinta negra de las siluetas en planta de los bifaces líticos, en algunos casos junto a vistas de perfil y en el centro del dibujo un esquema de su sección.

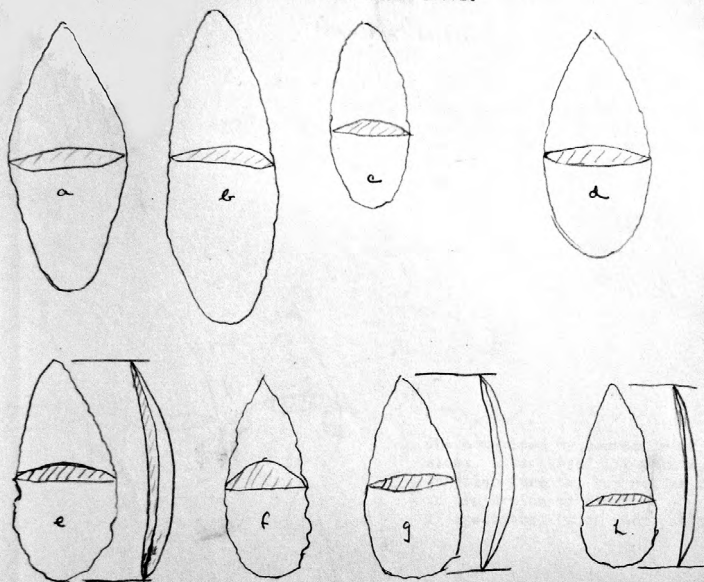
Parte de estas reflexiones fueron más tarde publicadas por Bird. En su famosa monografía de 1943 sitúa a Thommen como un coleccionista contem-

poráneo y del mismo nivel que Capdeville. En sus palabras, la colección Thommen del museo se componía de “una serie de objetos afilados alargados, con forma de pico en uno o ambos extremos, diseños que ciertamente no son comunes” (Bird, 1943, pp. 286-287). Más tarde, en su artículo de 1965, Bird aclara, aunque sin mayores detalles, que obtuvo algunas luces sobre lo que en aquellos años ocurría y se debatía en Taltal gracias a conversaciones que sostuvo con Thommen, quien en ese entonces vivía en Lima, Perú, pero que décadas antes había estado en Taltal por negocios, época en la que aprovechó para hacer sus propias excavaciones y comprar algunos objetos precolombinos.

Pero la de Bird no es la primera referencia que existe sobre la colección Thommen. Le antecede otra, menos conocida, que proviene del profesor John Montgomery Cooper del Departamento de Antropología de la Catholic University of America de Washington DC, también en Estados Unidos. El Padre Cooper, como lo llamaban sus cercanos, es conocido por su acucioso trabajo bibliográfico y documental relativo a las tribus de Tierra del Fuego, comunidades de las que fue uno de los primeros especialistas<sup>6</sup> (Cooper, 1917, 1946). Si bien en sus

6. Tal era su conocimiento y experticia que el propio Bird escribió varias cartas a Cooper para hacerle consultas antes

"Pre-Inca" level.



publicaciones las alusiones al desierto de Atacama son nulas, Grete Mostny (1964, pp. 332-334) publica en el epistolario de Capdeville cinco cartas que son fundamentales para Atacama y, en particular, para indagar en la colección Thommen.

Además, en la sección de Colecciones Especiales del archivo de la Catholic University of America existe una sección dedicada a Cooper, compuesta

y después de su viaje a Tierra del Fuego. Las cartas de estas comunicaciones se encuentran en el Archivo de la Catholic University of America, en Washington DC, Estados Unidos.

de 72 cajas que alcanzan los casi 12 metros lineales de legajos. Junto a sermones, publicaciones y artículos se halla reunida su correspondencia entre los años 1908 y 1964. En total, 22 cajas de documentos. En la caja 37 de esta colección hay una carpeta que contiene diez cartas alusivas a Augusto Capdeville, además del recibo de una encomienda, datadas entre noviembre de 1924 y fines de 1925. En el conjunto se encuentran copias de las cinco cartas del epistolario, además de otras cinco hasta ahora inéditas, dos de estas escritas por Capdeville a Cooper y tres entre el famoso antropólogo austríaco-norteamericano Robert H. Lowie y el propio Cooper.

El 8 de noviembre de 1924 Cooper redactó en inglés la primera de las cartas dirigida a Capdeville bajo recomendación de Uhle, con quien se había encontrado en Gotemburgo, Suecia, en septiembre de ese mismo año, en el marco del XXI Congreso Internacional de Americanistas (Mostny, 1964, p. 332). Cooper va al grano y le pregunta directamente al chileno si posee información sobre una colección de objetos de piedra y hueso proveniente de Taltal, recientemente ofrecida al American Museum of Natural History de Nueva York por parte de un sujeto de apellido “Thummen” –que ahora sabemos es Thommen–. En sus propias palabras “la

colección mencionada contiene algunos cientos de piezas de las momias de Taltal, incluyendo cerca de 20 artefactos del tipo paleolítico” (Mostny, 1964, p. 332). La intención de Cooper era saber quién era Thummen, obtener alguna información sobre su persona y las circunstancias en las cuales esta colección fue construida.

En una siguiente carta<sup>7</sup>, manuscrita e inédita, datada el 9 de diciembre de 1924 (figura 17), Capdeville responde en español a Cooper desde el puerto de San Antonio, en el litoral central de Chile. Le expresa su cercanía con Uhle, lo mucho que lo quiere y que lo considera su “bondadoso profesor en arqueología, y a quien le debo todos mis conocimientos”. Igualmente, le comenta que ha escrito varios artículos sobre arqueología, que desea publicar en alguna revista y le pide consejos. Añade enseguida: “poseo una gran colección de objetos arqueológicos. Fruto de quince años de excavaciones” (el subrayado es del propio Capdeville). Por último, atiende a las preguntas de Cooper:

Nada ganaría, con escribirle al señor Thomen, que es mi amigo, y discípulo; pues ya no posee nada. Lo que tenía, lo vendió en

7. Caja número 37, “Serie 3: correspondences”, carpeta “Ca-Ci”, de la Colección Especial del Archivo de la Catholic University of America de Washington DC, Estados Unidos.

Washington. No ha vuelto a coleccionar más. Puede escribirle a Taltal, o Tocopilla (Nitrate Agencie Ltd.) [...] Todo lo que el señor Thommen, vendió en Washington, lo adquirió únicamente en Taltal. El señor Thommen, compró, a trabajadores míos, ese pequeño lote. No ha vuelto a comprar más. No hay quien venda ahora; pues todo se acabó.

Es luego el propio Capdeville quien se vuelca de manera casi desesperada hacia Cooper:

Busco un amigo que me ayude con mis investigaciones científicas ¿quiere Ud ser mi amigo? Remitiré, regalaré, a Ud. periódicamente fotografías, dibujos y objetos, de mis descubrimientos. Poseo millares de objetos paleolíticos [...] Yo con todo gusto, vendería mi colección, que abarca, las cuatro civilizaciones mencionadas. Yo he gastado más de diez mil pesos chilenos (1.000 dólares), en sacarla de las entrañas de la tierra. Su valor real, es incalculable. Pero son joyas magníficas, ejemplares únicos en Sudamérica. Alguna persona entendida, tendría que verla, y solo entonces dictar precios, en pre-



sencia de los objetos mismos [...] Enviaré a usted, datos, folletos, fotografías, dibujos, de mis hallazgos, detallando su cantidad, si Ud. me lo pide.

Cierra su misiva con una frase habitual en sus correspondencias, el fiel reflejo de su afición por los libros de arqueología y de la importancia que estos temas tenían para él, en tanto investigador en constante formación: “Ruégole se digne regalarme, cuanto artículo Ud. haya publicado, para tener el honor y placer de conocer su alta personalidad científica”.

En la siguiente carta, fechada el 10 de abril de 1925, y escrita en italiano, Cooper agradece a Capdeville el envío de algunos documentos y de una “bellissime fotografíe”<sup>8</sup> (Mostny, 1964, pp. 332-333). Le aclara además que Thommen no ha vendido su colección a la Smithsonian Institution de Washington, como creía Capdeville, sino al American Museum of Natural History de Nueva York. Le comenta que estudió la interesante colección en el museo, pero que no logró recibir información de su vendedor. Añade que le escribió a Robert Lowie<sup>9</sup>,

8. Fotografía que lamentablemente no se encuentra en el Archivo de la Catholic University of America.

9. Ese mismo día Cooper escribió a Lowie contándole, en-

Señor Don Juan M. Cooper  
Washington

Distinguido señor,

el nombre del señor Max Uhle, me es muy querido, para mí. Es mi bondadoso Profesor, en Arqueología, y á quien debo todos mis conocimientos. Ruegole darne su dirección. Pídale en mi nombre, que tenga la bondad de escribirme

Tengo varios artículos sobre Arqueología, que deseo publicar. Algunas revistas; podría publicar algunos artículos míos, con fotografías y dibujos de los objetos, solicitando, al mismo tiempo, algunas tiradas á parte? Suplicole contestarme al respecto.

Poseo una gran colección de objetos arqueológicos. Fruto de quince años de excavaciones.

He publicado varios artículos en el Boletín de la Academia Nacional de Historia del Ecuador - Quito, sobre arqueología. Son cinco ¿los conoce Ud. todos?

Nada guardaría, con escribible al señor Thomson, que es mi amigo, y discípulo; pues ya no posee nada. Lo que tenía lo vendí en Washington. No ha vuelto á coleccionar mas. Puede escribirle á Valparaiso, ó Tacopilla (Nitrate Agency Ltd)

editor de la revista *American Anthropologist* para saber si era posible publicar ahí uno de sus manuscritos aún inédito. Finalmente, agrega que consultó en el Smithsonian National Museum of Natural History si querían comprar la colección, a lo que se negaron debido a la falta de presupuesto. Promete ayudarlo para la venta con el Museum of the American Indian de Nueva York, donde es amigo del curador, el señor Frederick Webb Hodge.

Cooper vuelve a escribir el 18 de abril de ese mismo año con noticias desde Nueva York: la respuesta de Hodge es que su museo ya ha comprado una colección arqueológica de Taltal<sup>10</sup> y no está

tre otras cosas, el trabajo de Capdeville en Taltal. En su carta de respuesta (16 de abril de 1925), Lowie agradece que le haya presentado tan fantástico trabajo y que podría publicar su artículo, siempre y cuando la institución patrocinante de Capdeville corriera con el costo de las ilustraciones, y fuese presentado en inglés. Caja número 37, “Serie 3: correspondences”, carpeta “Ca-Ci”, de la Colección Especial del Archivo de la Catholic University of America de Washington DC, Estados Unidos.

10. Se trata de la colección de Melquiades Díaz Casanova que ingresó al Museum of the American Indian, Heye Foundation, en julio de 1925, a través de A. Hyatt Verrill (*Indian Notes*, 1925, p. 244). Dicha colección se componía de cerca de dos mil especímenes de los conchales y cementerios de Taltal, y todavía se encuentra almacenada en los depósitos del museo. Otra parte de esta colección se halla resguardada desde el año 1928 en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago de Chile.

interesado en una segunda (Mostny, 1964, p. 333). Le recomienda, en cambio, preguntar en el Field Museum de Chicago y en el Peabody Museum de Harvard<sup>11</sup>. A los pocos días, Cooper insiste con una nueva misiva a Capdeville en la que le transmite las condiciones de publicación señaladas por Lowie para *American Anthropologist*. La respuesta del chileno no tarda en llegar el 28 de ese mes, una carta también inédita<sup>12</sup>. Le declara que uno de sus mayores anhelos es que uno de sus escritos sea publicado en una revista de Estados Unidos. Le agradece también a Cooper el envío de algunos de sus libros y folletos, y en contraparte le envía cinco ejemplares de su autoría.

La última comunicación registrada entre ambos ocurre el 30 de noviembre de 1925, carta escrita por Cooper a Capdeville (Mostny, 1964, p. 334). El Padre agradece los folletos y le aclara a Capdeville que *American Anthropologist* solo publica manuscritos inéditos y no reediciones, ni siquiera si están traducidas del español al inglés. Se ofrece cordialmente para traducir un nuevo texto si es que lo tiene con

11. Hoy en día ninguna de estas dos instituciones registra objetos de Taltal en sus dependencias.

12. Caja número 37, “Serie 3: correspondences”, carpeta “Ca-Ci”, de la Colección Especial del Archivo de la Catholic University of America de Washington DC, Estados Unidos.

tal de enviarlo a la revista, publicación que no llegó a concretarse. Cierra su epístola preguntándole si sería posible que él mismo comprara “algunos ejemplares de implementos paleolíticos de Taltal” y el costo que ellos tendrían (Mostny, 1964, p. 334). Lamentablemente, no sabemos si esta transacción se realizó.

Hasta aquí llega la trama escrita en tres idiomas entre Cooper y Capdeville, cuyo poliglotismo sostiene la trama globalizada del coleccionismo, pero la hebra de Thommen sigue inconclusa. De acuerdo con la versión de Cooper, la colección de Thommen fue comprada antes de 1924 por el American Museum of Natural History de Nueva York (Mostny, 1964). La única fotografía que poseemos de la colección proviene de los archivos de Bird y tiene escrito en su reverso el año 1922, fecha que se corresponde con el fin de la estadía de Thommen en Taltal, pues según Bird (1965, p. 265) vivió allí entre 1916 y ese año. Nada más dice la literatura arqueológica al respecto, pero sí los archivos del Departamento de Antropología del museo neoyorkino.

El documento oficial de ingreso<sup>13</sup> de la colección está firmado el 12 de julio de 1922 y señala que la

13. *Accession number* 1922-60, Archivo del American Museum of Natural History de Nueva York, Estados Unidos.

dirección de Thommen era “Nitrate agencies, Ltd., Care, W. R. Grace and Co., Taltal, Chili” (figura 18). En la ficha se consigna que la colección fue comprada, además de su descripción específica, que se trata de una “colección arqueológica compuesta por: paleolitos, diversos utensilios de pesca de piedra y hueso, puntas de flecha de piedra de diversos tipos y arpones para pescar con cabezas desmontables”. Sin embargo, el ingreso efectivo fue anterior a esta fecha, pues en una carta<sup>14</sup> de Clark Wissler, en ese entonces curador del Departamento de Antropología, dirigida a Frederic A. Lucas, director del mismo museo, del 1 de julio de 1922, ya menciona la importancia de la colección Thommen, y señala que el propio coleccionista entregaría a la institución notas estratigráficas de su proveniencia, cosa que al parecer no ocurrió, pues en la actualidad no existe evidencia de esos documentos.

Hoy se puede asegurar que Paul L. Thommen era de ascendencia suiza y que estuvo entre los años 1916 y 1922 en el puerto de Taltal por razones de negocios, junto a las firmas Nitrate Agencies Ltd. y Care, W. R. Grace and Co. Posteriormente, se radicó en Lima y se convirtió en un reconocido empre-

14. *Accession number* 1922-60, Archivo del American Museum of Natural History de Nueva York, Estados Unidos.

sario de la capital del Perú (Cámara de Comercio Suiza en el Perú, 1991, 2012). En 1937 formó junto a Richard O. Custer la Compañía Mercantil-Técnica Custer & Thommen s.A., que cambiaría de nombre varias veces, aunque continuó con su labor de representación en la importación y mantención de maquinarias y equipos para industrias, minas y carreteras. En 1948 fue accionista y miembro fundador de la Compañía de Seguros y Reaseguros Peruano-Suiza s.A., presencia empresarial en Lima que le significó en 1952 ser nombrado presidente del Consejo Económico Consultivo Suiza-Perú luego de su creación el 27 de mayo de ese mismo año.

Lo que no podemos aseverar todavía es cómo fue su vida como coleccionista en Taltal, su relación con Capdeville, el círculo social en el que se desenvolvía, si conocía y frecuentaba a otros coleccionistas y la manera en que obtuvo sus piezas, pero tampoco, cuál era su lazo con estos objetos y la razón por las cuales los coleccionaba tan afanosamente: qué lo llevaba a contenerlos y atesorarlos, qué buscaba explicar con ellos, en especial con sus notas y fotografías, redundantes todas en la cuestión estratigráfica. ¿Qué hay en la estratigrafía de los conchales que quita el sueño de estas y otras personas? ¿Qué esconden los suelos y fragmentos

1922-60

AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY

Dear Sir: Accession number 23502 has been  
assigned to the material recently received in your department  
from Mr. P. L. Thommen  
Archaeological collection - Purchase  
7/12/22

and has been duly acknowledged. Please have this number recorded  
in the catalogue of the specimens.

Very truly yours

GEO. N. PINDAR

New York, July 13, 1922

Registrar  
G.N.P.

18

del litoral para llegar a cautivar las pasiones e imaginarios de estos forasteros de paso? La fiebre extractivista realmente obnubila las mentes y corazones de quienes caen contagiados por la enfermedad del coleccionismo.

Su antigua colección arqueológica continúa depositada en el American Museum of Natural History de Nueva York, específicamente en el quinto piso del monumental edificio, donde se ubica el Departamento de Antropología. Según el inventario de la institución comprende 866 ítems, aunque muchos de ellos integran conjuntos de piezas, como bolsas de cuentas de collar o huesos de peces, por



lo que la cifra fácilmente podría llegar a duplicarse. El registro consigna textualmente que la localidad de proveniencia de los objetos es “Caleta del Hueso Parado”, el mismo lugar que Capdeville excavó por años, al igual que Bird algunas décadas más tarde, motivado, poca duda cabe, por las investigaciones del arqueólogo taltalino, pero también, por su encuentro con la misteriosa colección Thommen en los laboratorios y depósitos del museo neoyorkino. Cruce de agencias y trayectorias de vida que dieron forma a una de las tantas tramas de la red tejida en torno al coleccionismo y a la diáspora de Capdeville.

## TERCERA TRAMA DE LA RED

### Oscar Schmidt-Pizarro / Hamburgo

*No es un pasatiempo, sino una pasión,  
y a menudo tan violenta  
que cede ante el amor y la ambición  
sólo en la mezquindad de su objetivo*  
(La Bruyère, 1844[1688], p. 379).

En el Museum am Rothenbaum–Kulturen und Künste der Welt<sup>15</sup> (MARKK) de Hamburgo, en Alemania, existe una cuantiosa colección de objetos precolombinos procedentes de Taltal guardados en antiguas gavetas de madera que llevan la inscripción “Chango (Chile) Schmidt-Pizarro” (figura 19). No se sabe prácticamente nada de esta colección y su coleccionista, aun cuando algunos de los objetos que la componen se encuentran desde hace décadas expuestos al público en la exhibición permanente de este colosal museo, en una vitrina que reúne solo piezas chilenas –las únicas de todo el edificio–,

15. En español, Museo en el Rothenbaum-Culturas y Artes del Mundo, heredero del antiguo Museo de Etnología de Hamburgo (Museum für Völkerkunde Hamburg) fundado en 1879.

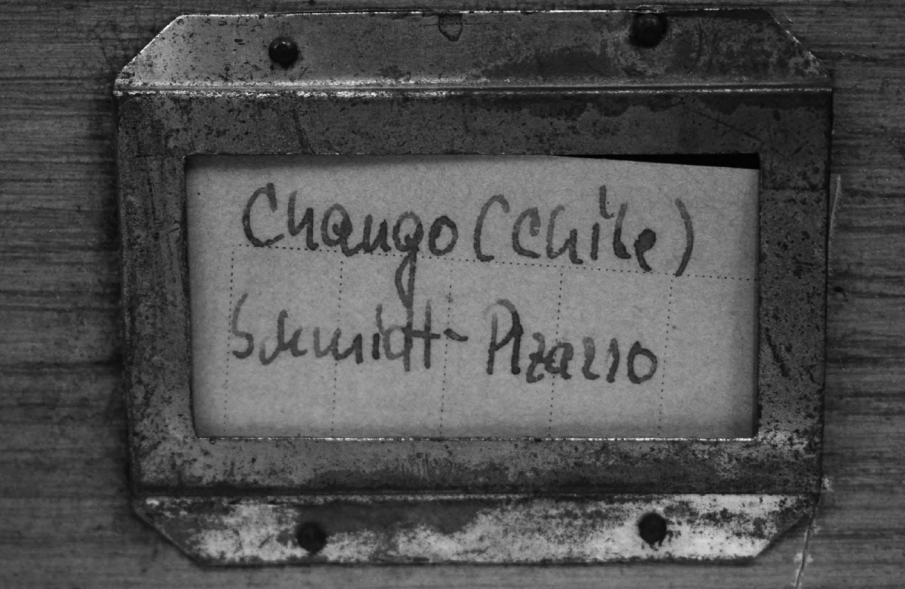
en la antesala de la riqueza material y cultural del mundo andino (Ballester, 2021a).

Esta colección fue donada por Oscar Schmidt-Pizarro el año 1951 y se compone de 905 ítems, todos atribuibles a Taltal<sup>16</sup>. No obstante, a su llegada formaba parte de una colección de mayor tamaño, propiedad de este mismo personaje, que además incluía objetos de África y Oceanía. La colección en cuestión no ha sido estudiada y sus objetos tampoco publicados. En una carta<sup>17</sup> previa a la donación, firmada el 16 de marzo de 1951, Schmidt-Pizarro señala desde Lima que la colección la obtuvo él mismo desde excavaciones en tumbas que llegaban a los dos metros de profundidad y que hasta ese entonces la tenía guardada en un armario de roble con vidrios frontales y laterales, además de iluminación, todo para ser adecuadamente exhibidos en su casa. En otra de sus correspondencias<sup>18</sup> agrega que las piezas provendrían de los sectores del Muelle de Piedra y de la Puntilla, tres kilómetros al norte y dos al sur desde el puerto de Taltal, respectivamente.

16. En el inventario del MARKK lleva los códigos de ingreso 51.29:1 al 51.29:905.

17. Carpeta 101-1 Nr. 4 del Archivo del MARKK de Hamburgo, Alemania.

18. Carta datada del 11 de mayo de 1951. Carpeta 101-1 Nr. 4 del Archivo del MARKK de Hamburgo, Alemania.



19

Es muy poco lo que se sabe sobre la vida de Oscar Schmidt-Pizarro. De nacionalidad peruana y de ascendencia alemana, nació en 1883 posiblemente en Tacna y falleció en Lima en 1967 (Orsini y Antonini, 2020). Fue parte de una adinerada familia de coleccionistas, y a lo largo de su vida residió al menos en Taltal, en Lima y en Hamburgo. Su padre era Federico Guillermo Schmidt, oriundo de Osnabruck en el antiguo Estado de Prusia, pero bautizado y casado en Tacna con Mercedes Pizarro, en 1876. Vivieron juntos en Lima y en Iquique, tuvieron tres hijos, de los cuales Oscar era el menor, le seguía Federico Carlos y luego Guillermo. Este último es

especialmente relevante para la presente historia, ya que es considerado hoy un importante coleccionista y vendedor de objetos de arte precolombino, colonial e indígena, especialmente textiles del Perú, cuyos objetos se encuentran actualmente depositados en cerca de una veintena de los más famosos museos alrededor del mundo<sup>19</sup> (Orsini y Antonini, 2020; Orsini *et al.*, 2023).

Es por esto que la figura de Guillermo se conoce bastante mejor que la de su hermano Oscar, aunque hay aspectos comunes que sirven para delinear la vida y obra del menor de los Schmidt-Pizarro;

19. Entre las instituciones destacan, por ejemplo, el Metropolitan Museum of Art (MET) y el Brooklyn Museum de Nueva York, además del Textile Museum y el National Museum of the American Indian de Washington DC, junto al Boston Museum of Fine Arts, el Cleveland Museum of Art y el Museum of Archaeology and Anthropology de Cambridge, en Estados Unidos; el MARKK de Hamburgo y el Ethnologisches Museum - Staatliche Museen de Berlín, en Alemania; el Museo de América de Madrid, en España; el British Museum de Londres, en Gran Bretaña; el Musée du quai Branly – Jacques Chirac de París, en Francia; el Museum Rietberg de Zúrich, en Suiza; el Castello Sforzesco de Milán, el Castello d’Albertis de Génova y el Muciv-Museo delle Civiltà de Roma, en Italia; los Musées Royaux d’Art et d’Histoire de Bruselas, en Bélgica; el Montreal Museum of Fine Arts, en Canadá; el Weltmuseum of Wien, en Austria; el National Museum of Denmark de Copenhague, en Dinamarca; y el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia de Lima, en Perú, entre otros (Orsini y Antonini, 2020; Orsini *et al.*, 2023).

mientras que Federico continúa en la penumbra. Se sabe que Guillermo estudió una carrera relacionada con artes y técnicas prehispánicas, fue soltero, no tuvo hijos, viajó por todo el mundo y vivió entre Iquique, Santiago y Valparaíso (Orsini y Antonini, 2020). Fue amigo de connotados personajes del campo de la arqueología, como Rafael Larco Herrera, Raoul d'Harcourt y Samuel K. Lothrop. Decía públicamente que era descendiente de Francisco Pizarro, el conquistador español, dichos que hasta ahora no se han podido probar, pero que dejan de manifiesto la posición de elite de la familia y la que él mismo exhibía frente al resto. También señalaba que sus colecciones precolombinas las había heredado de sus ancestros y que las compartía con sus otros hermanos (Orsini y Antonini, 2020), lo que hace a Oscar un verdadero coleccionista de cuna y linaje.

Ahora bien, todo parece indicar que su profesión nada tuvo que ver con el arte precolombino y que su afición por el coleccionismo, a diferencia de su hermano mayor, fue algo secundario, aunque no por eso menos importante. En 1952, por ejemplo, Oscar figura como presidente del Colegio de Contadores Públicos del Perú (Schmidt-Pizarro, 1952), en tanto que en 1909 ocupaba el cargo de cajero de

la Compañía Salitrera Alemana de Taltal (Silva, 1909). Además, el Archivo Central del Ministerio de Relaciones Exteriores de Perú indica a Oscar como encargado del viceconsulado de Perú en Taltal de 1915 a 1918. Años más tarde, entre 1921 y 1927, algunos periódicos alemanes lo mencionan como cónsul en Hamburgo, tras proclamación del Senado (*Neue Hamburger Zeitung*, 26 de marzo de 1921, p. 3; *Börsen-Halle*, 30 de mayo de 1927, p. 4; *Hamburger News*, 30 de mayo de 1927, p. 6).

De acuerdo a estos datos, Oscar Schmidt-Pizarro ya estaba en Taltal en 1909 y se mantuvo allí al menos hasta 1918. En 1921 se casó en Hamburgo con Ilse Achebauch (Orsini y Antonini, 2020), en donde residió desde ese año con el puesto consular. También existe un registro suyo en la cubierta del velero de cuatro mástiles Peking<sup>20</sup>, tras un viaje desde Hamburgo a Valparaíso el año 1912<sup>21</sup> (figura 20). Otros documentos se refieren a él como “Prok.”<sup>22</sup> de la H. Fölsch & Co., una empresa de

20. Este velero continúa vigente y es una de las estrellas del Deutsches Hafenumuseum de Hamburgo (o Museo Marítimo del Puerto), en Alemania, donde además fue construido en 1911. Es conocido por su rol en la industria del salitre y su vínculo con Chile, ruta que lograba sortear en 70 días cruzando el Cabo de Hornos.

21. Archivo personal de Catherine Framm, Berlín, Alemania.

22. Procurador.





transporte de salitre con sede en Hamburgo y de propiedad de Hermann Conrad Johannes Fölsch, un prestigioso empresario y mercader de esta ciudad (Orsini y Antonini, 2020). Fölsch también creó la compañía Fölsch & Martin con sede en Valparaíso, destinada a exportar nitrato desde Chile hacia el resto del mundo, pero además fue dueño de las oficinas salitreras Alemania y Chile, y amigo cercano y cuñado de Henry Sloman. La sociedad H. Fölsch & Co. quebró en 1921, lo que podría explicar la salida de Oscar desde Taltal y su retorno hasta Hamburgo. Las dos empresas Fölsch están ligadas a Taltal, al salitre y a Hamburgo, al igual que Oscar Schmidt-Pizarro.

En el puerto de Taltal, Oscar entabló una profunda amistad con Otto Framm, quien fue gerente de la Compañía Salitrera Alemana y residente de la oficina Alemania, así como presidente honorario del Club Social de Empleados y miembro del Directorio de la Asociación Salitrera de Propaganda (Contreras, 2013; Prenafeta, 2018). Framm fue además un notable fotógrafo y editor de postales (Rodríguez, 2010), también interesado en la arqueología del desierto, tal como lo demuestra una fotografía suya de un petroglifo de Quillagua publicada en el libro *Über die chilenischen "pintados"* de su com-



21

patriota Albert Plagemann (1906). Es por esta razón que Oscar aparece en gran cantidad de las fotos de los álbumes familiares de la familia Framm<sup>23</sup>, pasando juntos navidades y fiestas de Año Nuevo (figura 21). Los altos cargos de la oficina Alemania solían salir de excursión por el desierto y a lo largo de la costa (figuras 22 y 23), en especial los inmigrantes europeos y norteamericanos, actividades entre las cuales se encontraba también la búsqueda de cementerios y la exhumación de tumbas.

23. Archivo personal de Catherine Framm, Berlín, Alemania.



22

Vale la pena recordar una anécdota presentada al comienzo de este libro: Capdeville era amigo cercano de Emil Schwenger, ciudadano alemán y en ese entonces jefe de la oficina Alemania. Ambos excavaban sepulturas indígenas los fines de semana y Schwenger suministraba a Capdeville obreros de la oficina para sus faenas arqueológicas (Ballesster y San Francisco, 2017). Asimismo, Capdeville obsequió una colección de 437 piezas precolombinas a Schwenger, la que hasta fines de la década de 1980 continuaba en posesión de su hijo Emilio, que vivía en Santiago, y que además conservaba parte

de la biblioteca de su padre<sup>24</sup>. En ella había varios folletos escritos por Capdeville en el *Boletín de la Academia Nacional de Historia* de Ecuador con dedicatorias personales “al gran arqueólogo Emil Schwenger”<sup>25</sup>.

Así, como se ha señalado, un círculo importante de inmigrantes ligados a la compañía y a la oficina Alemania eran aficionados a la arqueología y al coleccionismo, por lo demás, entre ellos se trataban como “arqueólogos”. Un círculo y una práctica que vinculaba a Schmidt-Pizarro, Capdeville y Schwenger, pero muy probablemente también a muchas otras personas ligadas al mundo salitrero y al puerto de Taltal; los amigos de mis amigos son también mis amigos, dice el viejo refrán.

Las redes de Capdeville suelen leerse a partir del colosal epistolario que publicó Mostny con las cartas que en ese entonces estaban depositadas en la

24. En una carta escrita por Grete Mostny a Junius Bird el 8 de enero de 1959, le comenta que en un viaje a San Felipe para dar una charla conoció al señor Schwenger, quien la invitó a su casa y le mostró la colección de Taltal, además de regalarle a modo de recuerdo un cuchillo de concha de choro que aceptó con gusto (Garrido y Vilches, 2024).

25. Esta información proviene de un ejemplar del libro *Fundamentos étnicos y arqueológicos de Arica y Tacna* de Max Uhle (1922) que fue parte de la biblioteca de Emil Schwenger y que su hijo Emilio regaló a Horacio Larrain Barros junto a la historia de Capdeville (Ballester y San Francisco, 2017).





DIBAM. Sin embargo, sabemos que muchas de ellas no fueron impresas en este libro, algunas de las cuales continúan ocultas en archivos, bibliotecas, museos y en manos de privados. Tal vez esta sea una de las razones por las cuales tampoco se conocía la figura de Oscar Schmidt-Pizarro en la historia de la arqueología y del coleccionismo de Taltal, ni mucho menos su posible vínculo con Capdeville, el nodo central de esta enorme red.

En una de las cartas<sup>26</sup> que resguarda el Archivo documental del MARKK de Hamburgo, escrita por el propio Schmidt-Pizarro al profesor Franz Termer, en ese entonces curador del museo, y fechada el 11 de mayo de 1951, le cuenta que estuvo en contacto habitual con Capdeville, jefe de Aduana del puerto de Taltal, y que tuvo el placer de conocer personalmente a Max Uhle en este mismo lugar en 1916. En otra de las misivas<sup>27</sup> le informa que también conocía a Samuel K. Lothrop luego de su paso por Chile y Perú. Estas cartas muestran que Schmidt-Pizarro no solo era coleccionista de objetos precolombinos, sino que además practicaba sus propias excavaciones y frecuentaba a connotados

26. Carpeta 101-1 Nr. 4 del Archivo del MARKK de Hamburgo, Alemania.

27. Carta del 19 de octubre de 1952. Carpeta 101-1 Nr. 4 del Archivo del MARKK de Hamburgo, Alemania.

investigadores de aquella época, por lo que ahora puede verse que su posición era distinta en esta red internacional, probablemente más cercano a lo que se podría definir como un *connoisseur* (von Holst, 1976; Coe, 1993).

A esto se suma el hallazgo de una carta inédita dirigida por Schmidt-Pizarro a Capdeville en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, datada del día 2 de octubre de 1920 (figura 24). “Desde hace mucho tiempo”, señala Oscar en su escrito, “tenía la intención de dirigirle algunas líneas para probarle que aun no olvido a los buenos amigos del simpático pueblo de Taltal”. Esto tras un “Mi estimado Don Augusto” como presentación. “Seguramente por los colegas de la Cia. Salitrera Alemana”, continúa, “Ud. habrá sabido que yo he decidido radicarme en Hamburgo”, lo que expone el origen de la carta y cierra las incógnitas sobre su salida de Taltal. Más adelante entra de lleno en el tema de la arqueología y la prehistoria:

Siempre recuerdo con especial agrado nuestras frecuentes conversaciones sobre asuntos arqueológicos. Durante los últimos 18 meses he visitado muchos museos en Estados Unidos y en Europa. El que me ha interesado más, es el de Barcelona. Allí uno



puede admirar más de 2000 objetos de las épocas paleolíticas y neolíticas. Esta vasta colección se exhibe en quince salas enormes, siendo el sistema de clasificación admirable. En el viejo mundo hay muchas personas que se interesan por los estudios prehistóricos [...] Naturalmente siempre me gustaría tener noticias tuyas sobre excavaciones y las novedades que saca a la luz.

El extracto de la carta denota conocimiento y manejo conceptual en el campo de esta disciplina por parte de Schmidt-Pizarro, utilizando para esto categorías que en aquellos años empleaba también Capdeville. No obstante, llama la atención la intensa pasión y el profundo interés con el que expresa su experiencia, que da cuenta de apego y afición por aquellos objetos, y por lo que representan no solo para él, sino para la historia de la humanidad. En su percepción de las obras precolombinas, y seguramente también en su actividad como coleccionista, se distinguen deleites, gustos, sentimientos y reflexiones, lejos de la estereotipada imagen frívola y calculadora de quien colecciona simplemente para vender y obtener un provecho inmediato. Pero a pesar de la caricatura se dibuja algo más, algo que a él

como a Capdeville los construye en tanto seres sociales, en la intimidad y en lo público, ligados a una identidad y a un estatus particular. Con estas piezas se envisten y expresan lo que son, saben y sienten, se distinguen y diferencian del resto. Su nexo con ellas les sirve para modelar un ser en el mundo.

Luego Schmidt-Pizarro entra en un diálogo directo con Capdeville, donde destapa la amplitud y el peso que el coleccionismo tiene en sus vidas, incluso más allá de los objetos precolombinos. Coleccionar es un objetivo en sí mismo, un fin en sus personas, y con el cual se relacionan unos con otros, en tanto mecanismo o engranaje de la red en la que participan:

Como Ud. se interesa por estampillas hoy tengo el agrado de enviarle incluso varios ejemplares. Últimamente los Gobiernos han sacado muchas nuevas emisiones. Si Ud. desea Don Augusto, tendré mucho gusto de buscarle estos nuevos sellos, los cuales seguramente le faltan en la colección.

Ahora bien, si Ud. desea corresponder con su reconocida buena voluntad, mucho le agradecería si me enviase algunos objetos arqueológicos. Lo que más me interesa será, puntas de flechas (de preferencia tama-

Hamburgo, Octubre 2 de 1920

Madrid el 19 de 1920

&lt;26018&gt;

Mi estimado Don Augusto,

Desde hace tiempo tenía la intención de dirigirle algunas líneas para probarle que aun no he olvidado a los buenos amigos del simpático pueblo de Taltal.

Espero que al llegar la presente a sus manos, Ud como también su distinguida familia se encuentren todos bien y sin novedad.

Seguramente por los colegas de la Cía Salitrera Alemana, Ud. habra sabido que yo he decidido radicarme en Hamburgo. Aprovecho pues esta ocasion para ponerme acá a sus órdenes.

Siempre recuerdo con especial agrado nuestras frecuentes conversaciones sobre asuntos arqueológicos. Durante los últimos 18 meses he visitado muchos museos en Estados Unidos y en Europa. El que me ha

ño chico y grande, no el mediano), adornos, puñales. Yo sería feliz si obtuviese el último, pues en mi colección no tengo ninguno. Para el envío, Ud. tal vez podría aprovechar del amigo sr. Valentín Rutles el cual vendrá en breve a Hamburgo. Espero que pronto me favorecerá con sus gratas noticias; las cartas para mí pueden ser entregadas a la Cia. Alemana y así las recibiré por primer vapor.

La comunicación expone un sinnúmero de aristas de discusión. Por ejemplo, Capdeville era además coleccionista de estampillas, que reunía en especial para su hija, que también era coleccionista (Mostny, 1964). A esto se suman algunos folletos y libros, y qué decir de los objetos precolombinos. Coleccionar era más que hacer arqueología y hacer arqueología no era lo mismo que coleccionar; son campos entrelazados, pero no exactamente iguales. Tal vez uno es mecanismo del otro y viceversa, pero no constituyen espejos. Asimismo, coleccionar implicaba intercambiar, sea objetos de la misma naturaleza o no. Hay situaciones en que Capdeville ofrece piezas en canje por folletos y separatas; en este caso, por estampillas, y tal vez cuántas otras

cosas habrán circulado de mano en mano para mantener atada y articulada las diferentes tramas de esta extensa y compleja red. Pero también los medios a través de los cuales estos objetos circulaban. El correo fue clave en este proceso, al igual que amigos y conocidos que viajaban entre las ciudades, sin perder de vista las instituciones y organizaciones detrás de este flujo, como las compañías transnacionales o las empresas de transporte, o los medios propiamente tales, como barcos, trenes y carretas. Todos ellos engranajes de esta megamáquina (Mumford 2010[1967]) que es el coleccionismo y la red mundial que conformó.

## CUARTA TRAMA DE LA RED Oswald Evans, Cyril Kirkland y Thomas Orr / Londres y Cambridge

*La cultura crea colecciones  
y las colecciones crean cultura*  
(Ripley, 1969, p. 23).

Sin que sea nombrado, el año 1925 Augusto Capdeville tomó la tribuna de una controversia pública en el periódico chileno de lengua inglesa *The South Pacific Mail*, editado por entonces en Valparaíso (1909-1950) y luego en Santiago (1950-1965). Por aquellos días el semanario contaba entre sus mejores columnistas con Oswald Hardy Evans (Edmundson, 2009), un connotado colector y coleccionista de objetos precolombinos en los alrededores de Taltal y Chañaral (Evans, 1906, 1907a, 1907b, 1913; Evans y Southward, 1914). Evans comenzó a escribir en el *The South Pacific Mail* en 1916, primero de manera anónima y desde 1924 como el editorialista principal, en el que se mantuvo hasta mediados de siglo a cargo de la *Hardy Column* (Couyoumdjian, 1987). El periódico era uno de los más importantes y este

noticiero en particular formaba parte de una serie de publicaciones regulares editadas en Chile, pero de filiación británica, encargadas de sostener el predominio cultural y político del imperio en el sur del continente americano. Tanto era su impacto que era leído en todo Chile, incluso en Gran Bretaña.

La controversia surgió el 22 de enero de 1925 de una pequeña columna firmada por Thomas Athol Joyce, a la fecha encargado del Departamento de Cerámica y Etnografía del British Museum de Londres, en la que esboza un breve comentario sobre uno de los artículos previos publicados por Ricardo Latcham en ese mismo periódico, dedicado a los atacameños del norte de Chile<sup>28</sup>. Hay que recordar que Latcham nació en Bristol, Inglaterra, y que arribó a Chile en 1888, momento desde el que forjó una potente influencia en la antropología chilena, lo que lo convirtió en una suerte de embajador intelectual británico en el Cono Sur (Mostny, 1969). Joyce señala que recibe regularmente ejemplares del semanario en la capital del Reino Unido y aprovecha de destacar la labor de su compatriota en tierras chilenas, artículos que según él son muy

28. Aparte de este texto, Latcham publicó más de una veintena de artículos en el *The South Pacific Mail* entre 1924 y 1925, en su gran mayoría relativos a la etnología del pueblo mapuche (Mostny, 1969).

leídos en los círculos científicos londinenses.

Lo interesante, más allá de las cortesías, es que Joyce (1925, p. 22) afirma que “nuestras colecciones aquí [el British Museum] han ido incrementándose, y recientemente he obtenido una fantástica serie arqueológica desde la región de Taltal. Los objetos fueron todos excavados”, continúa, “por un señor Kirkland (que tal vez usted lo conoce bien [refiriéndose al editor]), y que fueron enviadas a mí en las mejores condiciones”, para cerrar con un solemne y certero llamado público: “tengo la esperanza de que él pueda hacer nuevas excavaciones para mí”.

La respuesta no tardó en llegar y en el mismo medio escribió el mencionado Kirkland, de nombre Cyril H., firmando desde Taltal, en la edición del 12 de febrero de ese año. En ella agradece la gentileza de la nota anterior firmada por el sujeto al cual le había entregado personalmente la colección a comienzos del año 1923. Sin embargo, no pierde la oportunidad de corregir a Joyce, pues:

el crédito de esta colección debe darse a su colector, el señor T. W. Orr, quien además proporcionó bocetos, el contenido de las tumbas individuales y un reporte sobre el tema. Parece ser que el señor Orr ha sido involuntariamente pasado por alto (Kirkland, 1925, p. 18).



Kirkland agrega que él “siempre ha tenido interés por estos temas, ha hecho algunas colectas propias, y suele acompañar a su amigo Orr en varios viajes, pero en ningún caso al nivel de lo propuesto en la nota anterior”. Finalmente, desliza una conversación personal con Joyce en el museo londinense, donde declara que “prácticamente los únicos otros ítems de valor de Chile [...] fueron entregados a él [Joyce] hace muchos años por el señor Oswald H. Evans, del *The South Pacific Mail*”. Nada de esto fue casualidad pues finalmente Evans fue el responsable de la explosión de este tema en el periódico chileno-británico.

En efecto, en el *British Museum* existe actualmente una colección de 241 objetos donados en 1909 por Evans y cuya proveniencia es Taltal. Los informes de Evans, que en realidad se desempeñaba como químico y periodista arqueológico, son verdaderamente detallados y denotan un amplio conocimiento e interés sobre el tema (Evans, 1906, 1907a, 1907b, 1913; Evans y Southward, 1914). Basta un simple ejemplo de su puño y letra para darse cuenta de aquello:

Puede ser de interés dar los detalles de una tumba no alterada previamente que tuvo la suerte de abrir hace poco, no por nada es-

pecialmente notable en su contenido, sino porque la excavación se hizo con todo cuidado, con resultados que parecen bastante típicos del distrito de Taltal. La tumba que vamos a describir forma parte de un grupo de unas cincuenta, la mayoría de las cuales ya han sido abiertas y su contenido dispersado o destruido gratuitamente [...] Numerosos huesos humanos desmenuzados y fragmentos de cerámica sin pintar, probablemente procedentes de las tumbas abiertas con anterioridad, yacían cerca (Evans, 1906, pp. 22-23).

Incluso entrega información acerca del sofisticado conocimiento técnico que poseían los excavadores locales de tumbas para identificar sus objetivos:

En ese momento, mi compañero chileno dijo que, por el color de la tierra, que era ligeramente verde, podía adivinar que debajo encontraríamos huesos. Confirmó su afirmación poniendo un fragmento en la llama de una cerilla, cuando dijo que podía oler “el aceite humano” quemándose (Evans, 1906, p. 23).

No obstante, una parte de la colección de Evans también terminó al otro lado del océano Atlántico, en el American Museum of Natural History de Nueva York, en Estados Unidos. Pero no se trata de piezas arqueológicas, sino de algunas cartas, una serie de ilustraciones a color de los objetos que colectó en terreno (figura 25) y un par de fotografías, material documental que inversamente no se encuentra presente en Londres, por lo que ambas colecciones, aunque distantes y distintas, son complementarias entre sí. No hay certeza de cómo este material de archivo llegó al museo neoyorkino, pero sí que fue estudiado por Bird antes de su viaje y con el cual logró formarse una idea acerca de la arqueología de la costa de Atacama, en particular de Taltal.

En el British Museum de Londres existen actualmente otras tres colecciones arqueológicas provenientes de Taltal, aparte de la de Evans: una de ellas corresponde a la venta<sup>29</sup> de 72 objetos precolombinos en 1927 por parte de Amelia Laversuch, oriunda de Southsea, en Portsmouth, Inglaterra, quien la habría heredado de su exesposo y este a su vez obtenido de manos de un tal Capitán Holbrook, el

29. Cartas del 29 de octubre, 17 de noviembre y 12 de diciembre de 1927. Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.

The Stone Age in Chile.

Fragments representing Guanaco.



Pottery.

Fragments from neighbourhood of Punta Fuerte, Salta.

verdadero colector durante su estadía en el puerto salitrero<sup>30</sup>. Otra colección se compone de 24 objetos, entregadas por A. B. Hawes el 30 de noviembre de 1934<sup>31</sup>, y finalmente se encuentra la colección de Cyril H. Kirkland y T. W. Orr, que comprende 572 piezas, ingresada formalmente en 1923 (Braunholtz, 1953). Esto nos lleva nuevamente de regreso a las notas de prensa del *The South Pacific Mail* publicadas en 1925.

En los archivos del museo y asociado a esta última colección existe una serie de documentos que explican su arribo e historia previa<sup>32</sup>. En una carta manuscrita firmada por Kirkland desde Taltal y dirigida a Joyce, con fecha del 10 de febrero de 1923<sup>33</sup> (figura 26), señala que junto al señor Orr le

30. Amelia Laversuch también vendió en febrero de 1928 otra fracción de su colección de Taltal, compuesta de 98 items, al Pitt Rivers Museum de Oxford. El inventario de registro del museo de aquellos años señala que la colección fue propiedad del Capitan Holbrook y que habría sido adquirida en 1923. Archivo del Pitt Rivers Museum de Oxford, Gran Bretaña.

31. *Report of Donations* 1934. Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.

32. Cabe señalar que Ana María Barraza (1981) reproduce como apéndice final de su memoria de grado una parte de estos documentos. El análisis presente en este libro, sin embargo, se realizó desde los originales depositados en el Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.

33. *Ethnological Document number* 1431, Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.

entregan una colección de reliquias que hasta ese entonces estaba en su poder, y que además este último preparó una pequeña disertación sobre el tema que adjunta en el envío. Hasta aquí todo se condice bastante bien con la controversia del *The South Pacific Mail*, sin embargo, paso seguido expone un dato del todo relevante a los propósitos de este libro: “la mayoría [de la colección] forma parte de los varios miles de artículos de los cuales le escribí y que son propiedad de Capdeville”. Cierra su misiva con la siguiente frase: “he reunido esta colección y obtenido la información no con la idea principal de hacer dinero, pero espero recuperar los gastos de bolsillo y alguna recompensa por la asistencia más experta de mi amigo”.

Junto a esta nota, en la carpeta correspondiente a dicha colección hay un documento que enlista los diferentes lotes que la componen con sus valores expresados en libras. En total se contabilizan 29 lotes divididos en letras y números, sin que se explique el orden o la clasificación, un conjunto avaluado en £53,2. En un manuscrito aparte, compuesto de 18 páginas acompañadas de ilustraciones de piezas, se individualizan cada uno de estos lotes, haciendo mención a su cultura, lugar de procedencia, cantidad y tipo de objetos que los componen.

MR. CYRIL H. KIRKLAND

Ek. Doc. 1931.

will be found attached  
as per all pieces  
descriptions I can make. Shall be glad to  
on good by hand

32 Alexandria Road, Taltal, Chile

18/11 de 1923.

J. A. Joyce Esq.  
Depts. of Ethnography  
British Museum.  
London.

Dear Sir, Archaeology of Taltal, Chile.

Referring to former correspondence between us, my partner Mr. J. W. Orr A.I.C. & I have put together a representative collection of relics, description of which I have pleasure in enclosing. This collection is in my possession now, and awaits your kind instructions. Mr Orr has also prepared a short dissertation on the subject, with sketches of many articles collected in Taltal, the majority forming part of the several thousands of articles of which I wish you to have the property of Capt. de Ville. This dissertation I am sure will be of interest to you, more especially taken in conjunction with samples & sketches. The business has taken considerable time - and has been gone into as thoroughly as possible. The cost of the samples and an allowance for Mr Orr's time have been arrived at, but I should like your opinion before quoting the figures. I have brought this collection together & obtained the information not with the prime idea of money making, but hope to recover out of pocket expenses & some reward for

my friend more expert assistance. Hoping to hear of you soon. Yours faithfully  
Cyril H. Kirkland

Aquí se aclaran las distinciones en los códigos de la lista previa: las letras señalan las culturas o períodos (A: “paleolítica”; B: “Dolménica”; C: “Chincha-Atacameña”; D: “tercer período, que sucede al Chincha-Atacameño”), mientras que los números separan los sitios de proveniencia. Así, “C.1” corresponde, por ejemplo, al cementerio Chincha-Atacameño de Agua Dulce, “A.2” al sitio paleolítico de Morro Colorado o Playa del Hueso y “B.4” al yacimiento dolménico de Bandurrias. La clasificación y los conceptos empleados por Kirkland y Orr en sus notas tienen una evidente influencia de los trabajos de Capdeville: es su propio esquema e incluso son los mismos sitios que él intervino en los alrededores de Taltal (ver Capdeville, 1921a, 1921b, 1922a, 1922b, 1923, 1928, 1930, 2008a, 2008b, 2009; Mostny, 1964).

El último documento de la carpeta de la colección corresponde a la disertación preparada por T. W. Orr, que lleva por título “Algunas notas sobre la arqueología de Taltal”<sup>34</sup>. El escrito es una suerte de síntesis de la secuencia ocupacional de esta costa mezclada con algo de la historia de la arqueología local. Posee referencias a publicaciones previas

34. *Ethnological Document number* 1431, Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.



(como Max Uhle, Ricardo Latcham, Aureliano Oyarzún y el propio Capdeville), lo que denota lectura y conocimiento sobre el tema. Ya en la primera página del escrito afirma que “hallazgos ocasionales de puntas de flecha de piedra, cerámicas y otros restos de los antiguos habitantes, se han realizado de tiempo en tiempo en los últimos catorce años” y no tarda en presentar al protagonista de esta red: “Augusto Capdeville comenzó excavando en Morro Colorado, Punta del Hueso Parado, cerca de tres kilómetros al norte de Taltal en 1914”.

Un poco más adelante en su manuscrito entrega un dato revelador que ya había sido mencionado antes por Guaterio Looser (1932), pero que aquí se devela en primera fuente:

Durante los últimos años, la situación de la industria del nitrato ha sido muy precaria y, como consecuencia, un gran número de personas se han quedado sin trabajo. Algunas de estas personas se han dedicado a buscar antiguos cementerios y de esta manera se han hecho descubrimientos en muchos puntos, desde Pan de Azúcar, en el sur, hasta Paposos, en el norte.

La última parte del documento posee un acápite de diez páginas con ilustraciones en grafito de ciertas piezas de la colección, que en algunos ca-

sos hacen referencia explícita a la “Capdeville’s Collection”. Se distinguen en los dibujos grandes hojas taltaloides, puntas de proyectil, pesas de pesca, anzuelos, pesas de potera, barbas de hueso de arpón y de dispositivos de pesca en bloque (Ballester, 2022b), manoplas y otros objetos de metal, y cabezales compuestos de arpón (tipo C [Ballester, 2018]). Las piezas vienen numeradas y descritas, todo en inglés. Arriba y a la izquierda el papel tiene un membrete de origen: “Thomas W. Orr A. I. C.” (figura 27).

¿Pero qué se sabe de este misterioso personaje, hasta ahora anónimo e invisible, todavía en las sombras al igual que tantos otros coleccionistas responsables de la diáspora de objetos precolombinos desde Taltal? Thomas W. Orr ocupó el cargo de administrador de la firma británica Williamson Balfour, dueña de las oficinas salitreras Tricolor, Britania y Esperanza (Prenafeta, 2018). Otras fuentes lo sitúan también como administrador de la oficina Celia, propiedad de The Fortuna Nitrate Co. (González *et al.*, 2014). Su compromiso con la industria salitrera de Atacama fue considerable, al punto que defendió públicamente las ventajas del sistema Shanks frente al Guggenheim (Orr, 1932), en un debate que tenía mucho de nacionalismo tecnológico e imperialismo industrial, pues mientras

# Dolmenic



Fish hook, bone



Shank of Fishhook - bone  
section, round



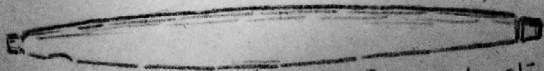
Weight  
for fishing



Shank of Fishhook  
Mother of Pearl.  
Section - oval



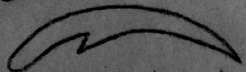
Shank of Fishhook - stone  
section, round



Shank of Fishhook - stone  
section, round



Harpoon barbs -  
bone



Fishhooks - bone

el primero fue inventado en Inglaterra –de ahí la acérrima defensa de Orr–, el segundo era financiado por capitales estadounidenses.

Pero retomemos la senda inicial. Uno de los manuscritos depositados en el Archivo del British Museum lleva inscrita en su parte superior una nota entre paréntesis y con un lápiz de tinta diferente, que da luces de una segunda diáspora, esta vez desde Londres hacia Cambridge –distantes a casi 80 kilómetros–, también en Gran Bretaña. La acotación es la siguiente: “una parte no registrada de esta colección fue adquirida por el Museo de Cambridge”<sup>35</sup>. No hay más en esos documentos. Pero al indagar en el Museum of Archaeology and Anthropology de la University of Cambridge las dudas se disiparon, pues en realidad hay también una colección de Taltal compuesta de 18 ítems, en total 297 objetos, que syndica como sus colectores a Cyril Kirkland y Augusto Capdeville, donada en 1924 por Louis Colville Gray Clarke (1881-1960)<sup>36</sup>, un famoso anticuario, coleccionista y arqueólogo inglés que tra-

35. *Ethnological Document number* 1431, Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.

36. *Report of the Board of Archaeological and Anthropological Studies*, 2 de marzo de 1925. Archivo del Museum of Archaeology and Anthropology de la University of Cambridge, Gran Bretaña.

bajó entre 1922 y 1937 como curador en el University Museum of Archaeology and Ethnology<sup>37</sup> de esta ciudad. Las piezas aún conservan algunas de las referencias de su origen y entre los sitios destacan Morro Colorado, Agua Dulce, Punta Grande, Bandurrias, Cascabeles, Cifunchos y Punta de Plata, mismos nombres que se repiten en los objetos depositados en el British Museum de Londres, al igual que en las notas de Capdeville, lo que confirma el origen común y la filiación genealógica.

Paradójicamente, aunque existe cierta información sobre las colecciones precolombinas de Taltal, tanto Kirkland como Orr, sus coleccionistas, continúan siendo un misterio, agencias fantasmagóricas de esta compleja red. Por el momento se sabe que ambos eran ingleses y que vivieron por algún tiempo en Taltal, claramente por trabajo y ligados al extractivismo minero del desierto de Atacama. De Thomas Orr ya presentamos algunos detalles, pero estamos en deuda con su amigo, quien posee una biografía un poco menos completa: su nombre de pila era Cyril Henry Kirkland Pritchard, nació en Leicester, Inglaterra, el 5 de julio de 1873 y falleció en 1949. Estuvo casado con Caroline Minna

37. Este era el nombre del Museum of Archaeology and Anthropology de la University of Cambridge en aquella época.

Cohen (1879-1937) y tuvieron un hijo, Cyril Pritchard Kirkland, nacido en Taltal en 1917<sup>38</sup>. Tanto Kirkland como Orr conocían a Augusto Capdeville y compartían con él la afición de excavar, coleccionar y coleccionar objetos precolombinos. Importante también, leían el *The South Pacific Mail* y la columna de Oswald H. Evans, todas ellas agencias británicas en la red que tuvo como nodo a Capdeville. Sin duda había cosas que ligaban a unos con otros, en tanto los papeles, dibujos y objetos que coleccionaban yacen hoy repartidos por el mundo, dispersos como consecuencia de la diáspora de Atacama y la red global tejida de la mano del coleccionismo de obras precolombinas.

38. Prontuario de Ingreso a Chile número 85936. Archivo de Extranjería de Antofagasta, Universidad Católica del Norte, Antofagasta, Chile.



# QUINTA TRAMA DE LA RED

## La Société Scientifique du Chili y el álbum fotográfico de Augusto Capdeville

*El destino de una colección es  
permanecer incompleta,  
y la esencia del coleccionista  
quedar insatisfecho*  
(Wajcman, 2010, p. 34)

Augusto Capdeville Rojas no publicó la gran mayoría de sus descubrimientos, reflexiones e ideas acerca de sus excavaciones arqueológicas en Taltal. Max Uhle fue responsable de que hiciera públicos parte de sus conocimientos y experiencias en el *Boletín de la Academia Nacional de Historia* de Quito, en Ecuador. Tiempo después, Carlos Porter solicitó expresamente a Capdeville que publicara su comunicación leída el 16 de julio de 1927 en la novena sesión general de la Sociedad Chilena de Historia Natural en la *Revista Chilena de Historia Natural*, órgano que él dirigía en aquellos años. Asimismo, el 1 de octubre de 1923 Capdeville dio una conferencia en la décima sesión general ordi-



naria de la Société Scientifique du Chili, llevada a cabo en Santiago, la que luego fue publicada el año 1930 en las *Actes de la Société Scientifique du Chili*.

Ciertamente a Capdeville le costaba escribir de forma académica, fueran artículos o libros. Sin embargo, poco a poco y con la práctica aprendió a hacerlo, y al ingresar en los círculos científicos e intelectuales de la época se convirtió en una de sus principales ambiciones. De hecho, en la correspondencia entre Capdeville y John M. Cooper de mediados de la década de 1920, hasta ahora inédita, se lee el anhelo del arqueólogo chileno por publicar alguno de sus textos en una revista norteamericana, lo que estuvo a punto de ocurrir en la prestigiosa *American Anthropologist*. En consecuencia, el conocimiento del resto de su obra se lo debemos en gran medida al trabajo de compilación, ordenamiento y edición de Grete Mostny en su *Epistolario* de 1964, y a recientes publicaciones de sus manuscritos inéditos en la revista *Taltalia*, editada por el museo municipal de Taltal que hoy lleva su nombre (Capdeville, 2008a, 2008b, 2009; Núñez, 2008).

Las publicaciones –e intentos de publicación– de Capdeville son la expresión material de ciertas tramas de su red de relaciones en el ambiente científico de aquella época. Es así que al acercarse a ellas es

posible ingresar en las formas en que establecía sus vínculos, su cercanía o lejanía, el grado de involucramiento en la trama y su participación efectiva, pero también sus intereses y motivaciones para co-participar en la red. Su análisis es además relevante en el sentido de que es en el campo de las conferencias, publicaciones y de las sociedades científicas donde estos investigadores se legitimaban frente a sus pares. Es en dicha esfera de lo público, por muy cerrado que sea el círculo, donde las prácticas y obras de estas personas se someten a escrutinio y crítica. Allí se construyen los reconocimientos, las adulaciones, el prestigio y el estatus, al igual que las críticas, las desaprobaciones, el desprestigio y el descrédito. Es una arena peligrosa en la que se termina de moldear la fachada del ser social que investiga.

Con el paso de los años, y a medida que sus descubrimientos se iban haciendo cada vez más conocidos en los círculos de investigadores nacionales e internaciones, Capdeville fue invitado a formar parte de distintas agrupaciones científicas. Por ejemplo, en 1916 fue nombrado miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, y en 1920 socio correspondiente de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos (Núñez, 2008). Incluso Eric

Boman lo invitó a ser miembro de la Société des Américanistes de Paris, tentativa que no se concretó debido al alto costo de la membresía (Mostny, 1964, p. 214). Lo que sí es claro es que, en su calidad de descendiente directo francés, Capdeville fue miembro activo de la Société Scientifique du Chili, una de las organizaciones científicas más importantes del país en aquellos años, junto con la Sociedad Chilena de Historia Natural y la Liga Chileno-Alemana (Camus, 2013; Helmke y Alvarado, 2018). Estos antecedentes sitúan a Capdeville en una posición de estatus en el sistema científico de su época, leído y reconocido por figuras de la arqueología y del americanismo nacional e internacional, pero además en relación directa con muchos de ellos, tal como lo atestiguan sus innumerables comunicaciones, en las que enviaba cartas, dibujos, fotografías y encomiendas de objetos precolombinos (Mostny, 1964).

El caso de la Société Scientifique du Chili es especialmente interesante, donde además de ser miembro publicó un artículo en una de las actas de sus sesiones pocos años antes de fallecer (Capdeville, 1930). Un logro importante para la carrera de Capdeville si se considera que las *Actes de la Société Scientifique du Chili* llegaron a ser una de

las revistas científicas más relevantes del país entre 1891 y 1938, período en el cual imprimió 45 tomos (Etcheverry, 1989). Luego de un lapso de cierre, entre 1952 y 1956 publicó cinco volúmenes del *Boletín de la Sociedad Científica de Chile*, mientras que entre 1957 y 1958 editó la *Revista Científica*, correspondiente a la tercera época de la publicación periódica.

De acuerdo a una carta del 17 de agosto de 1923 enviada por el secretario general de la Societé, Luis Nordenflycht, a Capdeville, el manuscrito leído en la sesión general y luego publicado en las actas fue remitido por el arqueólogo el 1º de ese mismo mes vía correo postal junto a una serie de fotografías y dibujos de sus descubrimientos (Mostny, 1964, p. 314). En la misma correspondencia, Nordenflycht afirma que la Societé se sentía orgullosa de tenerlo entre sus miembros titulares y de comunicar al mundo sus interesantes colaboraciones.

La sesión en cuestión se realizó ese día lunes a las 6:30 pm ante la presencia del presidente de la Societé, Alejandro Ayala, además de los socios L. Mourgues, E. Gobbi, H. Echegoyen, C. S. Reed, F. Puga Borne, M. Amaral, E. Piccione, S. Ossa Borne, R. Rengifo, G. Lindholm, C. Gutiérrez y L. Nordenflycht. La comunicación de Capdeville, ti-

tulada “Pueblos prehistóricos de la zona marítima de Taltal”, fue leída por el mismo secretario general, Luis Nordenflycht, junto a otros trabajos de Carlos Oliver Schneider y Luis Thayer Ojeda. Un círculo de personas que, como se ha visto en este libro, están estrechamente ligadas entre sí y por diferentes hebras: son nombres que aparecen una y otra vez vinculados a Capdeville, Taltal y al coleccionismo de objetos precolombinos.

El día 7 de octubre de 1930 Capdeville recibe un correo de Arístides Jaque, pro-secretario de la Société, en el que adjuntaban los originales y pruebas de imprenta de su artículo, con la tarea de corregirlo y devolverlo a la brevedad para su posterior publicación (Mostny, 1964, p. 315). En una misiva del día 20 de ese mismo mes, Jaque confirma a Capdeville la recepción de la prueba de imprenta con las correcciones y le recuerda el pago de sus cuotas de membresía a la Société.

En el *Epistolario* existen cartas de varios de los miembros de la Société Scientifique du Chili dirigidas a Capdeville, entre los que destacan Reed, Thayer Ojeda, Rengifo, Looser, Jaque, Puga Borne y también Nordenflycht, todas enviadas entre 1923 y 1930, período en el que se habría planeado y concretado la comunicación y posterior publicación

del texto en cuestión (Capdeville, 1930). Cabe mencionar además que Carlos Porter, amigo personal de Capdeville, quien incluso le dedicó un homenaje en vida (Porter, 1929), fue también miembro activo de la Société, al punto de ocupar los cargos de secretario (1908-1909), vicepresidente (1914-1916) y archivero-bibliotecario (1918-1922) (Etcheverry, 1989).

De la correspondencia se desprende además que dicha sociedad recibió numerosos dibujos, planos, fotografías y objetos de parte de Capdeville por intermedio de sus distintos socios, e inclusive algunos le pedían constantemente más material arqueológico y documental. Un caso emblemático es el de Roberto Rengifo (1918, 1919, 1921), arduo colaborador de la Société con comunicaciones sobre pueblos indígenas y arqueología, en especial del Norte Chico y el valle del Choapa. En su conversación epistolar con Capdeville se aprecia la pasión de Rengifo por sus descubrimientos, en especial por aquellas obras precolombinas de mayor valor artístico, como las pinturas rupestres y las vasijas decoradas. En una de sus cartas, escrita el 20 de junio de 1926, Rengifo le agradece con gran entusiasmo el envío de sobres que contenían 48 fotografías de su colección arqueológica (Mostny, 1964).

Una de las notas de Mostny (1964, p. 367) afirma que ya en la década de 1960 se desconocía por completo el paradero de esta serie fotográfica, así como del resto del material documental de Capdeville acumulado por la Société. Aunque ignoramos la naturaleza de esas 48 fotografías, es muy probable que correspondan a las mismas capturas que componen el famoso álbum fotográfico titulado *Industria de los pueblos prehistóricos de Chile* (figura 28), editado por la Société Scientifique du Chili y que hasta hace poco tiempo atrás era propiedad del antropólogo y coleccionista Ruperto Vargas, hoy resguardado por el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Vargas habría adquirido el álbum en el remate de la biblioteca del arquitecto Domingo Edwards Matte, quien a su vez lo habría comprado el 3 de enero de 1969 en la venta privada de la biblioteca de la Société junto a dos publicaciones originales de Capdeville con sus propias notas manuscritas.

El álbum está cosido al costado izquierdo y tiene tapas hechas de cuero negro, con una acuarela de la costa de Taltal firmada por B. Fuzik en la portada y una cubierta verde en la contraportada. Sus hojas son rígidas y de color oscuro, tipo cartulina, sobre las cuales están pegadas las fotografías. En su rever-

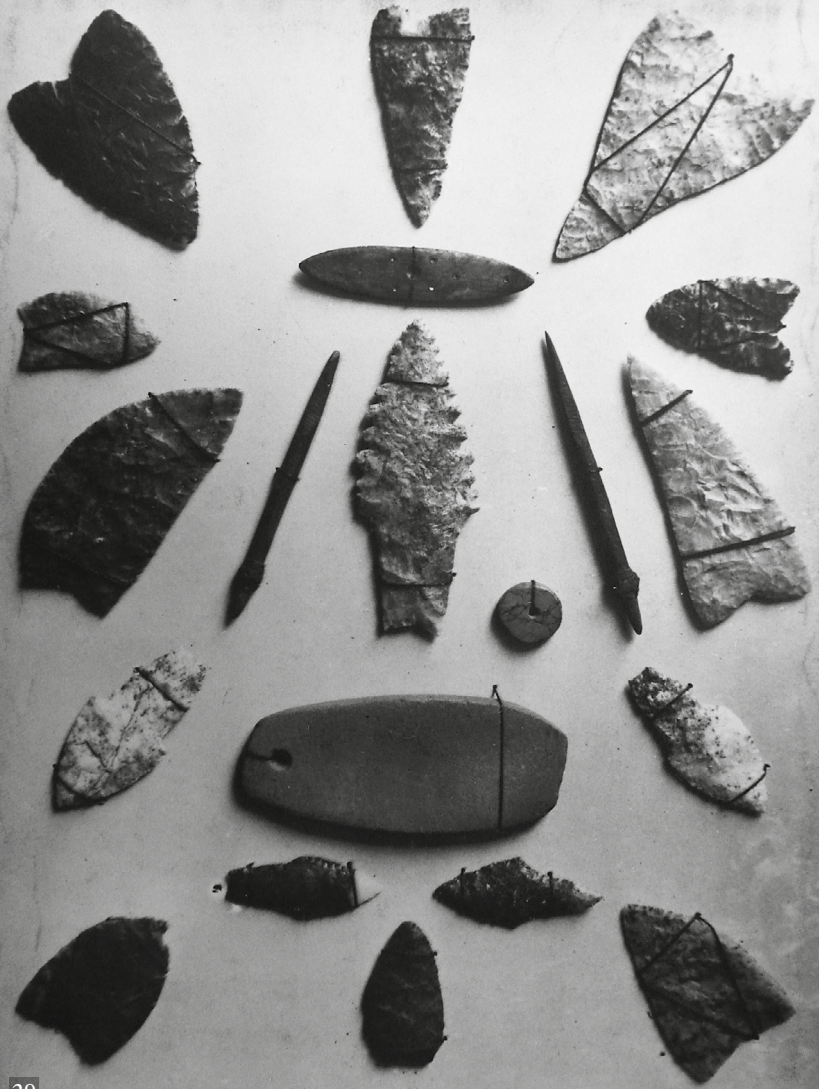
INDUSTRIA  
DE LOS  
Pueblos Prehistóricos  
DE  
CHILE

28

so está escrito a mano y en lápiz blanco la leyenda de cada imagen, con referencia a los objetos retratados, el sitio de donde provienen y la cultura a la que corresponden. Las páginas están numeradas, pero con saltos y discontinuidades, lo que hace suponer que el álbum fue en algún momento desarmado o que a lo largo de su vida perdió algunas piezas.

Cada una de las fotografías que integran el álbum es una obra en sí misma (San Francisco *et al.*, 2020). Son capturas en blanco y negro de los muestrarios de piezas arqueológicas que confeccionaba Capdeville con los objetos hallados en cementerios



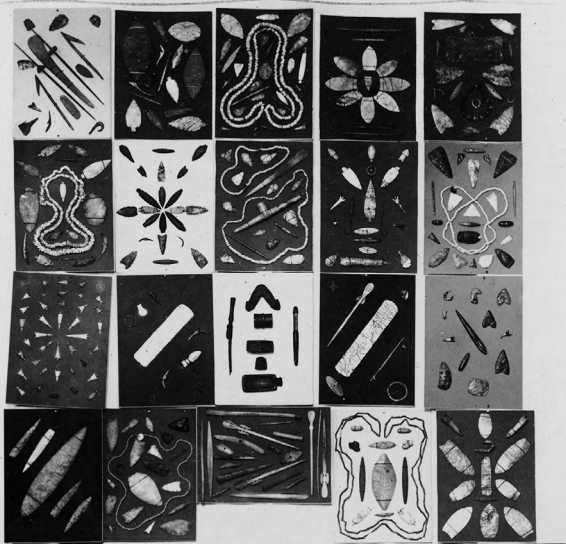


y conchales de Taltal (figura 29). Los muestrarios se componen de un soporte plano y extendido sobre el cual se disponen y amarran los artefactos, formando figuras y patrones geométricos. Verdaderos collages o montajes en los que se conjugan “industrias” precolombinas con composiciones basadas en nociones estéticas propias de los cánones visuales de fines del siglo XIX y principios del XX (Sellen, 2012). El resultado es sorprendente, pues la singularidad del objeto se camufla ante el conjunto y, viceversa, el todo se pierde frente a la unidad, pero sin desaparecer, lo que faculta al observador a fijar la mirada en una pieza, en varias de ellas o en todas a la vez, siempre descubriendo algo nuevo.

Se sabe que son fotografías de muestrarios –objetos en sí mismos, compuestos y ensamblados– y no simples montajes para concretar la fotografía porque, por un lado, era una tecnología visual característica de la época destinada a exhibir las piezas en conjuntos de sentido y no solo de manera unitaria (en el caso de Capdeville, ordenadas por sitio y período, para ser mostradas en su museo personal), y por otro lado, porque en las tomas se distinguen claramente los cordeles y alambres que sostienen las piezas precolombinas (figura 29) (San Francisco *et al.*, 2020). A esto hay que agregar que cuando la

colección de Capdeville arribó al Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, en 1928, llegó en gran medida montada y ordenada como estaba en su casa. Esta misma solución es la que aplicó Melquiades Díaz Casanova, amigo y discípulo de Capdeville, tras donar su colección también al museo capitalino (figura 30).

Lamentablemente, dado el conocimiento actual sobre este tema, no es posible asegurar que dicho álbum realmente contenga las fotografías enviadas por Capdeville a Rengifo. Mientras este último asevera haber recibido 48 fotografías de objetos, el álbum hoy incompleto compila 64 imágenes con una numeración discontinua. Da la casualidad, sin embargo, que tanto su publicación en las *Actes* de 1930 como el del álbum sin fecha llevan como título el mismo encabezado de “pueblos prehistóricos”. Ahora bien, Rengifo sostiene que la Société envió dicho material visual a Ricardo Latcham para tener su opinión especializada (Mostny, 1964, p. 201), y curiosamente fue este el primer y único investigador que publicó el año 1939 una quincena de las mismas fotografías que integran el mencionado álbum. Es más, en su artículo vienen algunas fotografías de composiciones de objetos que no se encuentran en el actual álbum, pero que por su di-



seño y características bien podrían ser de la misma serie fotográfica, de ahí que es muy probable que puedan corresponder a las páginas perdidas y números faltantes del álbum. ¿De dónde pudo obtener Latcham estas fotografías? ¿De la misma Société, directamente de Capdeville o desde las colecciones que el Museo Nacional de Historia Natural compró en 1928? Difícil saber a ciencia cierta –si es que aquello existe realmente–, y solo nuevas investigaciones podrán contribuir con el misterio. De momento, lo único claro es que la Société acumuló una cantidad significativa de fotografías de objetos de manos de Capdeville entre 1923 y 1930, y que años más tarde la misma organización editó un álbum fotográfico que las reúne y exhibe.

Esta obra excepcional –el álbum y sus fotografías– ha sido reproducida en innumerables ocasiones desde el momento de su creación. Como ya se señaló, Latcham publicó varias de estas capturas en su artículo *La edad de piedra en Taltal* del año 1939 y, pese al paso del tiempo, continúan siendo republicadas en distintos soportes y medios (p.e., Fuenzalida y Gallardo, 2013; Ballester y San Francisco, 2017; Soto *et al.*, 2018; San Francisco *et al.*, 2020). Esta situación pone en evidencia el impacto que estas obras tuvieron en la realidad pasada

y presente, en especial en el conocimiento sobre la arqueología y la prehistoria de Taltal, así como de toda la costa del desierto de Atacama. Cada reproducción de estas fotografías es una huella o cicatriz que representa la inscripción del paso de Capdeville en la historia, lo que confirma la subsistencia de su legado y la trascendencia de su obra.



# REDES DEL CONOCIMIENTO

## Coautorías, colectivos y comunicaciones científicas

*No se trata, entonces,  
de que las cosas estén vivas en él,  
es, al contrario,  
él mismo quien habita en ellas*  
(Benjamin, 2015, p. 56).

La creación de conocimiento científico no es resultado de la actividad individual. El estereotipo del genio que trabaja solo o de la superdotada recluida en un laboratorio pocas veces acontece en la realidad. Lo cierto es que el mayor volumen de conocimiento se genera de manera colectiva, como consecuencia de las redes en las que se desenvuelven sus actores, tanto contemporáneos como de otros tiempos, sean estos humanos o no (Latour, 1989, 2005). Entre estas agencias existe siempre algún grado de flujo de información y de comunicaciones, en donde se va inevitablemente moldeando el conocimiento a lo largo de su circulación (Secord, 2004). Un conocimiento que en su movimiento se



vuelve dinámico y versátil, fuertemente influenciado por las agencias entre las que transita, pues cada cual inscribe parte de sí en esta obra que es el saber colectivo, siempre mediado por un sinfín de factores políticos, económicos, simbólicos y culturales.

Dicho conocimiento se vuelve colectivo no solo a un nivel sincrónico, en términos de las agencias vinculadas en un momento preciso de la historia, sino también a través del tiempo y entre diferentes generaciones, dado que este saber se transmite por vía oral, escrita y anclada en el cuerpo de ciertos objetos cuyo ciclo de vida es más largo que el de los seres humanos. Justamente, es así que las ideas van inscribiendo su existencia hacia la posteridad, dejando cicatrices que interfieren en las acciones y ante las agencias todavía por venir. Poca duda cabe que la filosofía griega marcó el pensamiento posterior y lo hace hasta la actualidad, o que el *Quijote de la Mancha* influenció toda la literatura hispanoparlante ulterior, lo mismo ha ocurrido con la teoría mecánica de Newton y la de la relatividad de Einstein para la física contemporánea.

De esta manera, aunque a una escala propia, el conocimiento generado en el marco de las agencias y redes de Augusto Capdeville ha marcado profunda y trascendentalmente la historia de las

ideas posteriores a él en relación a la arqueología de Taltal, al mundo precolombino de las costas de Atacama e incluso en otras esferas más amplias de nuestro pensamiento actual. Todo el conocimiento producido luego de su paso por Taltal ha sido consecuencia, de una u otra manera, de su propio legado. Basta considerar el hecho de que solo gracias a él Max Uhle se interesó por esta remota localidad pampina, cuyo corolario fue la aparición y el compromiso de una larga cadena de investigadores/as, como Aureliano Oyarzún, Samuel Lothrop, Junius Bird, Bernardo Berdichewsky, Jorge Iribarren, Lautaro Núñez, Ángel Durán, Ana María Barraza, Raúl Bahamondes y Patricio Núñez<sup>39</sup>, así como tantas otras personas de una lista casi interminable de agencias que han pasado por Taltal y sus alrededores para hacer arqueología.

Pero la explosión fundacional de la arqueología de Taltal no tiene como único y exclusivo protagonista a Capdeville: eso es todavía una ilusión producto de nuestra ignorancia. Este último fue solo uno de tantos agentes involucrados en esta verdadera “industria” extractivista de sitios arqueológicos y objetos

39. La lista no incluye a Ricardo Latcham porque él realizó incursiones arqueológicas en Taltal y Paposo antes que Capdeville, al menos en 1898, aunque solo las publicó parcialmente en 1910 (Latcham, 1910; Feliú, 1969).

precolombinos –utilizando un concepto propio de la época, una industria de industrias–. Más que un individuo aislado, en Taltal hubo un indiscutible círculo de arqueólogos y coleccionistas, todos ligados de alguna manera entre sí, cuya composición no fue azarosa o circunstancial, sino consolidada por un tipo específico y definido de sujetos, en particular hombres, adultos, inmigrantes o descendientes de ellos, de clase acomodada, profesionales y ligados a la minería y sus servicios asociados, como el comercio, la administración pública, la energía, la geología o las relaciones internacionales, en específico cónsules y diplomáticos. Círculos de afinidad de prácticas y gustos que otorgaban prestigio y estatus social a sus integrantes (Akin, 1996; Keurs, 2011), que al parecer funcionaban de forma cerrada y nucleada, a la manera de sociedades secretas, con jerarquías internas, lugares de reunión, procedimientos comunes y lenguajes compartidos. Círculos y sociedades donde no participaban activamente mujeres o personas de otras clases sociales, por lo que este capital cultural y poder simbólico, en el sentido propuesto por Pierre Bourdieu (1977, 1978, 1993), servía también como un mecanismo estructural de distinción social, a la vez que de integración de algunos y de exclusión de otras y otros.

Esta cadena de agencias generó también una cadena de saberes, contruidos y escritos unos sobre otros a la manera de un ensamblaje transgeneracional. Un relato en trama y urdimbre, cuyo antecedente fundacional es el trabajo y las obras (escritas, visuales y colectadas) del propio Capdeville, que como se ha visto, tienen una raíz colectiva, en tanto obra en red. De hecho, gran parte de los temas y problemas que se han discutido en la última década de arqueología en Taltal fueron planteadas ya por Capdeville. Su legado material es incuestionable, otra cosa es que habitualmente no se considere su rol en este enorme andamiaje, invisibilizando su figura en el escenario disciplinar bajo el argumento de su nula preparación profesional, su amateurismo (con la carga peyorativa y hegemónica que porta este concepto) y su supuesta carencia de método científico. Juicios todos creados, a mi manera de ver, como formas presentes de autolegitimación política en el complejo escenario de la academia contemporánea —una arena en la que se compite por el protagonismo en los medios científicos a costa de una ilusoria novedad y de la supuesta veracidad—, pero con escaso sostén empírico desde el punto de vista de una historia de las ciencias y del conocimiento.

Sin embargo, el legado de Capdeville es también un legado colectivo. Por mucho que se intente ocultar, su obra está de una u otra manera allí, en el meollo del asunto, en el fondo del problema, en el detonante del interés, en la retina de la mirada. El conocimiento que produjo logró cuajarse no solo a través de sus excavaciones en sitios arqueológicos, sino de manera aún más sustancial, a lo largo de los debates y cruce de ideas con otras personas, tanto en Taltal como en diferentes puntos del planeta (Mostny, 1964; Núñez, 2008; San Francisco *et al.*, 2020). Cada uno de los nodos de esta extensa red del saber contribuyó de cierta manera en la redacción del conocimiento que en aquellos años se produjo sobre el pasado precolombino y la arqueología de Taltal, en general bajo la forma de consejos, críticas, recomendaciones de lecturas, propuestas metodológicas, envío de folletos, comparaciones y aclaraciones. Pero esto igualmente ocurría en sentido inverso, centrífugo a Capdeville en la red, pues el resto de las agencias interconectadas a él se vieron también notablemente influenciadas, para bien o para mal, de una u otra manera, y su pensamiento sobre estos tópicos se transformó, por somero que fuera, luego de su contacto y a lo largo de su relación con Capdeville. Retroalimentación para

una obra colectiva que fue posible gracias al flujo de ideas, casi siempre ancladas a objetos, fueran cartas y separatas (objetos-escritos), fotografías y dibujos (objetos-imágenes) o piezas arqueológicas (objetos-precolombinos).

El ejemplo de Carlos Oliver Schneider de la primera trama es ilustrativo de este fenómeno. Recapitulemos brevemente: este último solicita piezas arqueológicas de Taltal para alimentar su museo y así transmitir ciertas ideas a quienes lo visitaban en Concepción, a miles de kilómetros al sur. Capdeville envía las piezas junto a preguntas y argumentos con la intención de abrir un diálogo que sirva para retroalimentar su trabajo. Oliver Schneider remite sus comentarios y apreciaciones, junto a resultados de sus propias investigaciones, además de recortes de prensa y algunos folletos. Capdeville se abastece y aprende de lo que recibe de Oliver Schneider, mientras el uruguayo, con el museo y, por extensión, Concepción, se enteran de lo que se sabe e imagina sobre el pasado de Taltal y su arqueología. Este flujo bilateral crea un lazo que con el tiempo deviene en amistad, mientras que el conocimiento arqueológico de ambas localidades se transforma y reescribe gracias a la circulación de nuevas experiencias, objetos e ideas.

El impacto de esta relación en Capdeville es significativo, pues le permite comparar sus hallazgos con otros similares o diferentes en regiones distantes, un mecanismo clave de su arqueología para superar la historia local y lograr mayor alcance geográfico y cultural en sus preguntas e interpretaciones. Pero en la vereda opuesta el impacto es tanto o más revelador. Por ejemplo, Oliver Schneider utiliza los objetos enviados por Capdeville para construir un imaginario del pasado atacameño en pleno centro de la capital penquista, todo a través de un sutil montaje de piezas arqueológicas instaladas en las vitrinas y salones del museo, a la vista del público que concurría a él. Desde ese momento los habitantes de Concepción podían observar a Atacama a través de ciertos fragmentos del desierto, para enfrentarse cara a cara a la cultura Chincha Atacameña (figura 31). Y quienes no visitaban el museo no quedaron al margen, pues Oliver Schneider publicó además decenas de notas de prensa sobre estos y otros objetos, dejando una marca en la percepción de dichos temas sobre lectoras y lectores de los periódicos de circulación regional (Márquez, 2015).

La impronta de la obra de Capdeville a nivel nacional fue tremenda. Todos los académicos e intelectuales del área hablaban del famoso Paleolítico





taltalino y de la cultura Chíncha Atacameña. En aquel entonces el tema se tomó las revistas, libros y catálogos (p.e., Latcham, 1915, 1927b, 1928, 1929, 1936, 1938, 1939; Eberhardt, 1916; Oyarzún, 1916, 1917; Uhle, 1916, 1917, 1922). Los museos competían por las piezas arqueológicas para sus depósitos y vitrinas, y los investigadores escribían directamente a Capdeville para tener sus propios ejemplares. Al poco andar –o más bien, al poco excavar, escribir y enviar encomiendas–, Capdeville devino en un renombrado personaje de la escena científica de Chile y Latinoamérica. Fue miembro y participó de las más prestigiosas agrupaciones y sociedades científicas de su época, en las que era reconocido y admirado.

La trama de su diáspora tejida en torno a la Société Scientifique du Chili –la quinta y última de este libro– es fiel reflejo de este fenómeno, en cuyo paso no solo expuso sus propias interpretaciones y obras científicas, sino marcó además las ideas de algunos de sus más connotados miembros. Lo interesante es que, en paralelo y como consecuencia de este proceso de modelamiento constante y dinámico de las ideas sobre lo precolombino ancladas a Capdeville, se produjeron también nuevas obras materiales, que a su vez generaron nuevas huellas y

marcas en su entorno a través del tiempo, y en este sentido, adquirieron agencia propia en los procesos posteriores. Buenos ejemplos de este fenómeno son el álbum fotográfico de la Société, cuyas imágenes se han vuelto sumamente populares en la literatura arqueológica, o los artefactos de diseño moderno que ensamblan piezas precolombinas depositados en el Museo de Historia Natural de Concepción, verdaderos híbridos transgeneracionales que difícilmente se pondrían en duda.

La segunda trama del libro es clarificadora acerca del impacto de Capdeville a escala internacional, en lugares tan distantes como las ciudades de Nueva York y Washington. Finalmente, el lazo y la complicidad entre Thommen y Capdeville derivó en el depósito de la colección de objetos precolombinos del primero de ellos en el American Museum of Natural History en la isla de Manhattan, donde atrajo la atención del curioso John M. Cooper, sorprendido por la existencia de un período Paleolítico en los confines del desierto sudamericano. La intrusión de Cooper tuvo consecuencias importantes, pues gracias a su agencia Robert Lowie supo de Capdeville, de Taltal y del debate paleolítico. En sus cartas, incluso Cooper desliza su intención de enseñar estos temas a sus alumnos de la Catholic University

of América, en Washington, con los propios objetos precolombinos colectados por Capdeville, ofreciéndose gustoso a comprarlos. La relación lleva a Capdeville a leer y aprender sobre la Patagonia y sus habitantes, su cultura material y forma de vida. Cooper, en tanto, descubre un mundo nuevo, hasta ese entonces insospechado, pero luego de eso, incorporado y aprendido. La transformación es multidimensional, rizomática tal vez.

Pero fue la colección de Thommen, supuestamente inmóvil e inerte, la que generó mayor impacto en esta red del saber. Durante su estadía en los depósitos del museo neoyorkino despertó el interés de un entusiasta Junius Bird, quien la estudió en detalle y con detención meses antes de su viaje al norte de Chile. Este fue el primer y más importante acercamiento de Bird a la cultura material y a los restos arqueológicos de Taltal, un lugar que hasta ese entonces solo conocía por anécdotas de su colega Samuel K. Lothrop y por sus lecturas de Ricardo Latcham y Max Uhle, además de, por supuesto, el análisis minucioso de los trabajos de Capdeville, el detonante de todo aquello que ocurrió después. Tal fue su impronta en Bird, que su principal problema de investigación era solucionar de una vez por todas la cuestión paleolítica de Taltal y afinar

la secuencia cronológica esbozada por Max Uhle y antes por el propio Capdeville.

El impacto fue tanto o más fuerte al otro lado del charco, en el viejo continente, tierra de origen de la ya gastada noción de Paleolítico. En Inglaterra las piezas de la colección Capdeville circularon bajo el nombre de otros coleccionistas, Cyril H. Kirkland y Thomas W. Orr, ambos cercanos o conocidos del arqueólogo taltaliano y aficionados a las exploraciones, la excavación de cementerios y la colecta de objetos. La colección llegó al British Museum de Londres, donde paradójicamente se reunió con otras colecciones también provenientes de este alejado puerto en la costa del desierto de Atacama: como hermanos separados al nacer, el destino volvió a juntar los fragmentos de objetos y contextos antes destruidos por el saqueo de tumbas y la excavación de conchales. Los objetos de Oswald Evans se encontraron así con los de Kirkland y Orr por intervención de Ricardo Latcham, cómplices todos del *The South Pacific Mail*, reunidos al alero del coleccionismo de Augusto Capdeville. Lo mismo ocurrió con aquellos del Capitán Holbrook –por intermedio de la señora Amelia Laversuch y su ex-marido– y la de A. B. Hawes. Una performance de relaciones y flujos de objetos, pero especialmente de

florecimiento de ideas y conocimientos, así como imaginarios y concepciones en torno a la arqueología y al mundo precolombino de este recóndito rincón del planeta, que fue expuesta al público en la tribuna internacional de lectoras y lectores de un periódico transatlántico.

No lejos de ahí –o al menos no lejos en relación a las distancias que separan Londres o Cambridge de Taltal–, pero al otro lado del Mar del Norte, el impacto de la obra de Capdeville también dejó huellas en Hamburgo, el principal puerto comercial de Alemania. Una trama tejida hebra a hebra de la mano del salitre, pues cerca de la famosa Chilehaus levantada por el magnate naviero y minero Henry Sloman (figura 32), quien hiciera su fortuna en Antofagasta a costa de la industria del nitrato (González *et al.*, 2014), se acumulaban también los objetos precolombinos de Taltal en el antiguo Museo Etnológico de la ciudad. Salitre y piezas arqueológicas extraídas por los mismos obreros precarizados, pagados en fichas y sin derechos laborales. Dos fenómenos paralelos y conjuntos de flujo de materia desde Atacama hacia Alemania, pero movidos por el mismo ímpetu capitalista: el extractivismo, en un caso de recursos naturales, en el otro de bienes culturales. Hoy en día, y desde hace casi un siglo,



fragmentos de la cultura material de Taltal y de otros rincones de Atacama se exhiben en las vitrinas del imponente Museo del Rothenbaum, como expresión de la vida humana en tierras exóticas, allá lejos, en el confín del mundo, desde el mismo sitio de donde viene el nitrato que fertiliza sus granos y cosechas. La imagen del mundo y la historia de la humanidad se alimenta de estos fragmentos de piedra y concha, portadores de sentidos e ideas.

En todas las tramas de esta enorme red, los objetos (escritos/imágenes/precolombinos) sirvieron para construir identidades e imaginarios de sí mismos y de la otredad fundados en la comparación y el contraste: somos en relación a lo que ellos/as son o no son. Un juego que solo era posible a tra-

vés del flujo físico de estos objetos entre agencias y localidades distantes, creando entre ellas un lazo de dependencia y de constante referencia. En este complejo escenario, el ser de los coleccionistas, tal como el investigador que colecciona, constituye un índice de su posición en la red. No hay que olvidar que el coleccionista se enviste de su colección para construirse como un sujeto particular ante el público que conforma los círculos que frecuenta (Jenkins, 1994; Akin, 1996; Keurs, 2011). Las colecciones siempre esconden algo de necesidad de prestigio, estatus, sabiduría, notoriedad, autoridad y reputación (Pomian, 1990). En palabras de Pierre Bourdieu (1977, 1979, 1993), el coleccionista se carga de capital cultural y poder simbólico con cada uno de los objetos que atesora en su colección. Envestidura cultural y material que les faculta identificarse, ser reconocidos, ostentar y sentirse copartícipes de algo común en su círculo afín, y al mismo tiempo, distinguirse y diferenciarse del resto que no posee estos objetos. El juego social parece sutil, pero cierto es que tiene un alcance insospechado.

Las cartas y encomiendas enviadas por Cadpeville no son entonces una mera anécdota o vicisitud insignificante en la historia de la arqueología de Atacama, sino más bien uno de sus principales

catalizadores y una de las razones por las cuales hoy sabemos lo que sabemos en este campo. Son un motor, no una consecuencia. Es aquí donde toma sentido y valor realizar una arqueología de la arqueología que estudie los restos materiales de esta práctica en nuestro pasado reciente e inmediato, dado que de esta manera es posible comprender el rol de los objetos (escritos/imágenes/precolombinos) en la configuración de nuestros saberes e imaginarios –como el conocimiento científico–, y con ello también, de nuestra realidad social en su conjunto, entendiendo que somos y actuamos en razón de lo que creemos, sabemos y pensamos. La arqueología no solo estudia objetos, también los crea y en una cantidad abrumadora, cosas que marcan nuestras vidas por generaciones. Aunque la historiografía tradicional de la arqueología chilena diga lo contrario, de casos como este resulta cada vez más evidente el papel protagónico del coleccionismo en la creación del conocimiento y su impacto en la realidad contemporánea.





*El objeto más importante  
de una colección es el siguiente*  
(Blom, 2013, p. 208).



# AGRADECIMIENTOS

Este libro es resultado del proyecto ANID-FONDECYT 1210046, *La Diáspora de Atacama. Red global de objetos precolombinos, coleccionistas y museos entre 1850 y 1950*. También se enmarca en el proyecto internacional ATACAMA | SHS financiado por el Centre National de Recherche Scientifique (CNRS) de Francia. Tal como en la red de Augusto Capdeville, es consecuencia de una práctica y reflexión colectiva en la que coparticiparon múltiples agencias, humanas y no humanas; es también la manifestación material de una red.

Fundamental fue la ayuda y el compromiso de una serie de instituciones nacionales e internacionales, entre las cuales se encuentran en Chile el Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal (MACRT), el Museo Nacional de Historia Natural (MNHN), el Museo de Historia Natural de Concepción (MHNC), el Museo Histórico Nacional (MHN), la Universidad de Antofagasta (UA), la Universidad Arturo Prat de Iquique (UNAP), el Museo Arqueológico de La Serena (MALS), la Biblioteca Nacional (BNC) y el Museo de Antofagasta (MA). Además, debo agregar en Estados Unidos al American Museum

of Natural History de Nueva York (AMNH-NY), el National Museum of the American Indian (NMAI) y la Catholic University of América de Washington DC, y el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology de Cambridge (PMAEC); en Gran Bretaña al British Museum de Londres (BM), el Museum of Archaeology and Anthropology de la University of Cambridge (MAA) y el Pitt Rivers Museum de Oxford (PRM); en Alemania al Museum am Rothenbaum. Kulturen und Künste der Welt de Hamburgo (MARKK), el Ibero-Amerikanische Institut Preußischer Kulturbesitz (IAI) y el Ethnologisches Museum Staatliche, ambos de Berlín; y, finalmente, el Musée d'ethnographie de Gêneve en Suiza (MEG).

A lo largo de todo el proceso de investigación y de escritura estuve acompañado muy de cerca de una persona que ha sido clave en las búsquedas, exploraciones e interpretaciones que dan cuerpo a este libro, me refiero a Alexander San Francisco, quien además ofició de editor de la presente versión. Puedo decir que esta obra es de los dos o, más bien, de los dos además de otras innumerables agencias, algunas de ellas desde hace mucho tiempo fallecidas, otras aún vivas o vigentes. Entre estas, debo agradecer la colaboración y los comentarios de diferentes personas, en particular,

de Rodolfo Contreras, Francisco Garrido, Sumru Aricanli, Eduardo Becker, Daniel Quiroz, Roxana Torres, Cristian Becker, Patricio Núñez, Christine Chávez, Marcela Sepúlveda, Manuela Fischer, Gloria Cabello, Daniela Mahana, Daniel Hernández, Francisco Gallardo, Daniela Silva, Catherine Framm y Estefanía Vidal.

Finalmente, mi reconocimiento a Pampa Negra Ediciones por el espacio y el apoyo, en especial a Sebastián Contreras y Camilo Araya, responsables de que este libro tome cuerpo.



# ILUSTRACIONES

Figura 1: Taltal a principios del siglo xx. Archivo Fotográfico del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal, Chile.

Figura 2: Retrato de Augusto Capdeville Rojas. Archivo Fotográfico del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal, Chile.

Figura 3: Fotografía de los funcionarios de la Aduana de Taltal en octubre de 1923. Casi al centro y en primera fila destaca Augusto Capdeville. Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional, Santiago, Chile.

Figura 4: Augusto Capdeville excavando los túmulos funerarios formativos de la Llanura del Hueso Parado en Taltal. Archivo del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín, Alemania.

Figura 5: Fotografía de Ramón Laval en el Museo de Augusto Capdeville en Taltal. Archivo Ministerio de la Cultura y el Patrimonio de Ecuador, Quito.

Figura 6: Red de flujo de objetos precolombinos desde Taltal entre el año 1900 y 1950, considerando coleccionistas y destinos finales.



Figura 7: Fotografía de una composición de artefactos paleolíticos de Taltal donados por Augusto Capdeville. Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional, Santiago, Chile.

Figura 8: Mapa con la distribución de los objetos enviados por Augusto Capdeville en su trama epistolar.

Figura 9: Carlos Oliver Schneider: a) excavaciones en Tubul, al sur del Golfo de Arauco, en la región del Biobío (en primer plano) el año 1921; b) analizando cráneos humanos en su despacho en Concepción, *circa* 1920. Colección Fotográfica del Museo de Historia Natural de Concepción, Chile.

Figura 10: Carta inédita escrita por Augusto Capdeville a Carlos Oliver Schneider el 17 de junio de 1923. Archivo del Museo de Historia Natural de Concepción, Chile.

Figura 11: Objetos precolombinos de la colección Norte Grande de Chile depositados en el Museo de Historia Natural de Concepción, Chile, posiblemente parte de la colección de Augusto Capdeville.

Figura 12: Principales tipos de cabezales de arpón de la costa de Antofagasta. Elaborada por el autor.

Figura 13: Fotografías de composiciones de objetos precolombinos recuperados por Capdeville en los alrededores de Taltal: (A) cementerio Chinch

Atacameño de Caleta Esmeralda, (B) cementerio Chincha Atacameño de Las Cañas, (C) cementerio Dolménico de Caleta El Bronce y (D) cementerio Chincha Atacameño de Agua Dulce. Todas son parte del álbum fotográfico de la Sociéte Scientifique du Chili que se encuentra en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, Chile.

Figura 14: Cabezales de arpón tipo A. Arriba (A): cabezal de arpón recuperado en Taltal, MACRT. Abajo: amarras de cabezales de arpón tipo A de la costa del desierto de Atacama. Las piezas corresponden a: (B) cabezal del siglo XIX en hierro, Chipana (BM); (C) cabezal de amarra incompleta, cortada, cementerio de Chipana (BM); (D) CaH02 tumba 4C (UA); (E) Caleta Huelén (UA); (F) Caleta Huelén (MEG); (G) Caleta Huelén (MEG); (H) esquema general del perfil de las amarras de este tipo de cabezal de arpón y corte transversal de la amarra con el detalle de las secciones del vástago y las espigas junto a las amarras perimetrales y transversales. Elaborada por el autor.

Figura 15: Fotografía de la composición de algunos de los materiales que componen la colección de Paul Thommen de Taltal. Archivo Junius Bird del American Museum of National History de Nueva York, Estados Unidos.

Figura 16: Bocetos de algunas piezas de la colección de Paul Thommen hechos por Junius Bird. Archivo Junius Bird del American Museum of Natural History de Nueva York, Estados Unidos.

Figura 17: Carta inédita escrita por Augusto Capdeville a John Cooper datada el 9 de diciembre de 1924. Colecciones Especiales del Archivo de la Catholic University of America, Washington DC, Estados Unidos.

Figura 18: Memorándum de ingreso de la colección Paul Thommen de Taltal al museo. Archivo del American Museum of Natural History de Nueva York, Estados Unidos.

Figura 19: Etiqueta de la gaveta de madera que contiene la colección de Oscar Schmidt-Pizarro en el MARKK de Hamburgo, Alemania.

Figura 20: Fotografía de Oscar Schmidt-Pizarro (al centro) junto a la familia Framm, a bordo del velero Peking de la compañía *F. Laeisz* de Hamburgo, el año 1912. Archivo personal de Catherine Framm, Berlín, Alemania.

Figura 21: Fotografía de un grupo de amigos. El de la izquierda es Oscar Schmidt-Pizarro. En el reverso de la fotografía dice “familia Framm, recuerdo de la navidad de 1915”. Archivo personal de Catherine Framm, Berlín, Alemania.

Figura 22: Fotografía de una excursión a caballo por el desierto litoral de Taltal. El primero de izquierda a derecha es Oscar Schmidt-Pizarro y el cuarto es Otto Framm. Archivo personal de Catherine Framm, Berlín, Alemania.

Figura 23: Fotografía de una de las excursiones en los cerros de Taltal el año 1913. Oscar Schmidt-Pizarro es el tercero de izquierda a derecha. Archivo personal de Catherine Framm, Berlín, Alemania.

Figura 24: Carta de Oscar Schmidt-Pizarro dirigida a Augusto Capdeville el 2 de octubre de 1920. Archivos documentales de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, Santiago, Chile.

Figura 25: Ilustración de fragmentos cerámicos decorados colectados en Punta Fuerte, Taltal, en noviembre de 1904. Obra de Oswald H. Evans que por alguna razón terminó en manos de Junius Bird. Archivo Junius Bird del American Museum of Natural History de Nueva York, Estados Unidos.

Figura 26: Carta de Cyril Kirnland dirigida a T. A. Joyce del 10 de febrero de 1923. Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.

Figura 27: Ilustración de algunas de las piezas de la colección Kirkland y Orr realizada por el pro-

pio Orr. Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.

Figura 28: Portada del álbum fotográfico de la Société Scientifique du Chili. Archivo del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, Chile.

Figura 29: Fotografía de uno de los muestrarios de piezas precolombinas elaborado por Augusto Capdeville que componen el álbum fotográfico de la Société Scientifique du Chili. Archivo del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, Chile.

Figura 30: Montaje de la colección de piezas precolombinas de Melquiades Díaz Casanueva al entregarla al Museo Nacional de Historia Natural en 1928. Archivo del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, Chile.

Figura 31: Exhibición de los objetos precolombinos del norte de Chile, Perú y Bolivia del Museo de Concepción, *circa* 1920. En la tercera repisa se lee “Chincha atacameños”. Colección Fotográfica Museo de Historia Natural de Concepción, Chile.

Figura 32: Fotografía del modelado de la jamba de uno de los portales de la Chilehaus de Hamburgo, Alemania. Fotografía del autor.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aichel, Otto (1932). Ergebnisse einer Forschungsreise nach Chile-Bolivien. *Zeitschrift für Morphologie und Anthropologie* 31(1): 1-166.
- Akin, Marjorie (1996). Passionate possessions. The formation of private collections. En David Kingery Editor. *Learning from things. Method and theory of material culture studies*, pp. 102-128. Washington DC: Smithsonian Institution Press.
- Alberti, Samuel (2005). Objects and the museum. *Isis* 96(4): 559-571.
- Álvarez, Patricio y Pablo Espinoza (2001). *Dillman S. Bullock: el naturalista de la Araucanía*. Valdivia: Ediciones Universidad Austral de Chile.
- Ballester, Benjamín (2017). Junius Bird y el Muelle de Piedra. *Taltalia* 10: 15-28.
- (2018). Tecnología de arponaje en la costa del desierto de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños* 57: 65-95.
- (2019a). La colección Paul Thommen del American Museum of Natural History de Nueva York. *Taltalia* 12: 109-116.

(2019b). Presentación y transcripción de un artículo de Augusto Capdeville ante la Société Scientifique du Chili: pueblos prehistóricos de la zona marítima de Taltal. *Taltalia* 12: 11-17.

(2020a). Apuntes sobre los apuntes de Simón Urbina. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50: 91-92.

(2020b). Entre mer et désert: techniques, savoir-faire et design d'un type de harpon sur le littoral d'Atacama (nord du Chili). En Fanny Bouché, Liora Bouzoglou, Alexandre Pinto y Prune Sauvegeot Editores. *Artisanat et savoir-faire: archéologie des techniques*. París: Colección Archéo.doct, Éditions de la Sorbonne.

(2021a). *En busca de la balsa perdida. Las redes y biografías del coleccionismo*. Antofagasta: Pampa Negra Ediciones.

(2021b). Ópera heroica de dos momias de Chiu-chiu, por Aquinas Ried/Reid. *Sophia Austral* 27(3): 1-23.

(2021c). Arpones precolombinos de Antofagasta. Acople de partes, collage de materiales, ensamblaje de seres y mosaico de paisajes. En Daniel Quiroz Editor. *Ensamblajes del pasado. Lugares,*

*objetos y reflexiones*, pp. 99-136. Santiago: Ediciones de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional de Patrimonio Cultural.

(2022a). Mecánicas del encuentro: arpones híbridos de las costas de Atacama. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, <https://doi.org/10.4000/nuevo-mundo.88833>

(2022b). La pesca y la caza marina desde sus objetos técnicos: la colección Junius Bird de Taltal, 1941-1942. En Ricardo Álvarez, Sandra Rebolledo, Daniel Quiroz y Jimena Torres Editores. *La Pesca en Chile: miradas entrecruzadas*, pp. 103-143. Santiago: Ediciones de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

(2023). *Aníbal Echeverría y Reyes. Vida y obra de un coleccionista de objetos precolombinos del desierto de Atacama*. Santiago: Ediciones de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Ballester, Benjamín y Gloria Cabello (2022). Mitologías navieras de Atacama: el caballito de totora de Jean-Christian Spahni. *Estudios Atacameños* 68: e4690.



- Ballester, Benjamín y Alexander San Francisco (2017). *Cuerpo del convite*. Santiago: Ojo en Tinta.
- (2018). Capdeville, Augusto. En Claire Smith Editora. *Encyclopedia of Global Archaeology*. Cham: Springer. [https://doi.org/10.1007/978-3-319-51726-1\\_2612-1](https://doi.org/10.1007/978-3-319-51726-1_2612-1)
- Barraza, Ana (1981). *Descripción, análisis y funcionalidad. Colección Capdeville Taltal-Chile*. Memoria para optar al título de Arqueólogo, Universidad del Norte, Antofagasta.
- Bedoya, María Elena (2018). Dialogando desde los objetos: Jijón y Caamaño y Max Uhle, entre arqueología y coleccionismo en Ecuador, 1910-1925. En Alejandro López Editor. *Guión académico 2018 MUNA*, pp. 55-72. Quito: Museo Nacional del Ecuador.
- Bedoya, María Elena (2021). *Antigüedades y nación. Coleccionismo de objetos precolombinos y musealización en los Andes, 1892-1915*. Bogotá: Universidad del Rosario, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Santo Tomás.
- Benjamin, Walter (2015). *Desembalo mi biblioteca. El arte de coleccionar*. Palmas de Mallorca: Editorial José J. de Olañeta.

- Bennett, Jane (2010). *Vibrant matter. A political ecology of things*. Durham: Duke University Press.
- Bernal, Vanessa (2018). Formation des collections archéologiques et ethnographiques: notes sur des trajectoires d'objets latino-américains. *Les Cahiers de l'École du Louvre* 12: 1-26.
- Bird, Junius (1943). Excavations in northern Chile. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 38(4): 173-318.
- (1965). The concept of a "Pre-Projectile Point" cultural stage in Chile and Peru. *American Antiquity* 31(2): 262-270.
- Blom, Philipp (2013). *El coleccionista apasionado. Una historia íntima*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (1977). Sur le pouvoir symbolique. *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations* 32(3): 405-411.
- (1978). Les trois états du capital culturel. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 30: 3-6.
- (1993). *The field of cultural production. Essays on art and literature*. Londres: Columbia University Press.

- Braunholtz, Hermann (1953). History of ethnography in the museum 1753-1938 (Pt. II). *The British Museum Quarterly* 18(4): 109-120.
- Brousse, Jorge (1993). La colección arqueológica “Región atacameña” del Museo de Historia Natural de Concepción. *Comunicaciones del Museo de Historia Natural de Concepción* 7: 49-62.
- Byrne, Sarah, Anne Clarke, Rodney Harrison y Robin Terrence (2011). *Unpacking the collection. Networks of material and social agency in the museum*. Londres: Springer.
- Calvino, Ítalo (2012). *Colección de arena*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Cámara de Comercio Suiza en el Perú (1991). *Presencia Suiza en el Perú*. Surquillo: Pacific Press, s.A.
- (2012). *Crónica de la Cámara de Comercio Suiza en el Perú*. Lima: Graficarte EIRL.
- Camus, Patricio (2013). 116 años de la Revista Chilena de Historia Natural: breve relato de dos antes y un después. *Revista Chilena de Historia Natural* 86(4): 373-384.
- Capdeville, Augusto (1921a). Notas acerca de la arqueología de Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 2(3/4): 1-23.

- (1921b). Notas acerca de la arqueología de Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 2(5): 1-13.
- (1922a). Notas acerca de la arqueología de Taltal (III). Civilización de las Gentes de los Vasos Pintados. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 3(7/8): 229-233.
- (1922b). Apuntes para la arqueología de Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 4(9): 115-120.
- (1923). Un centenario Chíncha Atacameños en Punta Grande, Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 7(18): 1-21.
- (1928). Como descubrí la industria paleolítica americana de los sílices negros tallados, en la zona de la costa de Taltal. *Revista Chilena de Historia Natural* 32: 348-364.
- (1930). Pueblos prehistóricos de la zona marítima de Taltal. *Actes de la Société Scientifique du Chili* 32/35: 233-235.
- (2008a). Un cementerio Chíncha-Atacameño en Punta Grande, Taltal. *Taltalia* 1: 23-45.
- (2008b). Civilización Dolménica, Gente de los Círculos de Piedra. *Taltalia* 1: 47-58.

- (2009). Augusto Capdeville Rojas. Notas arqueológicas. *Taltalia* 2: 10-87.
- Carmona, Javiera (2003). Vistazo a la historia de la arqueología chilena. En Javiera Carmona Editora. *Archivos de suelo. Hans Niemeyer y la arqueología científica de Chile*, pp. 11-19. Santiago: Ediciones La Huella y Logos Group.
- Carmona, Javiera, Catalina Muñoz y Valentina Ávalos (2018). Identidad urbana y museo. La refundación del Museo de Historia Natural de Valparaíso después del terremoto de 1906. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* 31: 159-177.
- Carrasco, Carlos (2006). La práctica arqueológica y la actual construcción de conocimiento arqueológico en Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39: 35-50.
- Coe, Michael 1993. From *huaquero* to connoisseur: the early market in pre-Columbian art. En Elizabeth Boone Editora. *Collecting the pre-Columbian past*, pp. 271-290. Washington DC: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

- Contreras, Rodolfo (2013). Breve historia de Taltal y la presencia alemana en el puerto a través de la fotografía. *Taltalia* 5/6: 89-127.
- Cooper, John (1917). Analytical and critical bibliography of the tribes of Tierra del Fuego and adjacent territory. *Bulletin of the Bureau of American Ethnology from the Smithsonian Institution* 63: 1-229.
- Cooper, John (1946). The Yahgan. En Julian Steward Editor. *Handbook of South American Indians*, tomo 1, pp. 81-106. Washington DC: Smithsonian Institution.
- Cornejo, Luis (1997). Buscadores del pasado: una breve historia de la arqueología chilena. En José Berenguer Editor. *Chile antes de Chile*, pp. 9-15. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Cornely, Francisco (1969). Correspondencia con el director del Museo de Concepción, el profesor Carlos Oliver Schneider. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 13: 12-36.
- Couyoumdjian, Juan (1987). Apuntes sobre un periódico inglés en Valparaíso: “The South Pacific Mail” entre 1909 y 1925. En *Valparaíso 1536-1986: Primera Jornada de Historia Urbana*, pp.

185-198. Valparaíso: Instituto de Historia, Universidad de Católica de Valparaíso, Ediciones Altazor.

Dauelsberg, Percy (1995). Dr. Max Uhle: su permanencia en Chile, de 1912 a 1919. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 15: 371-394.

Eberhardt, Enrique (1916). *Historia de Santiago de Chile*. Santiago: Zig-Zag.

Eco, Umberto (2005). El museo del tercer milenio. *Revista de Occidente* 290/291: 15-41.

Echeverría, Andrea (2015). *La formación de las colecciones arqueológicas Norte Grande y Norte Chico del Museo de Historia Natural de Concepción*. Tesis para optar al grado de Magister en Arte y Patrimonio, Universidad de Concepción, Concepción.

Edmundson, William (2009). *A history of the British presence in Chile. From Bloody Mary to Charles Darwin and the decline of British influence*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

Etcheverry, María (1989). Carlos E. Porter, la “Société Scientifique du Chili” y las “Actes de la Société Scientifique du Chili”. *Revista Chilena de Historia Natural* 62: 129-147.

- Etcheverry, María (1991). Bibliografía de don Carlos Oliver Schneider (1899-1949). *Boletín de la Sociedad Biológica de Concepción* 62: 89-98.
- Evans, Oswald (1906). Notes on the Stone Age in Northern Chile, with special reference to Taltal. *Man* 6: 19-24.
- (1907a). Notes on the raised beaches of Taltal (Northern Chile). *The Quarterly Journal of the Geological Society of London* 63: 64-68.
- (1907b). On pottery fragments found at Taltal, Northern Chile. *Man* 7: 65-66.
- (1913). Notes on the occurrence of turquíes in Northern Chile. *Man* 13: 158-159.
- Evans, Oswald y John Southward (1914). A further note on the occurrence of turquoise at Indio Muerto, Northern Chile. *Man* 14: 37-39.
- Feliú, Guillermo (1969). *Ricardo E. Latcham (1869-1943). La bibliografía de las ciencias antropológicas*. Santiago: Bibliógrafos Chilenos.
- Fischer, Manuela y Adriana Muñoz (2020). The connectenedness of archives: museums in Brazil and Europe. *Indiana* 37(2): 205-235.
- Fuenzalida, Nicole y Francisco Gallardo (2013). Exchange and ritual funerary consumption: late



marine hunter-gatherers of the Taltal coast (Atacama Desert, northern Chile). *Andean Past* 11: 263-281.

Gänger, Stefanie (2014). *Relics of the past. The collecting and studying of Pre-Columbian antiquities in Peru and Chile, 1837-1922*. Oxford: Oxford Press.

Garrido, Francisco y Carolina Valenzuela (2020). Falsificaciones y arqueología: Ricardo Latcham, la escritura prehispánica y los piratas de Guayaacán. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 25(2): 127-140.

(2022). Antigüedades prehispánicas peruanas en la creación de una “prehistoria” chilena: el caso de la colección Sáenz. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos* 29(3): 769-788.

Garrido, Francisco y Flora Vilches (2024). *La arqueología chilena a través de la red social de Grete Mostny. Un epistolario de cuatro décadas (1940-1980)*. Santiago: Ediciones de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional de Patrimonio Cultural.

González, José, Marcelo Lufín y Claudio Galeno (2014). Británicos en la región de Antofagasta. Los negocios concomitantes con la minería del

- desierto de Atacama y sus redes sociales (1880-1930). *Estudios Atacameños* 48: 175-190.
- Groys, Boris (2011). *La lógica de la colección y otros ensayos*. Barcelona: Arcadia.
- Helmke, Ignacio y Margarita Alvarado (2018). *Archäologisches aus Valdivia* del Doctor Carlos Keller. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 48: 61-83.
- Holst, Niels von (1976). *Creators, collectors and connoisseurs. The anatomy of artistic taste from antiquity to the present*. Londres: Book Club Associates.
- Hoskins, Janet (2006). Agency, biography and objects. En Christopher Tilley, Webb Keane, Susanne Kuechler, Mike Rowlands y Patricia Spyer Editores. *Handbook of Material Culture*, pp. 74-84. Londres: SAGE Publications.
- Indian Notes (1925). Notes. *Indian Notes* 2(3): 241-246.
- Jenkins, David (1994). Object lessons and ethnographic displays: museum exhibitions and the making of American anthropology. *Comparative Studies in Society and History* 36(2): 242-270.
- Joyce, Thomas (1925). The romance of Chilean ethnology. *The South Pacific Mail* 790: 22.

- Keurs, Pieter (2011). Agency, prestige and politics; Dutch collecting abroad and local responses. En Sarah Byrne, Anne Clarke, Rodney Harrison y Robin Terrence Editores. *Unpacking the collection. Networks of material and social agency in the museum*, pp. 165-182. Londres: Springer.
- Kirkland, Cyril (1925). Archaeological collection from Taltal. *The South Pacific Mail* 793: 18.
- La Bruyère (1844[1688]). *Les caractères ou les mœurs de ce siècle*. París: Chez Lefébre Éditeur.
- Larson, Frances, Alison Fetch y David Zeitlyn (2007). Social networks and the creation of the Pitt Rivers Museum. *Journal of Material Culture* 12(3): 211-239.
- Latcham, Ricardo (1910). *Los changos de las costas de Chile*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- (1915). Una estación paleolítica en Taltal. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 14(18): 85-106.
- (1927a). La alfarería negra de la región atacameña. *Revista Universitaria* 12(8): 1060-1076.
- (1927b). La alfarería de los antiguos atacameños. *Revista Universitaria* 12(5): 560-589.
- (1928). *La alfarería indígena chilena*. Santiago: Soc. Imp. y Lit. Universo.

- (1929). Notas sobre alfarería de Taltal. *Revista Chilena de Historia Natural* 33: 103-106.
- (1936). Metalurgia atacameña. Objetos de bronce y de cobre. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 15: 101-151.
- (1938). *Arqueología de la región atacameña*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- (1939). La edad de piedra en Taltal. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 17: 3-32.
- Latour, Bruno (1989). *La science en action*. París: Gallimard.
- (2005). *Reassembling the social. An introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Law, John (1992). Notes on theory of the Actor-Network: ordering, strategy, and heterogeneity. *System Practice* 5(4): 379-393.
- Looser, Gualterio (1928). Un objeto enigmático de los conchales chilenos. *Revista Chilena de Historia Natural* 32: 22-24.
- (1932). El arqueólogo Don Augusto Capdeville. *Boletín de la Biblioteca Nacional* 3(18): 244-246.
- Lothrop, Eleanor (1948). *Throw me a bone*. Nueva York: Whittlesey House.

- Márquez, Boris (2015). *Carlos Oliver Schneider. Naturalista e historiador de Concepción*. Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción.
- Matus, Leonardo (1916). Las colecciones existentes en la sección de Antropología i Etnología del Museo Nacional. *Boletín del Museo Nacional* 9: 134-140.
- Mauss, Marcel (1925). Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques. *L'Année Sociologique* 1923/1924: 30-186.
- Mostny, Grete (1964). *Arqueología de Taltal. Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros*. DIBAM, Santiago.
- (1969). Ricardo E. Latcham, su vida y su obra. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 30: 9-32.
- Mumford, Lewis (2010[1967]). *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*. La Rioja: Pepitas de Calabaza.
- Muñoz, Adriana (2012). *From curiosa to World Culture. A history of the Latin American collections at the Museum of World Culture in Sweden*. Gotemburgo: National Museum of World Culture.

- Núñez, Patricio (2008). Augusto Henri Capdeville Rojas. Tópicos de Chile y su época. *Taltalia* 1: 11-20.
- Oliver Schneider, Carlos (1926). El museo de Concepción, lo que es y lo que ha hecho. *Actes de la Société Scientifique du Chili* 36: 15-25.
- Ordoñez, María (2019). Bundling objects, documents, and practices: collecting Andean mummies from 1850 to 1930. *Museum History Journal* 12(1): 75-92.
- Orellana, Mario (1991). Reflexiones sobre el desarrollo de la arqueología en Chile. *Revista Chilena de Antropología* 10: 11-23.
- (1993). 30 años de docencia universitaria en la disciplina arqueológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 17: 26-29.
- (1996). *Historia de la arqueología en Chile*. Santiago: Bravo y Allende Editores.
- Orr, Thomas (1932). El sistema Guggenheim y el Shanks. *El Escándalo de la COSACH*: 61.
- Orsini, Carolina y Anna Antonini (2020). Life of a Peruvian art collector: Guillermo Schmidt Pizarro and the fostering of public collections of pre-Hispanic art in the first half of the 20th cen-

tury. En Lena Bjerregaard y Ann Peters Editoras. *PreColumbian Textile Conference*, pp. 258-277. Lincoln: Zea Books.

Orsini, Carolina, Anna Antonini y Federica Villa (2023). Introducing ancient Andean art in the United States: the Guillermo Schmidt Pizarro Collection from the Brummer Gallery Records. *Journal of Art Market Studies* 1: 1-14.

Oyarzún, Aureliano (1916). La estación paleolítica de Taltal. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 19(23): 48-59.

(1917). Estación paleolítica de Taltal. *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología* 1: 19-30.

Pan, Ismael (1927). Descubrimientos prehistóricos hechos en los años de 1921 y 1923 en el desierto de Atacama. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 30: 321-333.

Pavez, Jorge (2015). *Laboratorios etnográficos. Los archivos de la antropología en Chile (1880-1980)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Pearce, Susan (1994). *Interpreting objects and collections*. Londres: Routledge.

- Plagemann, Albert (1906). *Über die chilenischen "pintados"*. Stuttgart: Druck und Verlag von W. Kohlhammer.
- Pomian, Krzysztof (1990). *Collectors and curiosities. Paris and Venice, 1500-1800*. Cambridge: Polity Press.
- Porter, Carlos (1929). Don Augusto Capdeville Rojas. *Revista Chilena de Historia Natural* 33: 47-48.
- Prenafeta, Sergio (2018). *Taltal. Desde una mina de 12.000 años a los arcanos de la galaxia*. Santiago: Sergio Prenafeta.
- Procter, Alice (2020). *The whole picture: the colonial story of the art in our museums & why we need to talk about it*. Londres: Cassell.
- Rengifo, Roberto (1918). Noticias y comentarios arqueológicos. *Actes de la Société Scientifique du Chili* 28: 43-74.
- (1919). Los chiles. Arqueología de Chalinga. *Actes de la Société Scientifique du Chili* 29: 66-99.
- (1921). Arte gráfico y poético de los primitivos y los chiles. *Actes de la Société Scientifique du Chili* 31: 99-135.



- Ripley, Dillon (1969). *The sacred grove. Essays on museums*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Rivera, Mario (1983). Junius B. Bird, personalidad en las contribuciones científicas arqueológicas en Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 10: 15-20.
- Rodríguez, Hernán (2010). *Fotógrafos en Chile 1900-1950*. Santiago: Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico.
- San Francisco, Alexander, Benjamín Ballester y Rodolfo Contreras (2020). *Archivo Augusto Capdeville. Obras visuales*. Antofagasta: Pampa Negra Ediciones.
- Schell, Patience (2005). El Museo de Historia Natural de Valparaíso. En Jens Andermann y Patience Schell Curadoras. *Relics and selves: iconographies of the national in Argentina, Brazil and Chile, 1880-1890*. <http://www7.bbk.ac.uk/ibamuseum/home.html>
- Schmidt-Pizarro, Oscar (1952). *Informe sobre la participación en el Sexto Congreso Internacional de Contabilidad, realizado en Londres en junio de 1952, así como sus visitas a instituciones similares de Escocia y Alemania Occidental*. Lima: Colegio de Contadores Públicos de Perú.

- Secord, James (2004). Knowledge in transit. *Isis* 95(4): 654-672.
- Sellen, Adam (2012). Nineteenth-Century photographs of archaeological collections from Mexico. En Joanne Pillsbury Editora. *Past presented. Archaeological illustration and the ancient America*, pp. 207-229. Washington DC: Dumbarton Oaks Pre-Columbian Symposia and Colloquia.
- Silva, Domingo (1909). *Guía administrativa, industrial y comercial de las provincias de Tacna, Tarapacá y Antofagasta*. Santiago: Imprenta Gutenberg.
- Société de Géographie de Paris (1905). Actes de la Société de Géographie. *La Géographie, Bulletin de la Société de Géographie* 12: 61-80.
- (1907). Liste de membres, janvier de 1907. *La Géographie, Bulletin de la Société de Géographie* 15: 1-49.
- (1929). Necrologie. *La Géographie* 52(5/6): 407-410.
- Soto, Catalina, Ximena Power y Benjamín Ballesster (2018). Circulación de objetos perforados de concha: aportes para la interpretación de su rol en las relaciones sociales del desierto de Atacama

entre los 6000-3500 AP. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 23(1): 51-69.

Troncoso, Andrés, Diego Salazar y Donald Jackson (2008). Ciencia, estado y sociedad: retrospectiva crítica de la arqueología chilena. *Arqueología Suramericana* 4(2): 122-145.

Uhle, Max (1916). Sobre la estación paleolítica de Taltal. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 20(24): 47-66.

(1917). Sobre la estación paleolítica de Taltal. *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología* 1: 31-50.

(1922). *Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna*. Quito: Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos.

Urbina, Simón (2020). Apuntes sobre historia de la arqueología en Chile, 1880-2020. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50: 75-90.

Vega, Manuel (1904). *Album de la Colonie Francaise au Chili*. Santiago: Imprimerie et lithographie Franco-Chilienne.

Vergara, José (1992). El Museo de Concepción: reseña de noventa años. *Comunicaciones del Museo Regional de Concepción* 6: 35-62.

Wajcman, Gérard (2010). *Colección, seguido de La Avaricia*. Buenos Aires: Manatíal.

Wisner, George (2008). In the footsteps of Junius Bird. Part I: Bird the person. *Mammoth Trumpet* 23(4): 17-20.

(2009). In the footsteps of Junius Bird. Part II: Bird's South American research. *Mammoth Trumpet* 24(1): 10-16.

## **Periódicos**

*Neue Hamburger Zeitung*, Hamburgo, Alemania.

*Hamburger News*, Hamburgo, Alemania.

*Börsen-Halle*, Hamburgo, Alemania.

## **Archivos**

Archivo de la Biblioteca Nacional, Santiago, Chile.

Archivo del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, Chile.

Archivo del Museo Augusto Capdeville Rojas de Taltal, Chile.

Archivo de Extranjería de Antofagasta, Universidad Católica del Norte, Antofagasta, Chile.

Archivo del Museo de Historia Natural de Concepción, Chile.

Archivo personal de Catherine Framm, Berlín, Alemania.

Archivo del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín, Alemania.

Archivo del MARKK, Hamburgo, Alemania.

Archivo del British Museum de Londres, Gran Bretaña.

Archivo del Museum of Archaeology and Anthropology de la University of Cambridge, Gran Bretaña.

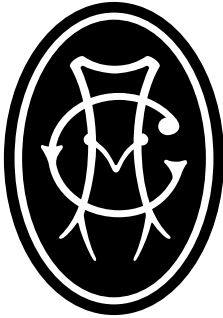
Archivo del Pitt Rivers Museum de Oxford, Gran Bretaña.

Archivo del American Museum of Natural History, Nueva York, Estados Unidos.

Archivo de la Catholic University of America, Washington DC, Estados Unidos.

Archivo del National Museum of the American Indian, Washington DC, Estados Unidos.





J. Jifan y Ca.

— Hoy distinguido  
hoy, 25 de Mayo, he  
lo siguiente todo dirigido a  
1.) Una carta certificada  
2.) Diez paquetes impresos  
El impresor N° 392, es el libro  
por E. Eberhard. El impresor  
folletos: a) El N° 1 de las Publica  
grafía y etnografía de Chile.  
tica en Talca, por el señor Rie  
Estacion Paleontologica de Talca  
Oyarzun, impresor en Was  
ocho paquetes impresos certi  
mos, de la Revista Chilena  
grafía.

dos encomiendas: 1.  
la otra con 4 Kg 600 gram



Seguir pistas de una red hoy casi invisible, reconocer flujos en la fragmentación de las comunicaciones, interconectar piezas de una maquinaria desbordante. Es lo que se propone Benjamín Ballester frente a la dispersión global del legado cultural de Atacama. Su protagonista, Augusto Capdeville, un funcionario de aduana avecindado en Taltal y devenido arqueólogo, le permite entrar en el circuito de coleccionistas de objetos precolombinos durante las primeras décadas del siglo xx, época que cimienta el desarrollo de disciplinas como la arqueología y la antropología. Para el autor, Capdeville es más un profesional de las exploraciones y excavaciones litorales que un amateur ensimismado y voluntarioso. De hecho, participa con muchos otros personajes, conocidos y no tan conocidos, en el extractivismo de cementerios y conchales taltalinos, forjado al calor de los cateos y el auge minero. Así, entre sacos de salitre, el libro narra el movimiento de algunas de las piezas arqueológicas desde Taltal hacia distintas latitudes, actualmente depositadas en archivos, museos y colecciones privadas de América y Europa. Como las epístolas, desplegadas siempre en coautoría, nos invita a trazar las idas y vueltas de las incontables rutas surcadas en la afanosa construcción científica y su discurso sobre el pasado.



ISBN 978-956-6297-04-8



9 789566 297048